

SIN DESTINO



FANNY RAMÍREZ

SIN DESTINO
FANNY RAMÍREZ



Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgadas por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obras en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la obra a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha obra. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Título: Sin Destino

© 2019 Fanny Ramírez.

Todos los derechos reservados.

Portada: Fanny Ramírez.

Maquetación: Fanny Ramírez.

Por todos aquellos que creen en el amor sin límites

Índice

[Capítulo uno.](#)

[Capítulo dos.](#)

[Capítulo tres.](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco.](#)

[Capítulo seis.](#)

[Capítulo siete.](#)

[Capítulo ocho.](#)

[Capítulo nueve.](#)

[Capítulo diez.](#)

[Capítulo once.](#)

[Capítulo doce.](#)

[Capítulo trece.](#)

[Capítulo catorce.](#)

[Capítulo quince.](#)

[Capítulo dieciséis.](#)

[Capítulo diecisiete.](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve.](#)

[Capítulo veinte.](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós.](#)

[Capítulo veintitrés.](#)

[Capítulo veinticuatro.](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis.](#)

[Capítulo veintisiete.](#)

[Capítulo veintiocho.](#)

Capítulo uno.

Dante

Hace unos años no tenía claro si las alturas eran lo mío... incluso me empecé a preguntar si no me había equivocado de profesión y los genes de mi padre no fueran tan predominantes al fin de cuentas. Porque a quién no le gustaría pilotar un cacharro enorme y que puede sobrepasar los mil cuarenta kilómetros por hora a velocidad crucero. Y es que tan solo la idea de volar... Quién en su sano juicio no sueña alguna vez en su vida con surcar el cielo.

Soy piloto comercial desde hace ya bastante tiempo, y he aprendido a amar la profesión por encima incluso de mis sueños. Sueños que he pospuesto, o eso es lo que intento decirme, para poder seguir con la tradición familiar.

Suelto un suspiro y abro los ojos. Décimas de segundo. Solo eso ha bastado para que me abstraiga de todo a mi alrededor. Incluso del inmenso cielo repleto de nubes frente a mí, o como mi hermana las llama: Algodón de azúcar sabor a coco. A sus veinte años aún sigue creyendo en unicornios y hadas. Algo hermoso, dado el grado de corrosión que hay en el mundo. No la culpo, yo también querría vivir en un mundo de fantasía la mayoría del tiempo, ser adulto apesta.

Mi compañero tararea una canción, no es hasta ahora que la reconozco. Una de esas baladas cursis que escucho en ocasiones en la radio de las pocas veces que voy en coche. Sin querer la reproduzco en mi mente, estoy tentado de seguirle el tarareo pero carraspeo y pulso el piloto automático antes de levantarme. No está el horno para bollos, y menos cuando lo primero que he visto en el móvil al despertar ha sido un mensaje de la “innombrable” como llamo cariñosamente a mi exnovia desde hace ya unos años.

—Voy al baño, no estrelles el avión en mi ausencia —le digo en broma, señalándolo, intentando forzar una sonrisa.

—Tranquilo, esperaré a que te la metas en los pantalones al menos.

Niego con la cabeza a la vez que aguanto una carcajada. El gilipollas me cae bien, no como el último copiloto que tuve el año pasado. Felipe, se llama. Un perro con suerte y con mucha pasta. Menos mal lo echaron de patitas en la calle cuando, por un problema con el combustible, casi acaba aterrizando encima de un volcán. Dios gracias que ese día no me tocaba volar, si no, lo hubiese matado.

Poso la mano sobre el tirador del baño de hombres cuando me doy cuenta

del cartel que adorna la puerta. «Averiado» con letras grandes y en negrita.

—Dante, tienes que ir al baño de los pasajeros, esos están hechos un asco —tras sus palabras, Miranda hace una mueca con los labios en desagrado—, por lo visto una tubería picada.

—¿Te dijeron cuándo lo arreglan? —le pregunto esquivándola dirección a los otros baños.

—Sí, mañana estarán arreglados en cuanto aterricemos en casa. Por cierto, bonito corte de pelo.

Sonríó sin que pueda verme y le levanto el dedo medio, haciendo que suelte una carcajada. Yo y mi poco tiempo es el culpable de que hace dos noches experimentara con unas tijeras de costura en miniatura, a altas horas de la madrugada en el hotel, cansado de parecer un vagabundo con greñas. Y todo por la pereza que me da ir a la peluquería. Voy alcanzando la puerta del aseo cuando un torbellino de pelo rubio me hace un placaje en pleno pasillo, tirándome de espaldas al suelo.

—Jesús... —exhalo.

Es mejor que me ahorre los detalles de lo que pasa a continuación. Pero sé lo que ha comido de desayuno incluso la cena del día anterior; mayormente porque está todo por el suelo. Me levanto como puedo, intentando no embarrarme, llevándomela conmigo. Su cara blancuzca me da a entender que no ha acabado de vomitar. Intento retirarle el cabello de la cara, esparciendo mechones rubios claros y oscuros por doquier. Unos ojos celestes con pestañas larguísimas me dicen hola. Luego su boca se abre pero es para recibir otra arcada por lo que sale disparada dirección al baño, sin darme tiempo a reaccionar.

—Joder... poco me están pagando por hacer estas cosas... —murmura Miranda, llegando con el equipo de limpieza.

Pestañeo conmocionado y después de esperar unos segundos parado como un pasmarote en medio del pasillo, voy hacia la puerta donde entró, esquivando a mi compañera, y toco con los nudillos.

—¿Señorita? ¿Está bien? —Una arcada seguida de otra es lo único que me responde al otro lado.

Decido que es mejor dejarla tranquila y voy a mear como en un principio quise hacer. He estado aguantando por tres eternas horas y no lograré llegar a tierra como un hombre si no vacío mi vejiga en breve. Me miro al espejo, una vez acabo, para lavarme las manos y un aroma sutil me hace agudizar el olfato. Es perfume de mujer, con ligeros tonos frescos y olisqueando como un sabueso

doy con el foco del olor. Todo yo estoy impregnado de él. No entiendo mucho de fragancias, siquiera puedo saber si es de una marca u otra, pero sin lugar a duda puedo decir que me agrada. Bastante.

Una vez salgo no hay ni rastro de la señorita ni del estropicio, sin embargo, me veo oliendo el aire por si vuelvo a captar su perfume aunque solo sea de pasada; pero no, el fuerte olor a desinfectante acapara todo el estrecho pasillo. Ríe incrédulo al verme tan interesado por averiguar un olor, una fragancia, de mujer en este caso. Seguramente se deba a mi larguísimo tiempo sin tener contacto íntimo con una. Dios sabe cuánto lo echo de menos.

Ya sentado en mi puesto, con los ojos al frente, puedo decir una vez más que aterrizar es una de mis cosas favoritas, y más cuando veo acercarse el hermoso mar de mi isla, con el sol brillando en todo lo alto. Siete largos años, viéndola aparecer y desaparecer para apenas verla de cerca un par de horas si es que tengo suerte. Lo bueno: Tengo todo lo que queda del día de hoy libre para visitar a mi familia y hacer lo que más amo. Nadar en el mar.

—¡Dante! ¡Dante! —los ojos achinados de mi hermana Elisa, por la emoción, me hacen sonreír.

Corre a todo lo que dan sus regordetas piernas, soltando polvo a cada galopada que da. Justo detrás: mi perra Berta, una Golden abandonada que con apenas días de nacida rescaté del contenedor de basura. Ahora luce con alegría sus casi diez años. Mi chica llega a mis brazos, casi tirándome de espaldas a la graba. Con una fuerza descomunal, que ni ella misma es consciente que tiene.

—Dante, te eché de menos, hermanito. Te amo. —pestañeo varias veces, y no me atrevo a soltarme de su abrazo por si llega a desaparecer esta sensación tan plena. Ella odia verme marchar.

—También te extrañé, mi vida. ¿Y mamá? —le pregunto después de carraspear y deshacerme de sus brazos para después acariciar a una excitada Berta que mueve más el trasero que su cola.

—Está en el patio, creo que el señor topo ha vuelto a hacer de las suyas —suelta una risita infantil a la vez que aprieta sus manos juntas con falsa inocencia.

Corre de nuevo dirección a la casa y niego con la cabeza soltando una risa. Mi hermanita... No puedo dejar de recordar, cada vez que la veo, el día en el que mis padres me explicaron que no era ni llegaría a ser como las demás personas que estamos acostumbrados a ver. Al principio fruncí el ceño, claro,

yo la veía tan normal como yo. Jugaba, comía, bebía, dormía igual que yo y mi otro hermano, ¿cómo va a ser diferente? «Se llama síndrome de Down» nos dijeron. Aún hoy sigo sin entender lo que la hace diferente a los demás. Solo que es más buena que la mayoría, eso sí, que hace las mejores tartas de manzana que he comido nunca y que me ama como nadie puede amarme jamás.

Recorro el camino decorado con cientos de florecillas diferentes, sin ningún orden en específico, solo plantadas ahí, en el filo de piedras blancas. Escucho el griterío de mi hermana, diciéndole de mi llegada a mi madre. La perra me sigue de cerca, jadeando aún excitada, mirándome de reojo como si no se creyera que esté aquí.

No me da tiempo de dejar el equipaje, que siento los brazos de mi madre rodearme. Su olor me reconforta, todo en esta casa lo hace. Después de más besos y arrumacos, dejo mi ligero equipaje en mi antigua cama. Mi padre está por llegar, según mi madre se fue a beber unas cervezas con unos amigos a un chiringuito de la playa. Solo de pensar en el mar, la carne se me pone de gallina. Así que sin esperar más, bajo y le aviso a mi madre que iré a la playa, que ya veré a mi padre luego si no lo veo en el camino.

No logro recordar cuantos años tenía cuando nos mudamos a la isla. Solo sé con exactitud que lo que hubiera vivido antes de nuestra llegada, carecía de sentido. Era demasiado pequeño para entender lo que me rodeaba, pero lo que se me viene a la memoria es eterno cielo azul mezclándose con el mar en el horizonte, exactamente igual que como lo estoy viendo hora mismo. Mi padre nos explicó, a mi hermano y a mí, cuando tenía unos diez años y él cinco, que este lugar era el sitio donde él deseaba criar a sus hijos, ya que le traía recuerdos de cuando venía a veranear con mis abuelos. Yo no hubiera cambiado ni un solo segundo vivido aquí.

¿Sabéis esa sensación de plenitud que te embarga cuando estás haciendo algo que amas con todas tus fuerzas? Puedo decir, sin miedo a equivocarme, que estoy en el puto cielo, acariciando las nubes con mis manos, y siquiera he dejado de tocar la tierra. Suave arena fina, de color canela, con minúsculas partículas de conchas marinas y piedrecillas cubren mis manos, mientras que la mitad de mi cuerpo es mojado por el agua salada del mar que viene y va con el movimiento de las olas.

Cierro los ojos por enésima vez e inhalo profundamente. Es como si no lo hubiera hecho en siglos, algo tan simple como coger oxígeno, el que verdaderamente necesito para respirar. Escucho el incesante sonido de la vida

a mi alrededor y sonrío sin poder evitarlo: gente hablando, el chapoteo de las olas, niños jugando, gaviotas graznando. Nado por lo que parecen horas, tanto, que cuando vuelvo a casa tengo los brazos como si me los hubiesen pegado al cuerpo de lo pesados que se sienten.

—A lo que por fin llegas, muchacho —sonrío al ver a mi padre vestido con unas bermudas marrón claro y una camisa de flores, le ha sentado demasiado bien la jubilación, ese aire despreocupado le ha rebajado años. Por no hablar que su cabello castaño se ha puesto más rubio por el sol. Él sonrío de vuelta dándome un abrazo —Has ido a la playa, no pierdes el tiempo. Anda ve y dúchate, tenemos que hablar.

Su cara se torna un poco seria y sin decirme una palabra más, se va con las manos cruzadas a la espalda. Ese gesto me lo conozco y no augura nada bueno. Suspiro hondo. No sé qué más hacer, salvo esperar y escuchar lo que me tiene que decir.

La ducha se alarga todo lo que puedo, por tal de atrasar el sermón. Parece increíble que a mis treinta y cinco aún tenga que escuchar regaños de mi padre o lo que sea que vaya a decirme. En cuanto bajo, mi madre me señala con la cabeza hacia la oficina donde mi padre se suele ausentar la mayoría del tiempo. Es como su templo, su rincón donde puede hacer lo que le place. Un recuerdo de cuando apenas era un mocoso cruza mi mente.

Mateo y yo entrábamos a escondidas para hurgar en las cosas de papá. Él sí sacó su vocación, amaba los aviones y se emocionaba viendo fotos de nuestro padre y abuelo en su juventud. En una ocasión nos pilló metiendo las narices en el cajón secreto, como lo llamábamos, y menuda azotaina nos dio. Aun cuando lo recuerdo, me frotó el trasero por la quemazón que me produjo entonces.

Toco con los nudillos la aparente frágil puerta de cristal, viendo cómo la figura borrosa de mi padre se mueve y se acerca para abrirme. Me indica que pase y me siento en la silla de cuero frente a la mesa. El olor a puro habano me hace arrugar la nariz.

—¿Papá, pasó algo? —le pregunto desesperado, ya que parece debatirse en cómo empezar a hablar y eso no era típico de él.

—¿Cuánto hace que sabes que Mateo quiere dejar de ser piloto e ir a Andalucía? —directo, conciso, así era el excomandante de aviación Esteban Coronado.

Mi ceño se frunce en confusión. No es posible... no cuando Mateo ama volar por sobre todas las cosas. Y a Andalucía, nada menos. Allí es donde

vivíamos antes de venirnos a la isla, donde mi padre conoció a mi madre y de la que por un motivo u otro, lo hizo irse a la otra punta del mundo. La última vez que hablé con Mateo, puedo recordar que se quejaba de su salario, pues aún trabaja para una compañía “*low cost*”. Pero de ahí a replantearse dejarlo, había un trecho demasiado grande.

—No lo sabía —me defendí a ver su mirada acusatoria taladrarme la frente.

—Pues debes hablar con él y quitarle esos pájaros de la cabeza. Hace unas semanas que no coge el teléfono ni a mí ni a tu madre. Tú puedes hacerlo entrar en razón. No puede dejar su trabajo sin más... —afirma rotundo, muy serio. Pero algo me dice que hay otra razón por la que mi padre está tan alterado.

Nunca ha sido de los que nos ha prohibido u obligado a hacer algo. Sí que nos ha impulsado para que seamos pilotos como él, pero no con un cuchillo en el cuello pero eso no quita que nos hubiéramos sentido un tanto coaccionados a la hora de elegir profesión. Porque vamos... saber que tu abuelo fue piloto de avión, tu padre igual y seguramente el padre de su padre, parte de lo mismo, te hace saber las pocas opciones que tienes. Aun así, creo que ambos lo hicimos porque quisimos y si Mateo quiere dejarlo. ¿Quién es el para impedirselo? Y se lo hago saber de una manera pausada, calmado.

—Pero papá... ¿si él ha decidido dejarlo, no crees que deberías aceptar su decisión?

Mi padre golpea la mesa con los nudillos, mientras me mira fijamente como si hubiese cometido un crimen con solo abrir la boca. Por lo visto le afecta más de lo que creía en un primer momento.

—No permitiré que tu hermano eche su vida por la borda, para hacer Dios sabe qué. Tu hermano debe aprender que la vida no está para arrepentimientos ni cambios absurdos de la noche a la mañana. No se le ha perdido nada en el sur, nada —la vena del cuello se le hincha a medida que habla y por un momento tengo el temor de que le vaya a dar un ataque al corazón.

Abro la boca para decir algo más cuando la puerta se abre y entra mi madre mirando a mi padre seriamente. En sus manos trae un trapo de cocina, que aprieta con demasiada fuerza.

—Nuestro hijo puede hacer con su vida lo que le venga en gana, para eso es suya, no lo olvides. Si Mateo decidió dejarlo, no eres nadie para meterte. Tampoco Dante debe intentar convencerlo de hacer nada.

—María no quiero que te metas en esto, sabes que siempre quise lo mejor

para todos. Mateo debe saber qué es lo que importa en esta vida, es un buen trabajo, lo mantiene lejos del vicio, de la mierda que hay en el mundo. Créeme cuando te digo que le hago un favor.

—Eso no te privó a ti, querido... —sisea mi madre, haciendo que él trague saliva.

—No vayas ahí, María.

Me levanto no aguantando más, riendo ante lo inverosímil de la situación. Mis padres me miran, dejando de discutir en el acto. Mi mandíbula duele de tanto que la estoy apretando, así que la destenso y me yergo, haciendo que gracias a mi altura, quedase por encima de él.

—Un favor... no, papá. Que a ti te guste mantenerte alejado de tu familia, bien por ti. Pero piensa que Mateo puede haber encontrado una razón por la que abandonar su sueño. Que te recuerdo ama con todas sus fuerzas, igual o más que tú. Yo hice la carrera por ti, para que te sintieras orgulloso. Privándome de tener una vida normal, tener novia, mujer, hijos... debes empezar a pensar que quizás no somos como tú quieres que seamos. Pero no te culpo —me encojo de hombros, mi padre me observa ceñudo, con el rictus imperturbable —, la culpa es de nosotros por no hacer lo que de verdad queremos en cada momento.

—¿Y lo dice ahora? ¿Después de tantos años? —pregunta sonriendo cínicamente.

—Nunca es demasiado tarde —murmuro haciendo que su sonrisa muera—, y Mateo es joven, está a tiempo de ganarse la vida dignamente con otra cosa y en el lugar que desee. Estar en la tierra no significa caer en vicios y parece mentira que dudes de tu propio hijo.

Mi padre no contesta, así que dando la conversación por terminada, salgo del despacho sintiendo los pasos de mi madre detrás. Cuando llego al final del pasillo, se engancha en mi brazo haciéndome parar de andar.

—¿A qué hora tienes que irte? —me pregunta, enjugándose los ojos con la mano.

—A las tres de la madrugada —contesto escuetamente, besando su frente.

Me besa la mejilla, dejando caer la cabeza a continuación en mi pecho mientras andamos hacia la sala.

—Tu padre no es malo, solo quiero que lo sepas. Hay cosas que... —titubea y se muerde el labio inferior, queriendo decirme algo que su mente le prohíbe.

—Lo sé... Tú quédate tranquila, todo está bien.

Ella sonríe como puede y asiente, pero sus ojos no mienten y algo me dice que lo que mi madre esconde no es algo que sea demasiado agradable. Siempre he pensado que ella es feliz, pero hoy no sé si fue su mirada o qué coño, me ha hecho darme cuenta de una realidad con la que no contaba.

Más tarde decido irme a dar un paseo, por lo menos para despejar mi cabeza embotada, debo volver temprano para poder dormir algo antes del vuelo. Tengo que regresar a mi vida duela lo que duela aunque eso signifique dejar a mi familia atrás de nuevo. En uno de los chiringuitos me paro a picar y beber algo. Son apenas las cinco y media de la tarde y hay poca gente en el lugar. La isla revive en la noche, o eso es lo que recuerdo.

—Pero si es mi chiquitito belloooo...

Me giro para ver a Mercedes, maestra de baile latino, de la cual viví enamorado por largos años en mi juventud. Es mayor que yo por casi diez años pero ni de co a los aparenta. Est  en plena flor de la vida, como la flor que acostumbra a llevar en el pelo y que tan bien le queda y quedaba entonces. Aún recuerdo la de noches de pasión desenfrenada que mi mente calenturienta imaginaba con ese par de...

— Mercedes! —la saludo, apartando de mi mente cualquier pensamiento vergonzoso que me ponga en evidencia.

Ella me estrecha en sus brazos y sonrío como un idiota. La de tirones de oreja que me llev  de su parte cuando la pereza me hacía perder la concentración y los pasos. No entendía por qué tuvo más mano dura conmigo que con nadie, hasta que luego me explicó que tenía más potencial que el resto. Que la sangre latina no debe estar dentro de las venas, sino del alma.

Después de despedirnos con dos besos apresurados, ya que tenía que irse a dar clases, me hizo prometerle que volver a y la visitar a, además de bailar con ella. Yo siquiera estoy seguro de poder recordar algún paso.

Me siento en la barra, separando uno de los taburetes de madera dispuestos en fila en todo lo largo y pido una cerveza a la camarera que me sonríe amable. Es preciosa, con el pelo rizado suelto, de color negro azabache. Tiene rasgos gitanos y hermosos unos hermosos ojos. No la he visto antes, por lo que seguramente haya entrado nueva.

Suspiro. Hace como dos años que no estoy con una mujer. No es que est  desesperado por enganchar a una cualquiera y satisfacer mis necesidades primitivas a lo animal de las cavernas, pero no puedo evitar sentir ese familiar cosquilleo en la boca del estómago cada vez que veo alguna que me gusta. Mi

mente va a mil por hora imaginándose toda clase de escenas, del número de caricias que podría darle hasta cansarme.

El pensar en ello, deriva a otros pensamientos menos agradables. Mi última novia, Rosa, una madrileña despampanante para qué voy a mentir, me dejó y me echó en cara que no sabía follar incluso cuando me empeño a fondo en esos menesteres. Pero claro, eso fue su excusa por la que me engañó con otro, u otros, aún no estoy muy seguro; alegando que la segunda razón era que nunca estaba en casa. No puedo negar que me dañó el ego en un primer momento, luego me dije que no era yo el que se quedaba tumbado en la cama muerto esperando el orgasmo, así que la pena se me pasó. No es plato de buen gusto que te digan que no sirves para dar placer a tu pareja, siempre y cuando sea verdad.

Niego con la cabeza y me acabo mi cerveza sin alcohol de un trago, pidiendo otra a continuación. No bebo cuando estoy de servicio, no cuando tengo en mis manos cientos de vidas en apenas horas. Pero es tanto el cabreo por haber recordado esa deplorable escena con mi ex, ligado con la excitación que siento en este momento, que me veo capaz de ponerme boca arriba bajo el chorro del barril helado frente a mí y así aclararme las ideas.

Enciendo el móvil para tener algo que hacer, por lo menos hasta que esté lo suficientemente calmado como para poder hablarle a la camarera sin trabarme. Soy algo idiota a la hora de ligar y la idiotez no hará que me lleve a la cama a semejante mujer. Miro el correo, viendo los horarios, los saltos que me quedan por delante antes de llegar a mi casa en Madrid. Y leo un mensaje de mi copiloto diciéndome que no ve el día de volver y disfrutar de nuevo de la isla. Eso me hace sonreír pero el gozo en un pozo cuando el mensaje de Rosa leído parcialmente en las notificaciones, me hace burlas.

«¿Cómo te va la vida?» es lo único que se lee sin entrar en la conversación y dejarla en visto. Porque para qué nos vamos a engañar y decir que le voy a contestar, si no. hace mucho tiempo pasé de página incluso de libro y pensé que ella también. Así que sencillamente tiro del bloqueo y la silencio para siempre.

Pido otra cerveza, del tiempo que llevo sin beber, hasta con una sin alcohol me noto un tanto mareado después de la tercera o cuarta. Por lo que llego al nivel de que sonrío por cualquier cosa que veo. Me atrevo a mirar intensamente a la camarera, y ésta que no es tonta, se da cuenta. Lo malo: que no parezco interesarle.

No me considero feo, la verdad, mi pelo negro aunque mal cortado, se ve

lustroso aun luciendo canas en los extremos. Soy un hombre maduro, ya uno tiene una edad y los madrugones no hacen efecto rejuvenecedor por mucho que Dios ayude. Llevo barba recortada, eso a las mujeres les gusta mucho, ¿no? una sonrisa cuidada, visto a la moda... y aunque podría adelgazar un poco, ya que me paso la vida comiendo cualquier cosa por culpa de las prisas, no me veo fofo. Aunque es verdad que la tarjeta del gimnasio luce caducada en uno de los compartimentos de mi cartera.

Resoplo «¿pero qué estoy diciendo?» Masajeo mis sienes y dejo caer la cabeza en mis manos, derrotado. Es cuando siento el movimiento de alguien a mi lado, no sé si lleva mucho tiempo o acaba de llegar, tampoco es que me importe demasiado. Pero sí me doy cuenta cuando la preciosa camarera empieza a servir una cerveza frente a mí, al escuchar el grifo del barril. Alzo la cabeza, le sonrío y decido que es ahora o nunca.

—¿Llevas mucho trabajando aquí? —enseño la hilera de dientes en una sonrisa espero sea lo suficiente seductora como para que me tome en cuenta.

—Pues sí —contesta mirándome con esos ojos que embrujan, haciéndome tragar saliva.

—Si acierto cómo te llamas, qué me gano a cambio —alzo una ceja y ella niega con la cabeza escondiendo seguramente la sonrisa que pugna por salir de sus preciosos y succulentos labios.

Una risa estropea la conexión que tenemos la morena y yo haciendo que volteo mi cabeza hacia mi derecha. Una muchacha rubia, con el cabello mojado, recogido en un moño flojo, me mira con una sonrisa socarrona, mientras bebe de su coctel con una pajita en los labios. Frunzo el ceño y ella se ríe más fuerte.

—¿Se está riendo de mí? —le pregunto obvio, sin necesitar realmente una respuesta.

—Sí—dice como si nada, volviendo a reírse.

Esto debe ser una broma...

Capítulo dos.

Raquel

Estoy tan nerviosa que no sé qué hacer con las manos. Las retuerzo, eso alivia la tensión que sufro en todo mi cuerpo. El miedo a volar no es más que algo psicológico, ya que de pequeña había viajado más veces con mis padres, sin que el estrés se apoderase de mí. Al final va a tener razón mi tío cuando dice que de adultos nos volvemos más cobardes mediante nos hacemos más viejos.

Hoy es mi cumpleaños, por cierto, este viaje ha sido un regalo de mi exnovio. Con el que supuestamente dos meses antes era novio a secas e iba a viajar conmigo cuando llegase el día. Pero el estúpido decidió que era lindo confesarme las veces que me puso los cuernos con una compañera de trabajo. Su excusa: se parecía mucho a mí pero no tan estrecha como yo. «O sea: ¿Estrecha? Realy?»

—Capullo... —murmuro, haciendo que las chicas que están a mi lado sentadas en la sala de espera del aeropuerto me miren.

Les sonrío disculpándome y cuando dejan de observarme como si en cualquier momento fuera a dar el espectáculo a lo circo del sol, masajeo mis ojos. Estoy cansada, esto de coger un avión tan temprano me tiene muerta y más pensando en las horas que me quedan de vuelo. Ya me veo agarrando una revista enrollada con fuerza, el cinturón puesto y con los ojos cerrados hasta que aterricemos.

Llaman a los pasajeros de mi vuelo y salto del asiento. Correteando como una tonta, gracias a los zapatitos de princesa que me he puesto, la verdad no sé para qué, llego a la zona donde paso mis pertenencias por el escáner. Yo, que soy así de neurótica, no me he puesto ni sujetador, por si al pasar por el detector pitaba por los aros del mismo. Eso de llevar las tetas al aire tiene su encanto, no creas.

Intento recomponerme al colocarme en la fila de personas que pasan una por una por el escáner. Me pongo nerviosa, ¿y si pasa como en las películas? Alguien llevando droga en su maleta y se lía la de Dios justo frente a mis narices. En mi mente suenan disparos, gritos y me veo desmayada en el suelo. Madre mía... qué imaginación la mía.

Sacudo la cabeza, borrando esas imágenes de mi mente. Un muchacho moreno y atractivo, con el uniforme de seguridad, me mira y en ese momento

tengo la certeza de que sabe que no llevo ropa interior. Me cercioré antes de que los pezones no se me marcaran, lo juro, ¿pero qué le hago cuando es un gesto involuntario? Y más aquí en el aeropuerto, que aun siendo verano, hace un frío de cojones.

—Deberían bajar un poco el aire acondicionado, ¿no le parece? —le digo, haciéndolo alzar una ceja y sonreír.

El condenado es guapo, de ese guapo que no lo ves a simple vista pero luego te das cuenta de lo enganchable que es mirarlo y quedarte embobada por horas. Paso por el detector, gracias a Dios no pita, claro... no llevo nada de metal en mi cuerpo.

Con mis maletas de nuevo en mi poder y después de despedirme del seguridad, correteo hasta la zona de embarque. Le doy mi billete a la señorita uniformada y paso por un larguísimo pasillo. Los nervios cada vez son más insoportables, tanto que creo que lo que se escucha en vez del traqueteo de mi maleta, es mi corazón intentando fugarse.

Pienso que cuando esté sentada y me tome una tila que pida con urgencia, se me pasará, así que cuadro mis hombros y sigo andando hasta llegar a unas escaleras que dan al exterior. Un majestuoso cacharro, inmenso, de color blanco y un gran logo amarillo en el perfil, me hace abrir la boca de par en par. Es gigantesco y bonito. No recordaba cómo es un avión tan de cerca.

Buscar mi asiento es toda una odisea. Menos mal los asistentes de vuelo están para algo y me ayuda una muy simpática a encontrarlo. La buena suerte es que no tengo acompañante por lo que puedo conseguir la ventanilla. Voy a viajar sola, puedo con eso.

Los minutos transcurren, ya estoy más tranquila, pero no tiene nada que ver con que me bebiera una pequeñísima botella de ron, en vez de la infusión que tenía pensado, que le pude comprar a la azafata. Yo no soy de beber, pero cuando se presentan situaciones arriesgadas, se necesitan soluciones desesperadas o como coño sea el refrán.

Aún no hemos despegado, por lo que puedo permitirme hacer una última entrada en mi blog: El rinconcito de Raquel; donde cuento de todo. Hago de amiga, madre y novia, a veces. Dando consejos de todo lo que se me ocurre, y aunque no puedo llamarme *influencer* (no todavía) a la gente parece gustarle. En este momento, cuando voy por medio párrafo contando mi miedo a volar, una voz masculina suena a través de los altavoces.

Esa voz ruda, varonil, tremendamente excitante hace que mis pies se enrosquen dentro de mis zapatos y casi jadeo en el proceso. En mi mente solo

se proyectan los hashtags: #VozOrgásmica, #ElMiedoAVolarSiempreEsMasLlevaderoSiElPilotoEstáBueno, entre otros, junto con una foto del paisaje desde la ventanilla una vez despeguemos. No me estoy enterando ni media, lo admito. ¿Cómo es posible prestar atención a una jerga de seguridad con tremenda voz? Y puedo ver que no soy la única, ya que una mujer a mi lado está mirando desesperada de un lado a otro, con cara de que en cualquier momento verá a su ídolo salir por algún sitio.

— ...Abróchense los cinturones de seguridad hasta que la luz de emergencia se apague. Pasen buen vuelo —dice y yo solo me quedo con: cinturones, buen, luz y apague. Porque mi mente lee entre líneas formando una frase de lo más morbosa.

Y se acaba. Tan rápido como empieza el altavoz emite un molesto ruido y se termina el orgasmo auditivo. Quiero llorar... igual que la señora a mi lado que está disimulando frente a su marido. Al menos escucharlo, hacía que el nerviosismo quedara en un segundo plano. Ahora debo lidiar de nuevo con él. «¡Maldita sea!»

He vaciado mi estómago y hasta mi alma en ese váter del demonio que parece querer chuparme el sentido. Pero era eso o ver mis intestinos en el inodoro y pues... no, gracias, ya he tenido suficiente viendo parte de ellos por todo el pasillo del avión que con suerte no ha manchado al pobre piloto que me lo he llevado por delante a lo jugador de rugby. Estamos por aterrizar, infinito mar me da la bienvenida. Ya no tengo tantos nervios, creo que el váter me los chupó todos, y observo por la ventanilla, maravillada, la belleza de todo aquello.

En los folletos rezaba algo así como: “Un lugar paradisiaco donde poder deshacerte de la tensión de la rutina”. Literalmente es una puta maravilla. Si Raúl me escuchara maldecir... ya no diría que soy tan estrecha. El muy estúpido. Aunque de seguro se refería a lo de no querer que me follara el culo. En ese caso, sí, soy una estrecha con la E mayúscula.

Con el cinturón bien apretado, cierro los ojos, agarro el asiento y tarareo una canción que me acabo de inventar. Pero pronto me doy cuenta que no es para tanto. El despegue es mucho más desagradable así que me tranquilizo y estoy a punto de llorar de felicidad. No me extrañaría verme besar el suelo como el Papa cuando pise tierra firme.

Una vez sana y salva dentro del caluroso aeropuerto, observo a la gente ir y venir con ropa de guiri y me avergüenzo de golpe. Observo mi atuendo: una

faldita estrecha color rosado, blusa de seda blanca y tacones de aguja. Para matarme y no dejarme días de duelo por si revivo, vaya.

Disimuladamente, cuando recupero mis maletas, voy a los servicios. Agarrando algo más veraniego y más acorde con mi entorno: un vestidito floreado con sendos lacitos a modo de tirantas y sandalias planas. Me miro en el espejo, ahueco mi pelo y me aplico un poco de pintalabios. Tengo unas ojeras importantes. Aunque no quiero echar culpas a nadie, puedo decir que no estoy así por gracia divina y mucho menos por mi culpa.

Que un desgraciado, después de estar contigo años, te pida matrimonio en el lugar más romántico del mundo y días después te diga que se ha follado a la puta de su secretaria incontables veces jode. Jode mucho.

Mi labio inferior tiembla y como masoquista que parezco ser, me veo en el espejo cómo estoy a punto de llorar. Pero no. Mi teléfono suena, trago mis lágrimas y veo el nombre de mi hermana en la pantalla.

—Acabo de llegar, *Soff*... esto es tan... precioso.

—¿Por qué estás llorando? —Balbuceo como una idiota, sintiendo mi corazoncito de chiguagua bombear con fuerza; al mismo tiempo que miro de un lado a otro buscando una cámara por donde mi hermana me esté observando —. Mira Raquel, te voy a pedir una cosa y lo vas a hacer porque si no te haré la vida mártir cuando vuelvas. Y te aseguro que no será agradable. Disfruta de tu viaje, deja de pensar en putos que solo piensan con la punta del pito y empieza a pensar *tú* con la punta de tu chichi.

—¡Sofía! —exclamo horrorizada, poniéndome roja como un tomate. Incluso me volteo para no verme en el espejo.

—Ni Sofía ni hostias, Raquel. Prométeme que disfrutarás, encontrarás a un niño que te mueva el suelo y el cielo; beberás hasta el agua de los floreros si no el mar entero y vengas siendo tú de nuevo. Echo de menos a mi hermanita.

Asiento aunque no pueda verme o eso creo y le digo que lo intentaré. Después de despedirnos, con un nuevo sentimiento, salgo de los aseos y del aeropuerto dispuesta a cumplir una promesa.

Llevo como veinte minutos observando al muchacho de mi izquierda mirar a la camarera como si fuera el último vaso de agua en el universo. El pobre no atina ni a decirle qué hora es sin que sus mejillas se tornen rojas y para qué mentir, eso me pone a cien.

Madre mía esta no soy yo... ¿Qué clase de sol es este que después de achicharrarme como una gamba en la parrilla, parezco otra mujer? O habrá

sido el agua cristalina, tan turquesa y transparente que mi pedicura francesa se veía claramente, el que se ha llevado la poca pureza que habitaba en mí.

Es mono. Por lo que puedo ver de su perfil. Tiene labios gruesos, algo atípico en un hombre; nariz un poco pronunciada pero no desagradable a la vista y un corte de pelo que sin duda puede mejorar. Pareciera como si se lo hubieran cortado con unas tijeras de podar a lo bruto o en su defecto con unas en miniatura.

Una risa se me escapa cuando por fin habla y es para decirle una de esas típicas frases de chulo playa, que no tienen idea de coquetear. Un punto que tiene a su favor es la voz. El tono grave y sexy se desliza a través de sus labios, dando lugar a una frase perfectamente imperfecta. Mi piel se pone de gallina.

Cuando se gira a mirarme casi me caigo de la silla. Obviamente me ha escuchado reírme abiertamente de él, y pues como ya llevo un par de copitas, o tres, o cuatro, no me sale disimular nada. Tampoco el repentino escalofrío que recorre mi cuerpo, de nuevo, a la vez que su mirada lo hace.

Esto no es bueno... o sí, según se mire. Lo es cuando hace apenas horas, estaba supuestamente enamorada y ahora mismo estoy pensando en cómo se sentirá esa barba entre mis piernas. Si mi hermana me escuchara, estaría orgullosa.

—¿Se está riendo de mí? —me pregunta con el ceño un tanto fruncido.

—Sí—contesto riendo de nuevo, después de hacer un gesto inocente.

Tiene los ojos brillantes y eso que ha estado bebiendo cerveza cero. Mi padre ya puede beberse el contenido del mar en alcohol, que no se le mueve un párpado. Pero a él parece embriagarle hasta un sorbo de agua bendita. Sus torpes movimientos, aunque levísimos, me lo concuerdan una vez se pone de pie.

Tiene la intención de irse, creo, hasta que se gira hacia mí y se acerca. Quiere decirme algo, pero no sabe qué. Supongo que nadie se ha reído de él y de sus técnicas de conquistas nefastas y eso me hace reír un poco más, poniéndolo más rojo todavía.

—¿Te crees muy lista, no?

—Bueno... eso creo, mi certificado de graduación así lo constata —inclino mi cabeza a un lado, solo por el placer de verlo contrariado una vez más y para qué mentir: apreciarlo como quien mira un cuadro abstracto.

Es digno de ver el muchacho. Como dije, no es que sea tan atractivo como para morirse en el momento en que lo miras. Pero hay algo en él, y ese algo

está haciendo que me muerda el labio inferior más de la cuenta.

—¿Y se puede saber por qué le hago tanta gracia?

—Pues tus maneras de intentar ligar —le confieso, tuteándole, haciendo comillas con los dedos al decir: intentar—. Puedes hacerlo mejor.

—A ver, listilla, ¿según *tú*, cómo lo hago? Porque la verdad... te veo igual de sola que yo —puntualiza sonriendo, señalando a nuestro alrededor.

Eso me ofende un poco y se lo hago ver con el cambio que sufre mi cara. Él parece arrepentido, traga y me esquivo la mirada.

—Si estoy sola es porque quiero, ahora estoy hablando contigo, *ligando* contigo y siquiera te das cuenta.

Eso parece chocarle, tanto como para dejar de mirar de soslayo a la camarera y centrarse únicamente en mí. Le sonrío provocando una media mueca en él.

—No estás ligando conmigo, si así fuera, estaríamos bailando o hablando de otra cosa que no...

—¿Quieres bailar? —le pregunto sin necesitar respuesta realmente.

Y aunque se resiste a todo lo que da el camino hacia la pista de baile, donde un par de parejas bailan el ritmo de una salsa, no dice nada por remediarlo. Me coloco frente a él, viendo cómo mira de un lado a otro para a continuación cruzarse de brazos y mover los pies. Rio. No puedo evitarlo y eso le molesta.

Agarro sus manos que hasta ahora no me he dado cuenta de lo grandes y bonitas que son y las coloco en mi cintura, provocando un acercamiento entre ambos. No tenía planeado nada de esto, es más, eché al traste la promesa que le hice a mi hermana. Pero bailar con un desconocido, no está nada mal para empezar.

—A ver, sabihondo... la primera regla de cortejo es pasar de largo —me giro, pegando mi espalda a su torso. Sonrío al sentir cómo se tensa un momento para luego dejarse llevar y enterrar su nariz en mi cabello.

Siento cómo aspira y eso hace que mi bajo vientre se retuerza de gozo.

—¿Cómo que pasar de largo? Si quiero ligar con alguien cómo voy a alejarme —dice pegándose más a mi espalda.

Eso me hace reír. Principiantes... quiere contradecirme de la peor manera, intentando desviar mi atención con trucos manidos.

—La clave está en hacerle saber que estás ahí, hacerte notar, quizás una sonrisa de vez en cuando para que sepa que te das cuenta de su presencia. Pero siempre lejos, aunque a veces no literalmente hablando. Tienes que mostrarte

lejos de sus posibilidades e ir dándole pequeñas probaditas.

Me vuelvo a girar, quedando cara a cara solo por unos segundos, los suficientes para que vea mis ojos de cerca. Mi mano se aproxima a su nuca, acaricio la zona haciendo que sus párpados se cierren.

—Ella sola, viéndote inalcanzable, será la que finalmente se acerque a ti. Es lo que hacemos las mujeres y esa misma regla es aplicable a los hombres.

Dejamos la charla a un lado, nos movemos torpes, puedo notar que el efecto del alcohol desaparece por momentos de mi sistema, menos de el de él. Bailamos, sin hablar más, solo observándonos, dándonos leves sonrisas y poco a poco nos vamos acercando hasta que de un tirón me estrella contra su cuerpo. Sabe moverse, el muy maldito me ha querido engañar y voy a protestar cuando su boca me lo impide después de darme una vuelta que no me deja tan mareada como el cambio de tuerca que le ha dado a nuestra “inocente” danza.

«¡Me está besando! ¡Madre mía, realmente me está besando!» pienso con los ojos abiertos, aún en shock, sintiendo cómo miles de agujas me pinchan el estómago mientras que sus manos viajan de mis caderas a mi espalda y vuelta a bajar, sin dejar de moverse al ritmo de una bachata de Romeo Santos. Esto es exactamente lo contrario a lo que le he dicho... sin embargo por alguna razón me veo desechando toda clase de pensamiento. Su sabor me deja loca por unos segundos, tiempo que tardeo en cerrar los ojos y devolverle el beso como si no hubiera un mañana. Jadea, en un impulso me he atrevido a darle una pequeña mordida en el labio. Él me la devuelve, haciéndome jadear a mí.

En algún momento dejamos de besarnos, no sé siquiera cuanto tiempo hemos estado, pero creo que ha cambiado de canción como dos veces. Su frente está sobre la mía, su aliento cálido acaricia mi boca y barbilla. Todo a mi alrededor parece dar vueltas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto en un susurro, lo suficientemente alto para que me escuche sobre la música.

—Dante —y no sé por qué esas dos simples sílabas, entonadas con esa voz ronca, se han convertido en mis favoritas.

—Ya no somos desconocidos, puedo decirte que vayamos a mi cabaña —creo que el corazón se me para tras decir la frase, a la espera de su respuesta.

Me mira y sonrío. Suspiro porque no sé qué coño hacer o decir más y me limito a contarle las imperceptibles motas de color negro en sus iris verdes oscuros. Una franja de luz solar los ilumina solo a ellos, su mirada es increíblemente bonita.

—¿Quieres que vaya a tu cabaña? —pregunta entre asombrado y divertido.

Asiento y él asiente también. Agarrándolo de la mano salimos del bar y puedo ver cómo la camarera nos mira con cara de haber chupado un limón. Estoy tentada a sacarle la lengua a la niña de guardería la cual acaba de conseguir el mejor juguete a la hora del recreo, pero me abstengo.

—Creo que le acabas de romper el corazón a la camarera —le digo cuando llegamos a la puerta de mi bungalow.

Él se acerca, no dice nada, solo me mira intensamente y me besa contra esta. Como si no lograra pensar en otra cosa que la idea de tenerme a como diese lugar. Gimo cuando su mano se desliza por mi cintura hasta alcanzar mi nalga izquierda, arrastrando la caricia hacia mi muslo consiguiendo alzar mi pierna y colocarla sobre su cadera. Parece una maravilla de la naturaleza que su cuerpo y el mío encajen de la forma en que lo hacen.

Está increíblemente excitado. Puedo notarlo justo ahí. En el vértice de mis piernas. Me doy cuenta, cuando abro los ojos en rendijas, de que aún es de día; la gente posiblemente puede vernos hacer el amor *literalmente* a todo color, en HD, 2K y a toda calidad posible.

—Debemos entrar... —logro decir, haciendo que se separe de mí lo suficiente como para poder desencajar mi pierna de su cadera, darme la vuelta y meter la llave en la cerradura sin volverme loca en el proceso.

Lo noto tan excitado que solo hace que me excite más. ¿Puedo sentirme culpable ahora? Esa pregunta me la hago mientras siento cómo me besa el cuello y pego mi trasero a su entrepierna con tal de notarlo más cerca aún. No, no me siento culpable. No cuando la más jodida en la ecuación soy yo, no cuando estoy soltera y puedo hacer lo que me venga en gana y cuando me venga en gana. Y para qué mentir, estoy cansada de pensar en el qué dirían los demás.

Capítulo tres.

Dante

La desesperación recorre mi cuerpo, mis manos tiemblan y el raciocinio parece haberseme esfumado. Solo quiero tocarla más, besarla más y más. Solo más. Me había imaginado este día de mil maneras diferentes, hace apenas una hora me lo estaba imaginando diferente. Ahora estoy con una mujer sin nombre, rubia, con olor a melocotón y sal marina que me está volviendo loco de atar.

Su voluptuoso trasero me está llevando por el camino de la amargura, no es porque me desagrada, solo que no computo la sola idea de dejar de tocarlo, de amarlo, de desear dejarle mis manos marcadas de tantos azotes como deseo darle. Cuando entramos por fin a la cabaña no espero ni a que cierre la puerta que ya estoy sobre ella.

En algún momento, mientras que levanto su bonito vestido, dejándola en un indecente bikini amarillo, me dice su nombre pero ya sea por el color de la prenda o lo bella que se ve con él que no me entero ni hostia. La de horas que podría pasarme acariciando su piel, ahora roja por haber tomado el sol de mi isla. Eso me excita más todavía, sabe a mar, compruebo al lamer su hombro con lentitud, al mar que me vio crecer, que me da la vida cada vez que regreso. Me retiro de su clavícula a regañadientes, y vuelvo a inclinar la cabeza justo para alcanzar su boca. No es bajita, solo que yo soy demasiado alto. Aun así se amolda perfectamente a mi cuerpo. Yo me arqueo hacia delante, ella lo hace hacia atrás, matando todo rastro de distancia.

—No puedo esperar mucho más... —murmuro estirando su labio inferior con mis dientes.

Ella succiona los míos, como si se estuviese comiendo una fruta deliciosa. Gime. Se está conteniendo, lo sé al observar lo roja que tiene las mejillas, de aguantar la respiración, para no gritar como realmente desea. Se contiene y no sé por qué. No cuando ha sido ella la que ha marcado el ritmo hasta ahora. Por mí puede gritar a todo pulmón aunque eso significara ser espectáculo para todo aquel que quiera escuchar.

—No te creas que yo hago esto todos los días... —deja en claro, para después jadear al sentir mi lengua lamer su cuello en ascendente.

Sonríó. Esa manía que tienen las mujeres de defenderse me está empezando a hacer gracia. Aunque la entiendo. Vivimos en un mundo tan machista que a

veces da asco. Ignoro su perorata, empujándola un paso detrás de otro hasta la cama con dosel que se encuentra en mitad de la estancia.

El sol entra a través de las suaves cortinas de tul francés, la suave brisa cálida también parece querer acompañarnos. Su cuerpo se baña de luz en cuanto cae de espaldas a la cama. Incluso quitarme la ropa me parece una batalla imposible, la deseo tanto que la tomaría totalmente vestido. Pero no puedo soportar la sola idea de no rozar su piel con la mía.

—Deja de mirarme así, haces que... —se queda a medias cuando observa mis manos trabajar con el cierre de mi pantalón.

La veo tragar grueso, su bonita garganta se mueve, dejando pasar la saliva que parece acaparar toda su boca. Me desnudo, ahora sí disfrutando del espectáculo que es verla excitada. Estoy acostumbrado a estar con chicas más lanzadas, o tímidas, pero que saben lo que les espera cuando salen con un chico. Sin embargo ella es contradicción, la miro como la miro. Es un querer y no poder, no tener el suficiente coraje como para mirarte dos segundos seguidos pero a la vez lo desea con todas sus fuerzas.

Sus ojos repasan mi cuerpo, deseo decirle que es preciosa así, anhelante, pero no encuentro las palabras. Así que una vez me quedo en ropa interior me cierno sobre ella, sintiendo su piel erizarse al encontrarse con la mía. Jadea. Toda ella son suspiros, jadeos y gemiditos solo perceptibles para mis oídos. Pero algo me dice que esa contención durará muy poco. Con delicadeza le quito la goma que mantiene su pelo recogido y lo esparzo sobre la almohada. Preciosa...

—Sabes a sal... —le digo, lamiendo su cuello, bajando hasta el vértice de sus pechos.

Tengo las manos grandes y aun así no puedo acapararlos del todo, algo que alimenta mi eterno fetiche. Me está poniendo mal, y más notando que son naturales. Tiene un busto enorme, precioso y perfecto. Suelto un jadeo cuando abre las piernas y me atrae abrazándome con ellas por la cintura. Quiere que esto sea rápido, y yo no estoy para esperar mucho más tampoco.

Muerdo su boquita, delineando la invisible línea que la bordea, comiéndome sus sonidos cargados de desesperación. Nos miramos, percibiendo cada sonido emitido por el otro. Su mano acaricia mi espalda en descendente y abandono sus labios para jadear al notar cómo me toca, de la manera que lo hace. No quiero darle mayor trascendencia de la que tiene. Es una mujer más que acabo de conocer, hermosa, delicada y con un olor que me está volviendo loco, pero una a la cual no volveré a ver.

Siquiera sé si vive aquí, si mis padres la conocen por ser familia de algún vecino o quizás esté de vacaciones, pues pinta de ser de latina no tiene. Tengo que recordarme no hacer especial algo que no lo es. Solo será alguien con la que he tenido una buena sesión de sexo y me quedaré con eso.

—Dante... —susurra haciéndome abrir los ojos.

Aunque estemos muy cerca puedo adivinar sus formas solo con el roce de su cuerpo estremecido. Sus caderas generosas... toda ella lo es. Su mano alcanza mi polla sobre los bóxer y deseo morir justo aquí y ahora. Me siento torturado por ella, no consigo enlazar una idea con otra sin que su maldad en forma de caricia se interponga.

Con mi ayuda me acaba de desnudar y como si tenerla así de dispuesta no fuese suficiente castigo divino, observo cómo hace a un lado la parte de abajo de su bikini dejando al descubierto su sexo. Terso, suave, libre de vello y de un tono más blanco que el resto de su piel enrojecida por el sol.

Suelta una risilla y la miro con el ceño fruncido. Sus mejillas están sonrosadas y sus labios hinchados ya sea por mis besos desenfrenados o de mordérselos ella misma al aguantarse los gemidos.

—Parece como si fuera a robarle la pureza, señor —comenta divertida.

Voy a contestarle cuando me desconcentra una vez más con esa jodida mano, agarrando mi miembro, dirigiéndolo hacia su sexo. Ni empujar me da tiempo antes de que ella dé un impulso hacia arriba y me haga entrar en su interior con una facilidad pasmosa. Gemimos a la vez, fuera de sí, lejos de pensamientos ajenos a lo que está pasando en esta cama. Solo existimos las sábanas, el olor del mar, ella, yo; yo y ella... maldita y jodida suerte tengo.

Tengo ganas de gritar, dejar ir el maldito nudo que envuelve mi garganta pero es imposible. Es como si me hubiera quedado sordo, ciego y mudo, todo al mismo tiempo. Estoy sin escapatoria, se mueve, hace que me mueva; atrayéndome hacia ella, mordiendo la barbilla a la vez que sopla una risita divertida.

—Eres malvada —susurro como puedo.

Ella ríe preciosa y decido este momento para girarnos e invertir posiciones, quedando sentados, ella encima de mí. Pega un gritito que ahogo con un beso apasionado, enredando mi lengua con la suya sin saber qué ritmo llevar. Parecemos meros principiantes empezándose a conocer o dos locos luchando para ver quien lleva el control de quien.

¿He dicho que su culo me vuelve loco? pues que me den una puta biblia y lo juraré si es preciso. Redondo, del tamaño perfecto como para no caber en

mis manos. Carne tersa, caliente y llena de arena en cada pliegue. El mar de mi isla en forma de mujer, con mirada tímida, sonrisa pícaro, lengua afilada y curvas peligrosas.

—Dios mío... —gime.

La alzo una, dos, tres veces, haciéndola subir y bajar sobre mí de una manera que me corta la respiración por segundos. La habitación está increíblemente caliente, y no tiene nada que ver con la estación del año.

Nos miramos, jadeamos, estamos cerca, Dios si lo estamos. Ella sonríe, se mueve, me muevo y tengo que echar la cabeza hacia atrás, dejando salir un quejido. Gruño. Mi pelvis se mueve por sí sola, buscando liberar la tensión que mi cuerpo sufre. Escucho el inconfundible sonido de humedad que hace nuestros sexos al encontrarse, y soy consciente tarde de que no nos estamos cuidando.

Ella grita llegando al orgasmo y salgo de su interior en el momento justo en el que me dejo ir. Me derramo sobre su estómago y pubis, ayudándome de mi mano derecha, bombeando con fuerza. Estoy sin resuello, boqueando como un pez fuera del agua y juro por Dios que no me he sentido más en mi hábitat como en este preciso instante.

—Soy una inconsciente... lo siento... —jadea dejando caer su frente en mi hombro.

—Ambos lo fuimos.

Nos cuesta recuperar la cordura pero cuando mi mente es capaz de analizar la situación, me pongo en alerta. Debe ser tardísimo y debo dormir, descansar y deshacerme de la tensión como sea antes de poner en juego mi vida y la de cientos de personas.

—Tengo que irme... —le susurro, apretándola en un fuerte abrazo.

Está tan cálida, tan húmeda, tan deliciosamente encajada en mí que es imposible reaccionar a la orden que mi cerebro no para de darle a mi cuerpo. Pero gracias a Dios ella es más fuerte que yo y se aleja lo suficiente para que el aire corra entre ambos. La miro a los ojos y esbozo una sonrisa a su vez, las mejillas se le colorean más y gira la cara al mismo tiempo que se separa de mí por completo dejándome despojado.

Echaba de menos el calor de una mujer, la sedosidad natural de otra piel... el momento de verla desnuda. Pero lo que más deseo es poder ver la misma imagen cada día, de alguien a quien amo, con la que tenga planes de futuro y no algo incierto.

—Ey, ¿estás bien?

Dejo de mirar la arruga de la sábana y sonrío. Es un momento incómodo, no sé qué decirle, apenas sé cómo se llama y tampoco quiero preguntarle. Agarro mi ropa tirada por el suelo, mi móvil de encima de la mesilla y me visto en silencio.

—No tienes que decir nada si no quieres... no soy una niña estúpida, tampoco voy a pedirte que te quedes. Soy lo suficientemente lista para saber lo que ha sido esto y te agradezco lo bueno que has sido incluso siendo un polvo sin importancia.

Trago saliva. Sin importancia... eso es lo que ha sido. ¿Pero por qué me cae como una patada en los huevos que lo diga? estoy acostumbrado a escuchar a mis amigos hablar de sus conquistas, de lo pesadas que se ponen las mujeres cuando llega la hora de huir.

—No digo nada porque no sé qué decir sin sonar violento. Si me voy no es porque no quiera estar aquí, es porque tengo que trabajar.

Me giro a mirarla después de ponerme la camiseta. Sigue desnuda y eso hace que mi corazón de un salto y se instale en mi cuello. La luz del sol cala por entre la persiana entreabierta, miles de puntitos dibujan su piel. «¿Hay algo más hermoso que una mujer después de hacer el amor? Sí, una mujer excitada justo antes de hacerlo». Pues ella es hermosa en ambas ocasiones, sin excepción.

—Está bien... ya nos veremos por ahí supongo —dice sonriendo tiernamente.

Me acerco a ella y aunque no debería, me despido con un beso que me sabe a poco. Pero que gracias a él, he conseguido que su sonrisa crezca y no sea tan seco nuestro adiós.

Cierro la puerta y por un momento tengo que cerrar los ojos al encandilarme con el fuerte sol que a estas horas sigue brillando con fuerza. Paso por el bar de antes, ya que no me apetece llenarme de arena los pies y antes de alcanzar el marco de flores que da a la salida, alguien me agarra del brazo. Creyéndome que es ella me giro y mi sonrisa muere un poco cuando veo de quien se trata.

—Perdón —dice tímida mordiéndose el labio inferior.

Frunzo el ceño al ver su nerviosismo y ella viendo claramente mi cara de póker se sonroja violentamente. Es la camarera que un rato antes pasaba de mi culo olímpicamente.

—Verás... ¿Te apetece quedar un día de estos? Podemos hablarnos y tal... no sé...

Ok... esto no me lo esperaba para nada. Ella me pide mi móvil y la veo teclear algo en él, luego saca el suyo del bolsillo de su mandil negro y lo vuelve a guardar.

—Listo, ya tienes mi teléfono y yo tengo el tuyo. Que tengas buen viaje —y antes de irse pizpireta, me regala un suave beso en la comisura derecha.

«Ella sola, viéndote inalcanzable, será la que finalmente se acerque a ti» recordar esa frase me hace reír.

—Maldita listilla...

Capítulo cuatro

Raquel

La tarde se me pasa volando entre dormir en la playa bajo la sombra en una hamaca alquilada súper cómoda y disfrutando de un masaje que me da nada más y nada menos que el hijo perdido de Brad Pitt pero estilo surfista.

En una de esas transiciones entre el sueño y la vida, por mucho que no quiera, pienso en Dante. Ese desconocido que ha pasado por mi cama como quien viene a por azúcar, dejando la despensa vacía, desprovista de ese ingrediente que crees que no te hace falta hasta que lo hace.

Sí, soy dada a hacer elucubraciones raras, poniéndole nombre a todo y haciendo analogías sin pies ni cabeza. Pero fue tan dulce, tan tierno... y si no hubiera sido por mi falta de... no sé ni cómo llamar a una fresca que se interpone en una posible aventura sexual entre una camarera y un cliente, no hubiera acabado enseñándole mis sábanas. Porque claramente se veía a leguas que aquella mujer con aires de miss universo estaba interesada en él. Yo sí lo sabía. Qué pena que él no...

—¿Te hago cosquillas? —pregunta el hijo bastardo de Brad, dejando mis costados y dándole caña a mis hombros.

—No, solo recordé algo gracioso, tú sigue, Pitty.

Siquiera sé si se llama así, pero como dije antes, a todo le pongo nombre. Me monto la película y así soy feliz. Creo que por eso trabajo en el blog y soy tan buena en ello. A todo le busco solución, puedo ser de gran ayuda casi rozando la locura y eso a la gente parece llamarle la atención y pensar que no están tan solos como creían.

Voy directa a la bañera de hidromasaje que este bungalow tan espectacular me ofrece, una vez el sol está empezando a esfumarse, y me sumerjo hasta el cuello. Noto cómo la tensión acumulada se desprende de mi cuerpo y sustituyo el olor a mar por el de las perlas con olor melocotón que acostumbro a usar. Ya casi es la hora de cenar y la verdad estoy famélica y muerta de sueño. Por lo que me debato entre dormir antes de cenar o cenar antes de caer muerta en esa espectacular cama que me hace guiños en plan actor porno desde la habitación.

La verdad es que todo esto es un lujazo. Lo único que me falta es tener a Dante esperándome para una segunda ronda. Me doy de tortazos en la frente, literalmente, por solo tener el remoto deseo de volver a verlo. Y más sintiendo

mi sexo aún adolorido por su culpa. Por su culpa y por...

—La maldita anaconda que le cuelga entre las piernas —digo en voz alta soltando una risa nerviosa.

La verdad jamás he sido tan echada para delante como hoy. Eso de provocar a un hombre, ¡ligar! Y encima llevármelo a la cama... es tan atípico que estoy por decirle a mi hermana que coja cita con el padre Tomás para que me exorcice en cuanto pise Madrid. Seguro que por conocerme desde pequeña me hace oferta.

Salgo del agua cuando mis dedos cogen complejo de garbanzo y sin preocuparme de secarme, ya que este suelo hecho como de bambú chupa el agua que da gusto, me dirijo a la habitación. Las sábanas aún siguen revueltas, así se van a quedar, por lo menos tengo algo que me haga ser consciente de que realmente ha pasado. He estado con otro hombre, alguien que ha sabido tratarme en un ratito de nada, mejor, que mi ex en años. Eso es tan triste que si no estuviese pensando en cenar algo delicioso, acostarme y usar el bonito consolador que mi hermana me regaló antes de venir, que estaría llorando como alma en pena.

Suspiro y sonrío, cerrando los ojos y saboreando una vez más la sensación de libertad que gracias a esta isla, he podido experimentar. Un suave y ligero vestido blanco junto con unas sandalias de tiras altas marrones, son mi atuendo. Hace muy buena noche, me percató al abrir la puerta y salir al porche. Hay más gente que en la tarde y eso es decir. Miles de lucecitas que de día no me he dado cuenta, adornan los barandales de los bungalows y el bar de al lado está a rebosar.

Gracias a Dios tengo mi mesa para dos reservada y no tendré que esperar para sentarme y comer. Un plato de pasta carbonara, y una tarta de chocolate después, me acerco a la playa para ver el mar bravío. La brisa golpea en mi cara y aspiro queriéndome empapar de ella para que me queden reservas una vez vuelva a casa.

Me pregunto cómo habría sido si hubiese venido con Raúl, que no me confesara que me fue infiel, que siguiéramos juntos y... ¿felices? Bueno, lo buenamente feliz que se podía estar en una relación donde nada ocurría. Y a nada me refiero a nada. Ni un altibajo nada más que cuando fuimos al parque de atracciones y después de mucho suplicar.

Definitivamente no hubiera disfrutado igual. Por lo menos ahora puedo respirar sin molestar al de al lado, comer lo que me venga en gana sin tener a una mosca cojonera recordándote cuán gorda estaba en la adolescencia y que

podría caer de un momento a otro. No estaba gorda, solo rellena de amor, como me decía mi madre cuando lo recordamos.

Cruzo el paseo, tarareando la canción que suena desde el pub justo al lado de la arena y sonrío una vez más. Entrando en mi bungalow suspiro al ver las sábanas revueltas, incluso si inclino la cabeza, puedo adivinar las siluetas de nuestros cuerpos. Qué bonito ha sido mientras ha durado.

Me quito el vestido y con la ropa interior como pijama me meto en la cama cubriéndome las piernas. Aun haciendo un calor sofocante tengo la manía de taparme un poco, por si refresca. «Tus manías harán que me vuelva loco un día de estos» me decía Raúl cabreado al no encontrar algo que había ordenado yo. Culpa no tenía que fuera dejando todo por medio. Era una casa no una cochinera, por el amor de Dios.

Dejando de lado esos pensamientos cierro los ojos queriendo dejar atrás este día para concentrarme en el de mañana. Quizás vaya a dar una vuelta por la isla, alquilar una bicicleta y visitar la famosa fosa de barro que hacía milagros.

Algo me está taladrando la cabeza, pero lo extraño es que no siento dolor. Tampoco es que note cómo se me perfora el cráneo. Abro los ojos, muerta de sueño, dándome cuenta de que aún es de noche y lo que suena es mi teléfono. «¿Quién coño me llama a estas horas y cuándo cojones cambié el tono?» A tientas, sin querer abrir los ojos del todo y que se me fuera el sueño, pulso la pantalla silenciando a quien sea que fuera.

El silencio me sume. Pero la felicidad me dura poco cuando a los pocos minutos vuelve a sonar. Ganas no me sobran de coger el maldito aparato y estamparlo, en su lugar, vuelvo a silenciarlo.

—Quien quiera que seas, ojalá te entre una cagalera que no puedas alejarte del váter en un año...

Río unos segundos hasta que el sueño me vence.

—¡Vete a la mierdaaaaaaa! ¡Por Dios bendito! —grito a todo lo que dan mis cuerdas vocales irguiéndome de pronto. Alcanzo el bendito móvil ruidoso y con los ojos pegados, dispuesta a cagarme en toda la familia del pesado o pesada que me llama, me quedo mirando la pantalla como una tonta.

Es una alarma. Una puta alarma que me ha estado despertando toda la noche y ahora acaba de sonar de nuevo a las seis de la mañana. ¿Qué carajo me bebí yo ayer para poner tantas alarmas y a estas horas? La apago, haciendo que

automáticamente se desbloquee y el menú aparezca frente a mis ojos.

—¿Pero qué coño...? —muevo el dedo, viendo las aplicaciones instaladas, el fondo de pantalla que tenía como cuando lo compré.

¿Es que acaso he formateado el móvil sin querer? Pero es imposible, no recuerdo un momento en el día de ayer que lo haya usado y mucho menos para borrar todas mis cosas. Los nervios se apoderan de mí y echándome a un lado mi rebelde cabellera enciendo la luz y me siento en la cama para ver qué es lo que le ha pasado a mi teléfono.

Me voy a galería y al abrirla es ahí que entro en pánico. Hay muy pocas fotografías pero puedo decir y jurarlo que el rostro con barba que mira el objetivo y sonrío no soy malditamente yo.

—Ay no... ay no... —gimo entrando esta vez en WhatsApp.

En efecto ninguna de estas conversaciones son mías, no son mis conocidos, no tengo los nombres de mi familia y amigos agendados, en cambio tengo a otros que siquiera he visto en mi vida. No puede ser... esto no puede estar pasándome a mí.

Mi trabajo, mi vida entera ha desaparecido y lo que es peor: sé a dónde ha ido a parar. A las manos de Dante. Miro la hora. Las seis y media de la mañana y como que me llamo Raquel que este hombre va a contestar ya esté en el quinto sueño. Tecleo mi número y me lo coloco en la oreja solo para oír la voz del contestador diciéndome que está fuera de cobertura.

—Tranquila, Raquel, solo tienes que esperar unas horas y volver a intentarlo. Si no puedes volverte loca, preguntar en toda la isla por él y buscarlo hasta debajo de las piedras... —lloriqueo al no encontrar consuelo por ninguna parte.

Cualquiera de las dos opciones me pone más nerviosa todavía y ya si me pongo a pensar que él vaya a ver... todo... me entran ganas de pegarme cabezazos contra la pared de bambú hasta quedarme tonta. Para colmo esta tarde tengo que mandarle un correo a mi jefa pasándole los archivos que me dijo que perdió ayer para la columna del nuevo número. Increíble... jodidamente increíble.

Han pasado cuatro interminables horas, en las que ya no me quedan uñas, ni café ni paciencia. Así que cogiendo aire le doy a llamar y esta vez grito de entusiasmo al escuchar tono. Pero el gozo en un pozo cuando no descuelga. Abro la aplicación de WhatsApp, por lo menos si le dejo un mensaje lo verá en algún momento. Veo asombrada que casi no tiene conversaciones y aunque

la cotilla que hay en mí desea entrar en cada una y saber qué es lo que habla, abro un chat con mi número de teléfono y le hablo.

«Eh, quiero mi móvil de vuelta. Tenemos el mismo y te lo llevaste por equivocación»

Frunzo el ceño al leer el mensaje. ¿No he sido demasiado seca? Aún estoy a tiempo de eliminar el mensaje, pero antes de pensar hacerlo siquiera,

Dante se pone en línea haciendo que mi corazón se pare. No sé si agarrar algo afilado y apuñalarme por no tener la costumbre de poner contraseña a mi móvil o darle gracias al cielo por ello.

«Así decía yo, ¿qué me habrían puesto en la cerveza sin alcohol para poner una rata como fondo de pantalla?»

«¡No es una rata! Es la perrita de mi madre. En fin, dónde estás. Necesito mi teléfono ya. He estado llamándote por horas y no contestabas. Encima me ha despertado tu maldita alarma por treinta veces en la madrugada»

«Veo que madrugar te pone muy simpática... Pues tendrás que esperar. Ya no estoy en la isla, para ser exactos estoy fuera del país...»

Tengo que llevarme la mano al pecho para ver si aún sigue latiendo mi corazón. No puede ser verdad...

«¡¡¡¡Que, qué!!!! ¿Pero cómo coño vas a estar fuera del país si ayer mismo estabas en la isla?»

«Soy piloto, linda»

«No me llamo linda»

«Bueno, eres linda, además no sé tu nombre»

«Te lo dije ayer, me llamo Raquel»

«¿En qué momento? entre besos y... pues no me enteré, lo siento.

Ese, y... me pone más nerviosa de lo que puedo admitir. Solo de recordar lo que hicimos se me remueven las entrañas.

Nota de voz: Me encantaría seguir hablando contigo pero tengo que irme.

«¡No! ¡Necesito mi teléfono!»

«Tengo que irme, me queda un vuelo más. Te hablo cuando aterrice, ¿no querrás ser la culpable de que se estrelle el avión por estar hablando por el móvil, no es así?»

«Como te atrevas a hurgar en mi móvil, te mataré, Dante. Juro que lo haré y no será para nada bonito»

«(Beso) Deséame buen vuelo al menos, si muero, tu preciado teléfono lo

hará también»

«(*Dedo medio*)»

—¡Que te jodan! —le grito, dejando a un lado el móvil.

Tengo ganas de hacerme bolita y llorar. No sería tan importante si no tuviera tantas cosas ahí metidas. Malditas sean las putas tecnologías que nos hace imbéciles y dependientes.

Gracias a Dios consigo calmar mi ansiedad con el rico desayuno que me traen al bungalow cortesía del complejo. Dios se apiade de ese hombre si decide hurgar en mi teléfono.

Capítulo cinco.

Dante

Quizás no he debido ser tan gilipollas con ella... no recordar su nombre ha sido lo peor. ¿Hay algo más insultante que eso? Esta noche he soñado con despertar acurrucado a su lado, en enterrarme en ella de nuevo, deseando poder escucharla gemir, antes de irme a trabajar. Siempre la misma historia, da igual la mujer que sea, deseo poder establecerme y hacer vida normal. Tener novia y no amantes esporádicas.

Por alguna razón se me está haciendo un poquito más difícil sacármela a *ella* de la cabeza. Supongo que es por la forma en la que nos hemos conocido. Que haya sido ella la de la iniciativa y me hubiese llevado a su cama. Aunque luego estuviese toda sonrojada y con cara de niña buena en mitad del colchón, hermosamente arrebujaada entre las sábanas de algodón blanco.

Lo más significativo es que nunca me he fijado en una mujer rubia. No sé la razón, supongo porque la mayoría de las mujeres de mi familia lo son y siempre me he tendido más por las morenas, castañas o pelirrojas. Pero no puedo negar que ver su cabello liso, rubio, con finas vetas más oscuras, sedoso, largo... tan perfecto que aún siento la necesidad de acariciarlo por una hora más al menos.

Me dirijo al terminal, con la piel erizada tan solo de imaginarme estar con ella de nuevo. ¿Será que cuando nos intercambiamos los móviles, podamos hacer el amor otra vez? Ojalá sea así.

—Madre mía, hoy estás de un ido... ¿Dante estás bien? ¿Cómo va eso que te dije de que te tomaras unas vacaciones y descansaras? Esto de hacer vuelos extras y visitar a tu familia por apenas unas horas va a acabar matándote.

Las palabras de Miranda me hacen suspirar. Vacaciones... algo que sin duda me hace falta pero que me aterra más de lo que quiero pensar. Eso significaría tener más tiempo para quebrarme la cabeza con lo que debo hacer. Por un lado: mandar a la mierda todo hacer vida normal, con un trabajo en tierra firme o seguir como hasta ahora, posponiendo mi sueño de ser padre y tener familia.

El vuelo se me hace eterno y para qué mentir, el aterrizaje no me da tanta alegría como el de ayer. Unos edificios altos, luces, demasiada vida artificial, vehículos contaminantes y ruidosos, vicio y soledad es lo que me da la bienvenida una vez cruzo las puertas del aeropuerto.

«Te alegrará saber que tu teléfono está sano y salvo. Al igual que los ciento cuatro pasajeros, azafatas y demás tripulantes, donde me incluyo»

Sonrío y bloqueo el móvil tras darle a enviar. Algo me dice que esto no va a ser más que el principio de lo que viene siendo: una auténtica locura. Y lo más preocupante es que me veo deseando saber qué va a pasar.

La ducha me sienta como mano de santo. Estoy en un estado de duermevela que creo que me quedará dormido de pie si no llego a la cama en dos segundos. Pero entonces, una estruendosa música me hace mirar al salón, desde donde proviene. Vivir solo tiene sus ventajas y es que puedes decorar lo que te venga en gana, como si solo quieres poner una planta de plástico en el recibidor, un sofá y televisión. Pero vivir solo y tener un vecino decorador de interiores, que pasa más tiempo en tu casa que en la suya es otro cantar.

Tengo plantas de plástico, eso sí, con mi poco tiempo libre lo que menos necesito es que se mueran en mi ausencia. Moqueta, sofá de piel, sillones, muebles perfectamente combinados, una lámpara de esas modernas que tiene más hierro que bombillas y cómo olvidar mi impresionante televisor de cincuenta y cinco pulgadas que adorna mi sala. Aun creo que conserva el adhesivo plástico de las esquinas y es que con el poco tiempo que dispongo, ni lo uso. Llego a la mesa de centro donde dejé el teléfono de Raquel y veo que el nombre de: El más guapo del mundo (como me agendé en su móvil) titila en la pantalla. Sonrío sin poder evitarlo, solo puedo imaginarme su cara en cuanto lo vea.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Sí, ya veo que sigues vivo y coleando... —dice resoplando justo después.

Suelto una carcajada y me siento en el sofá para luego poner los pies encima de la mesa. A mi madre no le gustaría verme así ahora mismo.

—No hablemos de cola, que la liamos, Raquelita.

—No empieces... necesito un favor.

Sin poder evitarlo aguanto la respiración. Supongo que el sueño y el cansancio están haciendo de las suyas. O es simplemente las ganas que tengo de volver a hacerle el amor a alguien. Pero ese favor se me hace de lo más apetecible.

—Y no es el favor que te imaginas, so guarro.

Chasqueo la lengua con fastidio, sin perder la sonrisa de mi rostro, provocando que ella resople una vez más. A partir de ahora la llamaré

resoplona, le queda que ni pintado.

—A ver, ¿en qué te soy útil?

—Mi jefa me va a matar si no le envío el artículo que le prometí que tendría en aproximadamente... ya... así que tienes que buscar el bendito archivo en mi teléfono y enviárselo al correo que te voy a decir.

—Ajá... ¿es muy importante?

—Bastante. Así que si no quieres tener el teléfono de una suicida en tus manos, más te vale hacer lo que te pido.

—Ok, dime el nombre del archivo, dónde lo encuentro y a qué dirección de correo enviarlo. Pero que sepas que...

—No sabes ligar ni aunque te den los ingredientes y una pajita —me corta haciéndome reír—. Así que primero aprende y luego hablamos.

—Sí, señora.

Cojo papel y bolígrafo y apunto lo que me va diciendo. Cuando cuelga después de un: «Como metas la pata, te hago una lavativa con una manguera a presión» me digo que a esta clase de mujeres es a las que temía mi abuelo materno en sus años mozos. Era un alma libre, como él solo se llamaba, pero entonces apareció el huracán Katrina (mi abuela, véase la ironía) y arrasó con todo, le colocó el anillo, le dio hijos y los treinta años más felices de su vida. Por mucho que la hiciese rabiar con que por su culpa dejó su juventud y fiestas a un lado, sabía por su sonrisa de idiota enamorado una vez se iba cabreada, que hubiera dado su vida y más de una si la hubiese tenido, por revivirla junto a ella.

Abro el archivo donde solo el título me hace abrir los ojos de par en par: Cómo hacer que tenga un orgasmo sin manos. Un titular de los que ya no quedan, sí señor. Dejo de meter las narices en lo que no me importa y mando el archivo al correo que ella me facilitó. Automáticamente a los pocos segundos, un correo de su jefa entra en el buzón de entrada:

De: Lorena Botella

Fecha: 15 de Junio de 2018, 01:25.

Para: Raquel Garmendia

Asunto: Para ayer.

Todo es un desastre, espero que no te acostumbres a ese paraíso en el que estás. Quiero una excusa creíble para que te hayas retrasado tanto en enviarme el archivo.

Pd: cuando vuelvas te espera mucho trabajo, así que te aconsejo venir con

las pilas renovadas.

Lorena Botella, presidenta general de la revista *Mon Amour S.A*

Vaya... qué buen humor destila esta mujer. Y eso que es un simple correo electrónico, no me quiero imaginar en persona. Enciendo la televisión y me recuesto en el sofá con la intención de dormir para lo que resta de mi existencia, pero bendita suerte la mía, cuando el teléfono suena con la alerta de un mensaje.

Aún me pregunto cómo es que Raquel no tiene código de bloqueo en su móvil. Yo tengo excusa y es que no logro recordarlo. He probado con patrones, números conocidos, incluso con mi huella dactilar. Pero es inútil. O mis huellas mutan a cada rato y no las reconoce el detector, o soy un negado para las tecnologías.

Quiero ignorarlo ¿y si no es ella? ver mensajes ajenos está mal, muy mal. ¿Qué pasa si es un exnovio o peor: un exmarido. El móvil vuelve a pitar y a zumbir así que dando un suspiro lo agarro y desbloqueo.

Una tal Gema ha mandado cuatro imágenes. Yo creo que mi madre me pegó lo cotilla, siempre se lo he echado en cara, de broma eso sí, pero estoy seguro de que tiene mucho que ver. Pero he de decir que mirar por la mirilla cuando escucho escándalo en el rellano, me ha salvado en más de una ocasión. O cuando me tomaba una copa en la terraza vi “sin querer” a mi vecina de casi cincuenta años, montándose de lo lindo con el hijo de la vecina de enfrente que apenas tiene diecinueve.

El caso es que abro el WhatsApp, y descargo las fotos. Lo primero que veo me quita el sueño de un guantazo. Es Raquel, lo sé porque ese trasero no puede ser de nadie, nada más que de ella. Luce una bonita falda negra y gracias a su posición un tanto... comprometida, se le ha subido hasta el punto que deja su escueta ropa interior al aire. Están en una especie de discoteca, Raquel intenta agarrar algo de la mesa y solo se ven zapatos de tacón, supongo de las otras amigas. La segunda foto es más formal. Se le ve a ella sonriente, preciosa, mirando a su amiga que le sonrío de vuelta. Ambas sujetan una copa con sus respectivas bebidas. Su pelo rubio está ondulado, y brillante a causa del flash. En la playa se veía tan diferente sin maquillaje...

La tercera y cuarta foto son casi idénticas pero tienen una cosa en común con la primera. El tanga de Raquel roba toda la atención. Estoy por salir de la aplicación y dejar de fisgonear cuando una llamada entrante me sobresalta. El nombre de RAUL parpadea en la pantalla junto con las opciones de colgar y

descolgar.

Decido ignorarlo, obviamente, pero eso no hace que no lo vuelva a intentar y llama de nuevo. ¿Quién coño es ese Raúl? Y así hasta diez veces, claro está me veo en la obligación de poner en silencio el maldito cacharro que no para de sonar. Y cuando pienso después de unos minutos en los que me paso mirando la pantalla y leyendo su nombre una y otra vez como si me hubiesen hipnotizado, llega una notificación de mensaje.

Me yergo como un resorte y desbloqueo la pantalla. Raquel tiene una cosa muy guay, que ya le preguntaré cómo es que lo hace, para que los mensajes de WhatsApp se vean en el inicio en una pequeña ventana emergente. Por lo que puedo ver lo que envían sin necesidad de entrar en la aplicación. El tal Raúl le dice lo siguiente:

«Cariño, ¿dónde estás? Te echo mucho de menos, te necesito conmigo y no sé si voy a sobrevivir un día más sin ti. Por cierto, espero que te lo hayas pasado bien en tu cumpleaños ayer. Te quiero, amor.»

Frunzo el ceño. ¿Es que tiene novio? Entonces me entra la taquicardia que siempre aparece cuando me pongo nervioso de más. No es que me importe una soberana mierda ese tal Raúl, ni que lo haya engañado. Pero que me utilicen, me jode bastante.

Me dejo caer en el sofá, abatido. No quiero encontrarle explicación ahora mismo a nada de lo que me está pasando. Eso significaría hacerme un lio y no descansar. Algo, que por mi trabajo, es esencial.

Dejo el móvil en la mesa de café, y me dirijo a la cocina. Un vaso de leche caliente me ayudará a conciliar el sueño.

Capítulo seis.

Raquel

Tiro el móvil, frustrada, encima de la toalla y resoplo. Este hombre no contesta mis llamadas así que seguramente su vuelo vaya con retraso y aún esté volando. Según sus horarios aterrizaría hace veinte minutos en Argentina y aún no hay señales de vida. He mirado las noticias por veinte veces por si da el caso de que algún avión se haya estrellado. Pero gracias a Dios no ha sido así.

Me pego un chapuzón en la playa, queriendo olvidar un poco el estrés que llevo desde ayer. Me queda un solo día en esta maravillosa isla y deseo disfrutar hasta el último segundo si se me hace posible.

El agua está espectacular, no hay apenas olas y qué decir del delicioso olor que destila cada metro cuadrado del lugar. ¿Sería mucho pedir vivir aquí para siempre? Podría ganarme la vida en un chiringuito en verano, y haciendo cualquier cosa en invierno. Aunque según me han contado, incluso en esas fechas hace calor. Y yo amo el verano.

Lástima que en la ciudad no pueda disfrutarlo demasiado. ¿Cuánto hacía que no me iba de vacaciones? Me pongo a divagar mientras floto boca arriba en el agua. Raúl y yo solo fuimos de viaje una vez y para qué mentir, me quería regresar desde antes de salir de la ciudad. Era de negocios, como no. Yo quise ir, fue mi culpa. Pero después de que me contaran que mi novio me estaba poniendo los cuernos, y ese viaje serviría para que se follara a esa zorra entre reuniones, no me quedó más opción.

¿Qué si se la folló? Sí, y no solo una vez. Me enteré un mes después, por desgracia. Mientras me compraba con masajes y baños en el spa, él “supuestamente” debía reunirse con compañeros de trabajo, cuando realmente se lo montaba con ella en la habitación que compartíamos. Incluso yo de imbécil me tragué lo más grande cuando me “regaló” un bolso de lo más chic y de marca. Obviamente usado y que la muy hija de puta se olvidó encima de la cómoda antes de salir por patas como la rata que es.

Quiero llorar. Pero no de dolor, de rabia. Rabia por no haber sabido llevar las cosas como debí hacerlo. Tirándole a la cabeza cualquier cosa que tuviese a mano, y no tirarme a la cama y derramar lágrimas que no se merecía. Lo increíble es que no hice caso a habladurías, siempre me guiaba por mi corazón, y el muy idiota lo creía a él. Hasta que se dignó a contarme palabra

por palabra todo lo que había hecho a mis espaldas. Por un lado se lo agradezco, hubiera vivido una farsa el resto de mi vida si hubiese resultado ser un cabrón sin conciencia. La misma que le hizo confesar.

Suspiro y salgo del agua. Mi estómago ruge hambriento y he oído hablar de las famosas hamburguesas dobles que sirven en el chiringuito de Paco. Estoy secándome con la toalla cuando suena el móvil con la alerta de un mensaje. Casi me tiro en plancha, o prácticamente lo hago, tumbándome en la hamaca. Es Dante.

«¿Quién es Raúl?»

Es todo lo que dice y creo que la sangre deja de fluirme correctamente.

«¿Qué? ¿Por qué? ¿Has hurgado en mi teléfono? ¡Te dije que no lo hicieras!»

«Jajaja. No lo hago, no ahora. Solo veo lo que llega. Que por cierto me gusta esa amiga tuya morena que parece tener un serio problema poniendo los labios apiñados en todas las fotos. ¿Cómo se llama»

Entrecierro los ojos, queriendo que mi mirada asesina traspasase la pantalla y lo fulminase en el acto. No caerá esa breva por desgracia...

«¡Serás patán! Deja de mirar mi móvil. Te lo advierto, Dante. No será bonito cuando te tenga en frente»

Trago saliva al recordarlo. Quizás no haya sido buena idea decirle eso. No cuando todavía deseo besarle de la misma manera que aquel día en mi bungalow y hacerle Dios sabe qué cosas y de cuantas maneras distintas. ¡Madre mía qué imaginación!

«¿Segura?»

«Argg... corta el rollo. Y ahora dime, ¿por qué me preguntaste por Raúl?»

Me muerdo los carrillos, esperando a que hable de una vez. No quiero imaginarme lo que ese desgraciado ha podido decir. Estoy por decirle que se dé prisa cuando el mensaje de Dante salta en la pantalla.

«Ha llamado como trescientas veces. Te dejó un mensaje que te echa de menos y que espera que te lo hayas pasado bien en tu cumpleaños. No sé si decirle que su novia desenvolvió el regalo equivocado...»

Doy un respingo al leer lo que me pone. Esto es algo que podía esperarme de alguien como Raúl. Pero después de como acabamos, lo que menos me imaginaba era que me hablara como si no hubiese pasado nada.

«Es un capullo, debí bloquearlo cuando tuve la oportunidad».

Tecleo sin pensar en que ya le estoy dando demasiadas explicaciones a alguien que siquiera conozco. Con ropa o hablando como personas civilizadas,

de todas maneras. No me sé sus lunares de memoria porque había cosas más interesantes que hacer. Como por ejemplo gritar hasta quedarme sin voz o arañarle la espalda hasta arrancarle la piel.

Esa gata salvaje es una nueva faceta mía que sin duda deseo conocer más a fondo.

«¿Quieres hablarlo?»

Casi me orino encima de la toalla. Hablarlo... sí, justo lo que estoy pensando justo en este momento.

«¿Contigo? No, gracias. No te hagas el psicólogo, anda. Ahora júrame que dejarás de fisgonear en mi teléfono. ¿No sabes que eso es ilegal?»

«Lo sé, no fisgoneo, pusiste una cosa lamar de útil en la pantalla de inicio que puedes ver lo que te mensajan sin necesidad de entrar en la aplicación. Y tu amiga la morena resulta que te ha mandado unas fotos del fin de semana pasado»

«Te favorece el color amarillo»

«¿Amarillo? Yo no llevaba nada amarillo cuando salí»

Hago memoria, visualizándome esa noche que se suponía que saldríamos de *tranquis*. No que acabamos por los suelos, borrachas como cosacas y bailando con las farolas de camino a casa. Me avergüenzo en el acto lanzando un gemido frustrado.

«Puede que tu amiga fotografiase lo único amarillo que llevabas bajo la falda»

Mi mano se estrella contra mi frente provocándome dolor. Esa maldita... me las va a pagar en cuanto la vea.

«Deja mi móvil en un rincón, ni lo mires siquiera. Ahora dime cuando vuelves a Madrid, lo necesito. Yo salgo mañana»

«Veo que yo no soy el único que fisgoneo móviles ajenos. Si sabes que vivo en Madrid y que no estoy allí, eres lo suficientemente capaz de mirar cuándo vuelvo»

Me sonrojo de golpe sintiéndome culpable. Tiene toda la razón. No me tembló el pulso cuando vi sus mensajes o cuando abrí sus horarios. Mierda, ahora me siento como una rata.

«Tranquila, cariño, ahora miraré tu galería de fotos y estaremos a mano».

«¿Qué? ¡No, no, no! ¡Dante!»

Y una cara sonriente es lo único que contesta antes de desconectarse.

—¡Ay Diosito! Haz que haya borrado todas las fotos guarronas que le

mandaba a Raúl por tal de llamar su atención, por favor... —lloriqueo, haciendo que un par de chicos que pasean frente a mí, me miren.

Roja como una amapola, agarro mi toalla, el bolso y me dirijo a paso de elefante (algo que se me da bastante bien cuando estoy en ebullición) a la zona de cabañas. Dándome exactamente igual que la arena me quemase las plantas de los pies como si pisara las brasas de una barbacoa.

Me está mirando directamente, sin reparos, sin siquiera molestarse en disimular aunque sea un poco. La verdad no me intimida, por la simple razón de que no le he hecho nada malo. Entonces cuando estoy a punto de llevarme el vaso de jugo a los labios lo alejo como si este fuera a matarme. ¿Y si lo ha envenenado para quitarme del medio? Os asombraría el porcentaje de mujeres locas que hay por el mundo. Yo lidio con ellas frecuentemente en el blog, intento hacerlas cambiar de opinión, claro. Pero ¿Quién me asegura que lo hacen?

En este caso es diferente. No he hablado con ella, apenas le he pedido el zumo y un sándwich. Pero ella parece querer asesinar me de la peor y más dolorosa manera posible. Sí, estoy hablando de la camarera. La que gracias a mi intromisión en la escena, no consiguió comerse lo que yo gustosa me comí. Dios, qué feo suena eso... Dante no es ningún trofeo, tampoco un filete ibérico como para referirme a él de esa manera. Pero ella parece verlo así, dada la intensidad de su amenaza visual.

Me como el sándwich en silencio y veo de reojo cómo se marcha a la trastienda. Suelto un suspiro de alivio. Ya me estaba poniendo un poco nerviosa. ¿Pero qué pasa si sale con una pistola, me dispara y caigo muerta en medio del comedor, borboteando sangre de la herida al estilo película de miedo?

El móvil suena y frena a mi mente de imaginar cosas demasiado desagradables para mi pequeño corazoncito. Es un número agendado como «Leidis» por lo que frunzo el ceño por la curiosidad que me corroe. Entonces recuerdo que Dante me dijo que le gustó lo de las ventanas emergentes y lo pongo también en su inicio. Solo porque él quiere tenerlo, no malpenséis.

Automáticamente el mensaje queda expuesto ante mis ojos curiosos.

«Hola, guapo. No sé si me recuerdas, soy la camarera de “la Habana club”. ¿Te apetece quedar? No sabes las ganas que tengo de...»

Y hasta ahí mi estómago es capaz de aguantar. Dios mío, cómo puede tener tan poca clase. Esta mujer necesita mucha ayuda, pero lastimosamente no estoy

de servicio. Bloqueo el móvil y me debato en si debo o no debo decirle a Dante sobre el mensaje. Pueden suceder dos cosas: Que quede con ella y se la folle de todas las maneras o que siquiera le preste atención. No sé cómo tomarme el alivio que siento al pensar en esa segunda opción.

La tarde pasa sin que sepa nada más de Dante, eso me preocupa un poco pero me tranquilizo cuando recibo un mensaje en el grupo que tiene con sus compañeros de aviación, diciendo que su vuelo ya ha aterrizado hacía una hora.

También me he tomado la libertad de darle una ojeada a su galería de fotos. Yo sé que no debo, joder, lo sé. Y también sé que si él hiciera lo mismo, lo mataría descuartizándolo a cachitos. Pero no puedo apartar los ojos de la primera foto que veo, ávidos por comparar la imagen con el recuerdo que tengo de él. La verdad es que se me vienen a la mente todas las escenas juntas, de su mirada turbia cuando me hice a un lado la tela del bikini. De los sonidos de placer que profería cada vez que lo acariciaba, ya sea la espalda o la primera porción de piel que encontrara.

Me gustó eso... que nos dejásemos llevar incluso siendo completamente unos desconocidos.

Cuando conseguí dormirme eran pasadas las dos de la madrugada, cuando Dante me mandó un escueto: buenas noches, que fue como bálsamo para mi insomnio. Estaba preocupada y también nerviosa porque cogería un avión de vuelta a Madrid a primera hora. Vuelta a mi vida, lejos del mar cristalino, lejos de los recuerdos más bonitos; los cuales los llevo encerrados en una pequeña botella de cristal rellena de arena fina. También conseguí unas perlas de baño naturales de la isla, recogiendo el olor que la envuelve tan característico. Luego me contaron que era por causa de las flores que solo allí florecían y utilizaban para hacer jabones, perfúmeles, etc.

Suspiro sintiendo la morriña trepando por mis costillas al mirar por la ventanilla del avión, viendo cómo me voy alejando poco a poco. Pero pienso volver, no sé cuándo, siquiera si será para el año que viene o el siguiente; pero seguro pisaré de nuevo esa maravilla que sin duda me ha robado el corazón.

Capítulo siete.

Dante

Son las ocho de la tarde cuando dejo el equipaje en el recibidor de mi casa y voy directo a la ducha. Mi padre puede decir lo que le venga en gana, pero este trabajo es agotador. No solo físicamente, sino mentalmente estoy exhausto. Esta noche y mañana, tengo el día libre. Pienso dormir, comer y beber, lo que no he hecho en esta semana de locos. Entonces, sin poder remediarlo, me viene a la mente la carita de Raquel. Su pelo recogido en un moño desordenado. El olor a salitre de su piel mezclado con aroma de melocotón. Quiero verla. Quiero verla de nuevo y aunque al principio no me hizo mucha gracia que me equivocara de teléfono, por temas de agendas, alarmas y contactos, puedo decir que me alegro.

Así tengo una excusa, aunque solo sea una, de volver a tenerla cerca.

Cuando salgo del cuarto de baño, más relajado y hambriento de toda clase de comida basura que me puedo imaginar, escucho el timbre sonar. Ruedo los ojos. Sé quién es. Lo sé porque siempre da dos timbradas, cada uno con una duración diferente. Según él: es su marca de la casa.

Abro, no me preocupo de cubrir mi torso y veo a Ramón plantado en el pasillo con una caja de cervezas en una mano y una cara de asqueado que no puede pasar desapercibida.

—Gracias a Dios estás de vuelta... Marisa está insoportable, las niñas son una locura y estoy a esto de quitarme la vida como vea un capítulo más de Bob Esponja —dice marcando con los dedos, una ínfima distancia, haciendo referencia a su paciencia.

Tengo que sonreír. No es porque dude de que esté harto de su vida de casado, si no que a veces lo envidio tanto que casi le pido intercambiar papeles. Sus hijas, Sara y Mía, son unas monadas de pelo rubio de seis y cuatro años respectivamente. Y Marisa... Dios esa mujer parece sacada de una película erótica. Lástima que su marido prefiera tontear con mujeres varias por internet, en vez de conformarse con el tesoro que tiene en casa. ¿Pero quién soy yo para darle lecciones?

—Si te divorcias, no olvides darme el número de tu mujer —le digo soplando una risa, dejándolo pasar.

Él se ríe, sabe que estoy de broma y pasa al interior, soltando las cervezas en la mesa de centro. Como suele hacer, cada vez que me visita, según él:

escapando de la realidad; se sienta en el sofá y enciende el televisor. Yo voy a preparar algo para comer, porque intuyo que la noche de tíos se alargará un poco.

—¿Has cenado? —le pregunto, sobre el ruido del televisor donde retrasmiten el partido de futbol de anoche.

—Marisa hizo brócoli y sopa.

—Eso es un no... —murmuro calentando dos sandwiches de queso y jamón. Me pirran estas mierdas por muy poco saludables que sean.

—¡Eres un cabrón! —escucho para después oírlo soltar una exclamación.

Salgo de la cocina con la comida y una bolsa de patatas fritas cuando veo que está concentrado mirando algo que tiene en las manos. Mediante me voy acercando, la sangre se me hiela. Tiene el teléfono de Raquel y veo cómo aumenta y disminuye la imagen para luego soltar otra exclamación.

—¿Qué coño estás haciendo?

Dejo los platos en la mesa e intento quitarle el móvil cuando me esquivo y el muy cabrón sigue viendo imágenes. Estoy por alcanzarlo cuando veo lo que decora la pantalla. Es ella. Y quiero decir que es solo ella, sin nada puesto. Como Dios la trajo al mundo, tal como yo la recuerdo en esa cabaña en donde me arrepiento de no haberla besado más, de haberla tocado mucho más.

—Eres un mamón... ¿Quién coño es esta tía a la que haces fotos?

—Ramón, dame el puto teléfono, no es de tu incumbencia y no debiste abrir la galería sin mi puñetero permiso.

—¿Desde cuándo debo pedírtelo? Somos amigos, joder. Los amigos no se ocultan estas cosas —dice volviendo a mirar la foto.

Raquel me matará si se entera... eso si no mato a Ramón antes y así me aseguro los huevos. Él desiste una vez ve la advertencia en mis ojos y me tiende el teléfono con una sonrisita pervertida.

—¿Quién es? no te dejaré tranquilo hasta que me digas cómo se llama y de qué conoces a esa preciosidad de pechos tan... exuberantes —hace un gesto con las dos manos, abarcando a dos senos grandes imaginarios.

—Cállate la maldita boca, ese teléfono no es mío, y tú has metido las narices a donde no te llaman.

—¿Quieres decir que no la conoces? ¿Te encontraste este teléfono?

Dudo un instante en si seguir adelante y darle la razón o darme por vencido y contarle lo que sucedió de verdad. Pero entonces dice una frase de las tuyas, de esas que me hacen preguntarme por qué cojones es amigo mío y acaban por convencerme.

—No, no la conozco. Encontré ese teléfono y lo llevaré mañana a comisaría.

—¿En serio no te pica la curiosidad? Vamos, Dante. Estás soltero, casi puedo decir que desde que te conozco no te he visto con más de dos chicas. Y estoy seguro de que la virginidad se te ha reconstruido del tiempo que llevas sin mojar.

—Déjate de decir estupideces, que yo moje o no, no es asunto tuyo. Procura mantener a tu esposa feliz que de mi vida ya me encargo yo.

—Puf... —resopla sonoramente y se acomoda en el sofá después de agarrar uno de los sandwiches—, hace meses que no toco a mi mujer. No porque no quiera, ella no se deja porque dice que las niñas últimamente tienen el sueño ligero. Creo que me engaña con otro y no sé cómo sentirme al respecto.

Dejo el teléfono de Raquel en la mesa y observo a Ramón, cómo come mirando la pantalla, sin mirar realmente. Nunca lo había visto así, y aunque sea un cabrón y que a veces se le vaya la boca y las formas, no es mal tío. No dudo que quiera a su mujer, me consta que lo hace, pero tiene una forma muy peculiar de demostrarlo.

—Tú también hablas con mujeres, así que no me vengas con ejercicios de moral —le regaño pegando un mordisco a mi bocadillo.

Él vuelve a resoplar y le da volumen a la televisión dando así por terminada la conversación. Solo espero que se olvide de la dichosa foto de Raquel y me deje en paz.

La noche de fútbol por fin se acaba, pero eso no hace que lo que lleva rondándome horas en la cabeza, se vaya. La cosa es la siguiente: ver a Raquel vestida es una gozada, porque es realmente bonita; pero verla desnuda esta vez con una iluminación bastante generosa gracias a alguna ventana que tuviera abierta en ese momento... es una puta locura.

No me paré a pensar en el grado de remordimientos que tendría cuando, una vez se fue Ramón, abrí la galería y me puse a ver las dos fotos que tenía de la misma tesitura. Sus ojos azules desprendían picardía a raudales, sus labios entintados en rojo no hacían más que resaltar su cabello un poco más rubio en ese momento. Tampoco pasó desapercibido que eran imágenes enviadas por WhatsApp.

Mi madre siempre hablaba con sus vecinas de sus hijos. Yo y Mateo éramos, al igual que todos los hijos de las demás, el orgullo de cada una de

ellas. Mi hermano era el tímido, el que casi ni hablaba, solo escuchaba lo que le convenía. Yo era el celoso. El que no dejaba a mi padre tocarle la mano a mi madre, porque según mi yo de cinco años: mamá era mía y solo mía. Luego llegó Elisa. Y no quería ni que la tocaran si yo no estaba presente.

Por eso no veo raro el sentir esa sensación amarga en el pecho al pensar que Raquel ha tenido una vida, que la tiene, que no soy nadie para ella; mas que un revolcón sin importancia.

Paso dos de mis dedos, con cuidado, por la pantalla del teléfono. Delineando su barbilla, sus labios y bajando de nuevo para llegar a su cuello. Es tan fácil dejarse llevar por una fantasía...

En algún momento, después de desearle buenas noches con un escueto mensaje, ya que no me veía capaz de decir nada más sin confesarle mi fechoría, cierro los ojos y sueño que estoy allí. Con ella en esa cabaña. Pero esta vez como pleno espectador. Escuchando jadeos inconexos, suspiros, besos desesperados y aunque soy casi plenamente consciente de que no es más que los recuerdos atormentándome, me dejo hacer.

«Correr alivia la tensión, correr alivia la tensión»

En cada trote debo decirme eso una y otra y otra vez hasta que la sensación de querer apuntillar la pared con la mismísima polla, se me pase de una jodida vez.

Decir que al despertar tenía una erección, es como decir que el día está malo. El día no está malo, está perro. Lluvioso, con nubarrones más grandes que España entera y la maldita erección no se baja ni metiéndola en un barreño con hielo. Y aunque esto último no lo he hecho, lo estoy dejando como última opción desesperada, lo he probado todo. Por eso me estoy hartando de correr, con este día de mierda que hace, por el pleno paseo de la Castellana.

Estoy calado hasta los huesos, los dientes me castañean y no siento las manos en cuanto cruzo el portal de mi edificio. Ya deben ser las nueve de la mañana si no más. He corrido más de lo que estoy acostumbrado, pero gracias a Dios ha servido para algo.

Estoy tomando un zumo de naranja cuando el móvil vibra encima de la encimera de la cocina. El nombre de Sofia titila en la pantalla. A la tercera vez que llama descuelgo, qué si es familia de Raquel y acaba llamando a la policía por desaparición. Pero lo que no me espero es lo que la tal Sofía me suelta nada más darle al botón verde.

—¿Eres el que se ha follado a mi hermana en una cabaña, en pleno día,

poniéndola de veinte maneras distintas? ¿Y lo más importante: tienes algún hermano para presentarme?

No sé si reír o llorar.

Capítulo ocho.

Raquel

Esta vez puede decirse que los nervios que tengo, no son los mismos que hace tres días. Son completamente distintos y aunque no estoy segura de que vaya a pasar el viaje sin vomitarle a algún otro tripulante de abordo, puedo decir que mis manos tiemblan por otra razón totalmente ajena.

Descartando la bochornosa escena de yo vomitándole al piloto del avión, el viaje es lo que menos me preocupa.

Marco el número de Sofía una vez me siento a esperar la llamada de mi vuelo por megafonía. Los dos tonos siguientes me desesperan y no soy verdaderamente consciente de la falta que me ha hecho hablar con ella hasta ahora.

—¿Quién demonios es?

—Olvidaba tu mal humor por las mañanas, Mer...

—¿Raquel? ¿De quién es este número y por qué coño me estás llamando a las seis de la mañana? —pregunta de corrido para luego bostezar sonoramente.

—Me he tirado a un tío, literal, me tiré a saco. Lo invité a bailar, me lo llevé a mi cabaña y acabamos montándonoslo de mil maneras diferentes encima de una súper cama de sábanas de algodón egipcio, y cabecero de caña de bambú. Sin olvidar que llegué al orgasmo como tres veces en una por culpa de su anaconda... —hablo sin parar a respirar, cuando acabo, cojo aire y espero una reacción de su parte. Por lo menos para saber si está despierta aún, o se ha dormido.

Eso significaría volvérselo a decir y no me veo capaz ni de repetirlo en mi cabeza. Ya de por sí es demasiado chocante que yo, una bloguera que se pasa el día dando consejos de todo tipo, no sepa aplicármelos. Pero ya sabes lo que dicen: en casa de herrero, cuchara de palo.

—¿Mer? ¿Sigues ahí?

—¿Me estás diciendo... —dice después de unos segundos agónicos, en los que no paro de morderme los labios con desespero—, que por una vez en tu vida, me has hecho caso?

—Ajá... y creo que con creces. Esta isla me ha... tragado y me ha escupido completamente distinta. Lástima que en unos minutos coja el avión de vuelta.

—¿Y qué le pasa a tu teléfono? —pregunta ahora con la voz menos ronca

que hace un momento.

—Pues resulta que él y yo tenemos el mismo y... se lo ha llevado por error. Este es el suyo.

Mi vuelo es llamado, me dirijo a la zona de embarque con maleta y billete en mano.

—Mer te tengo que dejar, tengo que pasar por el control.

Cuelgo aun escuchando la voz de mi hermana diciendo Dios sabe qué cosas. Muchas veces me pregunto qué hice para merecer a una hermana como ella. Aunque quiera estrangularla en más de una ocasión, más de las que admito, otras no sé qué haría sin sus consejos extremistas. Sin sus regaños a la tremenda, queriendo dar solución a su manera porque la convencional es demasiado aburrida.

El vuelo pasa sin pena ni gloria, más tranquila que la vez anterior y sin sobresaltos. Según la agenda de Dante hoy tiene el día libre, solo espero poder quedar con él cuanto antes para intercambiarnos teléfonos...

¿A quién quiero engañar? Quiero verlo a él, ver si es real, por muy ridículo que suene eso. Es como si al despegar, me hubiera desecho de la sensación que la isla me brindaba. Solo espero volver pronto.

La llegada a Madrid se hace más pesada de lo que esperaba. Más que nada porque mañana temprano debo estar trabajando en vez de descansando por culpa de mi depresión postvacacional. Mi jefa me mandará una pila de trabajo, también tengo que ponerme al día con el blog. Eso me hace acordarme de Dante, que tiene en su poder mi herramienta de trabajo cuando estoy fuera de casa, con el que hago las entradas.

Llamo a mi hermana, diciéndole que ya estoy esperándola y me dice que llegará e unos cinco minutos pues está cerca del aeropuerto. El móvil suena justo cuando cuelgo y veo que es Dante. Contesto, parando en la acera junto con una pareja que tiene toda la pinta que acaba de reencontrarse después de veinte años por lo menos.

—Sano y salvo, tu móvil está vivo como puedes comprobar—contesto con guasa, haciéndolo reír.

—¿Y tú llegaste bien? Estuve hablando con un compañero y me dijo que tu velo iba con retraso por culpa de una falla.

—Sí, llegué bien. No sabía que mi avión iba con una falla... ¿Quieres decir que podría haberme matado? —subo mi mano hasta la garganta y toda mi vida pasa por mi mente en diapositiva, como si fuera una de esas películas antiguas

en blanco y negro.

—Raquel... oye. Todo está bien, solo tuvieron que comprobar una cosa pero todo estaba bien.

Pestaño y no es hasta que pasa unos segundos que mis oídos se destaponan y logro escuchar la voz de Dante de nuevo.

—Sí, sigo aquí. Soy un poco neurótica y me he imaginado de toda clase de escenas sacadas de una película de terror.

Intento decir la frase con una sonrisa, para no preocuparlo. Pero por mis manos tiemblan y no puedo sacarme esas imágenes de la cabeza.

—Bueno, tranquila. Si hubiera sido una falla mayor no habrían despegado.

Suspiro e intento calmarme. Me concentro en su tono de voz y como si de un milagro se tratase me tranquilizo.

—¿Tienes a alguien para que te recojan? —pregunta.

—Sí, mi hermana Sofía viene por mí.

—Oh, sí, tu hermana. Muy simpática —dice riendo, seguramente más exagerado de lo normal, por tal de quitarle tensión al tema anterior.

—¿La conoces?

Una algarabía de cláxones me hace girar la cabeza hacia la derecha, mi hermana viene por ahí. Lo sé al ver el morro de su escarabajo color rojo asomar tras los coches y el jaleo que está formando como si así pudiera abrirse paso como quien parte en dos el mar rojo. Niego con la cabeza.

—Perdón, no me he enterado, hay mucho tráfico aquí fuera —me disculpo cuando no le he prestado atención a lo que me decía por culpa del lio que está montando mi querida hermana.

—Decía, que me llamó esta mañana para preguntarme si... yo fui el que te folló de veinte mil maneras diferentes y también si tenía un hermano, primo o lo que fuera con una anaconda del mismo tamaño que la mía.

Trago saliva con la mala suerte que se va por otro carril y me atraganto. El aire me falta y empiezo a toser haciendo que una muchacha se pare a ayudarme, dándome golpecitos en la espalda «La voy a matar, lenta y dolorosamente juro que la mataré con mis propias manos» juro en mi cabeza, agradeciendo a la mujer por su ayuda. Y le hago ver las ganas de sangre que tengo cuando la veo aparcar justo enfrente casi llevándose a otro coche por delante.

—¡Eres una cabrona! —le espeto cuando abre la ventanilla del copiloto.

Ella lanza una risa como si mi mal humor no fuese más que una pataleta de niña pequeña.

—Me alegro de verte, hermanita. Veo que has tomado el sol, y que tu cutis ha mejorado. Bendito sea Puerto rico, mi amorrrrr.

—Amén —contesta Dante, dándome un susto. Había olvidado que lo tenía en la oreja.

Al teléfono quiero decir...

—Eres... eres... —tartamudeo pensando en qué decirle pero solo logro resoplar y cabrearme más si eso era posible. Dante se ríe y deseo con todas mis fuerzas poder atravesar la pantalla y pegarle un tortazo en la frente —¡Y tú no te rías!

Abro el pequeño maletero y meto el equipaje con rabia poco contenida. Cuando me subo al coche, siento la mirada de Sofía en mi perfil. Escrutándome divertida.

—¿Con quién hablas? —me pregunta ella una vez mete la marcha y sale como una flecha, incorporándose al tráfico.

—Con Dante —le gruño, haciéndolo reír más fuerte. Creo que ya casi está por entrarle un ataque de asma.

—¡Ah! ¡Hola, cuñado! —vocifera dirección a mi oreja contraria, como si su voz fuera de un oído a otro aterrizando en el auricular del móvil.

Le pego un tortazo y ella se ríe. Ambos lo hacen. Y yo me enfurruño más porque la vergüenza no abandona mis mejillas ni abriendo la ventana entera dejando al aire entrar. ¿Cómo ha podido decirle esas cosas a Dante? Dios... no sé si voy a poderlo mirar a la cara después de esto.

—No te rías más —le increpo a Dante una vez más —¿Te puedo llamar más tarde? Necesito asesinar a mi hermana, enterrarla y no poner ni flores en la tumba.

—Llámame si necesitas ayuda —Se carcajea y sin querer me hace reír también. —Dile adiós a tu hermana de mi parte, hablamos después, Raquel.

«No tomes en cuenta la manera con la que susurra tu nombre, no lo hagas... no te imagines una boda en las vegas, disfrazada de Marilyn Monroe» me digo mientras que mi boca contesta con un escueto: hasta luego. Cuelgo y guardo el teléfono en mi bolso. Sofía va con una sonrisilla pegada a los labios y si no fuera porque la he echado de menos, estaría dándole con el zapato hasta dejarla morada. Su pelo negro hoy luce más a lo afro de lo habitual y se ha pintado sus voluminosos labios de rojo, eso me llama la atención porque la mayoría del tiempo ni se peina.

—¿Dónde vas tan guapa? —le pregunto, dándome cuenta también del iluminador que ha usado en sus oscuras mejillas. Siempre envidiaré su tono de

piel café.

—Pues tengo una cita con un *machoman* y no puedo ir vestida como normalmente acostumbro. La primera impresión es para llevármelo al huerto, ya luego puedo dejarme pelos en las piernas y así me debe querer —dice tan pancha.

Y amo su filosofía más de lo que admito.

—¿Se puede saber qué coño le contaste a Dante? —cambio de tema cuando recuerdo por lo que estaba cabreada—. Sofía me has hecho pasar mucha vergüenza... —gimo con pena, masajeándome las sienes con una mano mientras que con la otra me abanico la cara.

—No le dije nada más allá de lo que tú me contaste, tenía que averiguar yo misma que era verdad. Se escucha buen tío, así que punto doble para ti. También tiene un hermano, así que otro punto más.

—Para, quieta ahí... —alzo la mano—, que ya te veo dándole la noticia a mamá de que me caso con un piloto.

El coche se frena de golpe, haciéndome impulsar hacia delante. Gracias a Dios me puse el cinturón. Miro hacia carretera, esperando a lo que demonios haya hecho que mi hermana frenara en seco, pero no hay nadie, excepto el coche que teníamos en frente que sigue circulando como si nada.

—¡Qué haces! —le grito.

—¡Piloto! ¿Te follaste a un maldito piloto? Ay Dios mío... lo que daría yo por tener a uno así para mí... —sigue la marcha después de gimotear otro poco y yo no puedo dejar de lucir anonadada.

Mi hermana está loca. Lo sé desde que tengo uso de razón. Pero su locura cada vez es peor. Aparto el sudor de mi frente y pongo el chorro de aire acondicionado mirando directamente hacia mi cara. Entre el calor que hace y el susto, creo que me ha bajado la tensión.

—Oye ¿y es guapo? —pregunta entrando por mi calle.

No sé si reír o llorar al ver su sonrisa pervertida. Pero no puedo mentirle. No cuando la cara de Dante sigue grabada en mi cerebro y no tiene intención de borrarse en breve. Y menos cuando lo voy a volver a ver muy pronto.

—Sí, es muy atractivo. Los ojos azules, barba de tres días... sonrisa bonita.

—No olvides la anaconda, hermana...

Suelto una carcajada a su par, haciendo que el susto de antes, los nervios y el cabreo se esfumen. Porque así es Sofía, te hace cambiar de estado de ánimo en un segundo. A los pocos minutos llegamos al bloque de apartamentos en donde vivo. Tengo un hambre atroz aunque también deseo dormir hasta

mañana. Sofia se despide alegando que se va a conocer al veinteavo amor de su vida, racheando de las cuatro ruedas.

Entro en casa, soltando la maleta y busco a tientas en el bolso, el móvil de Dante. Abro WhatsApp, viendo todavía los mensajes sin leer de la camarera del demonio. Entro en la conversación con Dante y pulso el símbolo de mensaje de audio.

—Ya estoy en casa, da gracias que estemos sanos y salvos tu teléfono y yo. De *puritito* milagro hemos sobrevivido a mi hermana.

Cuando lo bloqueo una alerta de respuesta me hace sonreír.

—¡Genial! hoy tengo que ir a la cama temprano, podemos quedar en dos días. ¿Te parece bien a la hora de almorzar? —dice en otro audio.

Muerdo mi labio inferior cuando siento cómo mi corazón se acelera. Si fuera Raquel la bloguera le contestaría cualquier frase inteligente. Pero ahora no está por ninguna parte, solo quedo yo, la simple y llana Raquel.

—Me parece bien. Que descanses.

Y tras un: Y tú también. Bloqueo el teléfono y lo suelto en la mesa de centro. Mi casa está tal cual la dejé, menos mal. Me da un miedo atroz a que entren y me roben hasta las bombillas. Cuando me vine a vivir sola, coloqué dos alarmas por si acaso. Mi vida está llena de por si acasos...

Suelto una risa absurda, de esas que dicen: estoy reventada, no puedo con mi alma y aun así vivo para contarlo. Me dirijo al baño, pasando por la sala de estar y cruzando el pasillo hasta mi habitación. Una gran cama de matrimonio, dos mesillas de noche, un triste marco con una foto mía y de Raúl, un armario y una alfombra blanca ocupando casi todo el espacio, es lo que hay en el cuarto.

Antes de irme de vacaciones me dije que a la vuelta haría cambios y como no hay tiempo que perder agarro el marco, saco la foto, la rajo por la mitad y la otra mitad la aviento por la ventana hecha añicos. Gritando:

—Adiós, baby.

Tranquilos... mis vecinos están curados en salud y me conocen. Saben que a veces la cabeza se me va y hago estas tonterías. Y con la idea de cambiar el aspecto a la casa el fin de semana que viene, me voy a la ducha con una sonrisa de satisfacción. Como si romper esa fotografía haya significado un antes y un después en mi todavía larga vida.

Son las diez de la noche, la casa se sume en una semioscuridad solo rota por la lámpara de pie situada junto al sofá donde me encuentro justo ahora.

Estoy en el blog, viendo cómo un montón de gente ha comentado mi última entrada. La que hice justo cuando me subí en el avión. Una en la que ponía mi terror por volar y lo sexy que sonaba la voz del piloto por los altavoces. Los comentarios iban desde: «¡Mi sueño erótico es montármelo con un piloto de avión!» a «Dios... un piloto... dicen que son tan fogosos» y así hasta rozar los cien comentarios.

La verdad es que el morbo de montártelo con uno es demasiado tentador, lástima que yo no supiera que Dante lo era antes de que tuviéramos sexo. Pero a quién quiero engañar... fue tan intenso lo que pasó entre nosotros que no hacía falta ningún afrodisiaco de más para avivar la llama. Fuimos puro fuego.

Abanico mis mejillas cuando siento calor de repente. La bandeja de mensajes titila con uno sin leer y lo abro pensando que es de alguien demasiado tímido como para poner su consulta pública como la mayoría lo hace. EntreLasNubes3 dice:

«¿Alguna vez has sentido cómo tienes la sensación de que vas a caer irremediabilmente enamorado de una persona? Y lo extraño es que antes siquiera de conocerla, sabes, que va a ser inevitable»

No sé si es hombre o mujer, así que decido contestar de manera neutral:

«Dejarse llevar es una buena opción. Nadie decide de quien se va a enamorar, solo pasa. Te aconsejo que si ves una posibilidad, por muy pequeña que sea, aproveches la oportunidad de colarte en su corazón. Puede que te acabes llevando una sorpresa»

Capítulo nueve.

Dante

—Oye, Dante, ¿Víctor te dijo de la despedida de esta tarde? —Miranda se asoma desde la puerta de la Gabina y dejo de hacer las comprobaciones para girar la cabeza hacia ella.

—No, ¿despedida?

—Sí, Manuel se va de la compañía, pensé que ya lo sabías. Cuando aterricemos quedamos todos en ir a tomar unas copas—. Me voy a negar cuando frunce el ceño y los labios en advertencia—, ni se te ocurra. Me debes un baile y una maldita copa que necesito como el comer. Déjate de excusas baratas, cuando lleguemos de vuelta a Madrid vamos directo al local.

—Pero Miranda...

—Ni Miranda ni leches. Así sea vestido de piloto, tú te vienes. No soporto a las demás chicas y contigo es con el único que puedo mantener una conversación que no sea de hijos y manicura.

Suspiro y ella chilla de júbilo al ver que lo ha conseguido. Soy demasiado blando. Se va cantarina y yo me giro de nuevo hacia el instrumental. Desbloqueo los mandos de control y me aseguro que el freno de estacionamiento esté puesto. También verifico que no haya “trastos” por ahí sueltos que no salgan bailando durante el vuelo. Pongo los compensadores en posición de neutral y chequeo los *flaps* que estén total o parcialmente abajo para facilitarme la inspección exterior. La batería ON, las magnetos OFF, compruebo que los fusibles no estén saltados. Combustible, indicador de presión... Termino ajustando las frecuencias de radio, instrumentos de navegación, transponder y doy por terminado la preparación de cabina.

Lo siguiente es lo más tedioso, aunque necesario. Doy una vuelta alrededor del avión, comprobando: Flaps, alerones, extremo del ala, ruedas, combustible, motor, hélice, rueda de morro, luces de aterrizaje, ala izquierda, fuselaje, y cola.

Y cuando estoy de vuelta al asiento, me preparo para el despegue; destino: Tenerife.

Cuando llegamos, tres horas y dieciséis minutos después, un paisaje volcánico, con costas bañadas de agua celeste se abre ante mí. La llegada al aeropuerto se hace bastante pesada, solo de pensar que en una hora estoy de

vuelta al avión para prepararlo todo de nuevo. Hoy es una de esas jornadas tediosas que deseas no tener la profesión que tienes.

David mi copiloto, Gerardo, Miranda, Verónica, Leila auxiliares de vuelo y yo nos dirigimos a la cafetería para beber un café y así reponer fuerzas. Nos sentamos en una mesa grande, cerca de la ventana, pues hace un calor de mil demonios y parece no funcionar el aire acondicionado prehistórico que hay colgado de la pared.

—¿Ya tienes pensado qué harás en las vacaciones, Marisita? —le pregunta David a mi amiga, haciendo que ruede los ojos.

Odia que le pongan diminutivos y él lo sabe. Ella mueve con gracia su cabello rizado y suspira poniendo cara de soñadora, mirando a un horizonte imaginario.

—Pues estoy pensando en ir a la montaña, algo lejos de toda civilización, tan solo con la compañía de mis hijos perrunos.

Doy un sorbo de mi café con hielo y sonrío por inercia. Mis vacaciones también están próximas y no puedo dejar de pensar en las ganas que tengo de ir a Puerto Rico otra vez.

—¿Le has puesto una carcasa de corazoncitos a tu teléfono? —Me pregunta Vero al verme sacarlo del bolsillo.

Los demás se ríen y me avergüenzo un poco por no haberme parado a cambiar la funda.

—Era la única que quedaba en el chino de la esquina y no he tenido tiempo de buscar otra —esa es la excusa más brillante e idiota que he podido dar nunca.

La hora se nos pasa volando, léase la ironía, y cuando me voy a dar cuenta ya estoy de vuelta a Madrid.

Con el traje puesto, la gorra en la mano y una cara de más muerto que vivo le doy la bienvenida a la ciudad en donde vivo. Miranda me rapta literalmente; llevándome agarrado del brazo hacia los ascensores del aeropuerto. Hemos quedado en ir a un pub donde nos reuniremos con los demás. Aún no estoy muy por la labor, pero viendo el empeño de mi compañera no me queda más remedio. Y si lo pienso bien, tampoco me vendría mal despejarme un rato. Suerte que tengo hasta el sábado libre.

Me miro en el lateral espejado del cubículo y me atuso un poco el cabello. Menos mal tuve tiempo de ir al peluquero y arregló el destrozo que me hice.

—¿Has pensado en dejarte barba más a menudo? te queda bien —dice a mi espalda.

—¿Tú crees?

Ella asiente sonriente y le devuelvo la mueca dejando de observarme en el espejo. Ya hemos llegado a la planta baja y nos dirigimos al exterior. El móvil vibra en mis manos cuando desactivo el modo avión y frunzo el ceño al ver que es ese tal Raúl de nuevo.

«¿Raquel? ¿Estás en casa? Necesito hablar contigo, voy en camino»

Trago saliva y siento un mal presentimiento rodearme el cuello con la fuerza de unas tenazas.

—¿Te vas a quedar ahí parado? Cuanto antes lleguemos, antes te iras a tu cama a descansar, señor aburrido...

Suspiro intentando quitarme el malestar de encima y decido enviar un mensaje a mi móvil para avisar a Raquel que ese tipo va a ir a verla.

«Raúl dice que va a ir a tu casa»

«¿Algún problema con eso?»

Guardo el teléfono en el bolsillo y froto mi nuca a la vez que me pongo en marcha hacia el coche. El taconeo de Miranda frente a mí me está poniendo de los nervios y no es que sea el único ruido que se escucha en este lugar. Verifico el móvil para ver si ha contestado, pero siquiera han sido entregados los mensajes.

—¡Mierda!

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, una tontería. Voy en mi coche, te sigo.

Ella frunce el ceño y suelta un escueto: «ok» antes de irse dirección a su vehículo. Cuando estoy subido en el asiento le doy a llamar. Los tres tonos siguientes me hacen saber que Raquel no va a coger la llamada y eso me pone más nervioso si cabe.

—¿Dónde demonios estás? —susurro para mí, intentando contactar con ella de nuevo sin éxito.

El sonido de un claxon me hace fijar la vista en frente, Miranda me hace señas desde su ventanilla para que la siga y me obligo a calmarme. Raquel sabe cuidarse sola, ese mequetrefe no le hará daño. Y eso es lo que me repito hasta la saciedad todo el camino de ida al bar de copas.

Los vítores de mis compañeros no se hacen esperar como tampoco los comentarios usuales de la mayoría. Desde hace años creen que entre Miranda y yo hay más que una amistad y la verdad es que no nos han faltado oportunidades. Puedo decir que hemos dormido juntos más de lo que recuerdo. Y cuando digo dormir es dormir. No la veo como nada más aparte de

compañera y amiga y creo que por su parte, ocurre lo mismo. Y aunque no me lo haya contado, sé que se muere por uno de los que están ahora en la barra bebiéndose una cerveza y sonriendo como un gilipollas al verla.

—Hay buena música, estoy deseando bailar durante todo lo que resta de tarde—me dice ella, moviendo la cabeza al ritmo de la canción que suena por los altavoces.

—Conociéndote, no lo dudo —le contesto provocando una carcajada de su parte.

El bar está lleno aun siendo la hora que es, y me relamo los labios al ver que también preparan distintos platillos aparte de toda clase de bebidas. Estoy muerto de hambre. Cuando llego a la barra, Miranda se tensa al ver a Sergio acercarse. Uno de los asistentes de vuelo de nuestra compañía.

—Oye, Dante. Me han dicho que tu hermano tiene pensado retirarse, ¿es eso cierto? —me pregunta nada más llegar, abrazando a Miranda por sobre los hombros.

Esta se tensa más y su rostro parece haber conseguido un par de tonos más. Oculto una sonrisa y hago una mueca en su lugar. No me he acordado de llamar a mi hermano para hablar sobre ese tema.

—No he hablado con él aún. Pero si es su decisión...

Él asiente en respuesta, concordando conmigo y pide una copa para mi compañera, llevándosela con él. Ella me mira aterrada sobre su hombro y en respuesta le guiño un ojo. Solo ella puede estar deseando de su contacto y repeliéndolo a la vez. Aunque lo puedo entender, ya que un brillante anillo de casado adorna el dedo anular de mi buen y coqueto amigo.

Una vez pido algo para comer, saco el teléfono del bolsillo y suelto un juramento cuando sigue sin llegarle mis mensajes a Raquel. «No debo preocuparme... no debo preocuparme...» pero hago justamente lo contrario durante una hora y media que tardo en comerme dos platos de patatas fritas, un bocadillo de pollo y cinco cervezas.

Miranda está más contenta de la cuenta y puedo decir que si no tuviera otra cosa en la cabeza estaría igual o peor que ella. El cansancio no hace buena combinación con el alcohol como tampoco lo hace con la preocupación.

Me separo del resto, un poco más inestable de lo normal, para qué mentir y salgo a la puerta a fumarme un cigarro. Desbloqueo el teléfono y miro el whatsapp. Ya le llegaron los mensajes pero no parece haberlos leído siquiera. Eso me hace poner los vellos de punta.

Un tono después de darle a llamar, su voz me hace lanzar un suspiro de

alivio.

—Estás bien... —modulo como puedo, encontrando mi lengua más enredada de lo normal.

Capítulo diez.

Raquel

El día es soleado, los pajaritos cantan no sé muy bien de qué raza son o si realmente se les diferencian por razas; y por raro que parezca estoy de buen humor. Esta noche tuve un sueño. Uno erótico, para qué voy a mentir a estas alturas. Uno en donde me encontraba encima de un glacial, pero por increíble que parezca no tenía frío ya que solo llevaba unas finísimas braguitas blancas. Yo toda ahí, haciendo poses dignas de spot de perfume esperando yo no sé qué. Cuando de buenas a primeras, tan tranquila se abrió un surco y me tragó, escupiéndome en el asiento de un avión.

Luego la voz de Dante era todo lo que ocupaba el espacio. Ese timbre dulce, ronco y excitante que me hace temblar más por las partes bajas que por las de arriba; diciéndome que me dirigiera a la gabina.

Nos la montamos allí, con el copiloto mirando. Y nosotros, ¡jala! a liarla parda mientras el avión surcaba los siete mares y yo alcanzaba mi quinto orgasmo.

Las puertas del ascensor se abren en la planta tres y suelto un suspiro deseando poder soñar eso de nuevo esta noche.

—Llegas tarde, ven a mi oficina, ya.

Me encantan los buenos días que recibo por parte de mi jefa a buena mañana ¿y sabéis lo que más amo de todo? La de papeles que hay en su mesa esperando a que los coja en brazos, los acune con mimo y lea cada uno de ellos al detalle. Sí, estoy lamar de feliz de haber cambiado una isla paradisiaca, con cocoteros, tipos parecidos a Brad Pitt andando tan campantes por una orilla de arena finísima y agua celeste, comida afrodisíaca y el recuerdo de lo que fue el mejor polvo de mi existencia, por... esto.

—Buenos días, Jefa. Está muy guapa esta mañana.

Sus ojos se entrecierran tras sus gafas sin montura de una de esas firmas caras. Pero yo solo veo el pastizal que se ha debido gastar en cristales y un par de alambres de plata que desaparecen por entre su cabello negro. La muy bruja es guapa y ella lo sabe. Aunque siempre tenga la expresión de haberse comido un niño al día. O dos, depende del momento en el que la pillas.

—Quiero que revises estos artículos, tenemos que elegir los mejores y también algunas de las entrevistas que hicimos el mes pasado. La gente quiere morbo, Raquel. ¿Entiendes? —se levanta de su silla y empieza a caminar de un

lado a otro frotándose la nariz.

Siempre lo hace cuando busca inspiración. Qué mala suerte que siempre acabe siendo yo la de las ideas.

—¿Qué te parece que hablemos de...? No... demasiado redundante — cambia de idea volviendo a mirar a la nada.

—Podemos hablar del tipo de hombre o de mujer que nos llama la atención. Las profesiones que dan más morbo, como puede ser... —*un piloto de avión* — un policía, un bombero, una secretaria...

Sus ojos se encienden y llamean como si hubiera dado con el mismísimo elixir de la juventud. Está a punto de abrazarme, pero antes de que eso pase, agarro la pila de papeles y los interpongo entre las dos, creando una barrera de distancia.

—Genial, prepáralo todo. ¡Esto va a ser un jodido éxito!

¿Por qué cojones no le haría caso a mi santa madre cuando decía eso de...? «Calladita estás más guapa» con el trabajo a cuestas, literalmente, me dirijo hacia mi mesa saludando a mis compañeros con cara de perro apaleado.

Javiera se acerca a mi mesa y haciendo a un lado la torre de folios que acabo de dejar encima y mi colección de post-it de todos los colores y tamaños, se sienta encima dejando al descubierto su pierna gracias a la raja lateral de su falda lápiz gris.

Sus ojos brillan deseando escuchar chisme.

—Ahora mismo me estás dando un adelanto de lo que fueron esos maravillosos días en esa mágica isla.

—Javi... ¿Es que no ves todo el trabajo que tengo? Estoy empezando a pensar que Jessica solo quiere que me suicide o renuncie de una vez.

Javiera hace un puchero de lo más infantil y se inclina más provocando que a mi compañero Ulises, uno de los nuevos en la empresa se caiga de la silla. Creo que ya más no podía torcer el cuello intentando ver de qué color es la ropa interior de mi querida amiga que más inocente no puede ser. Su filosofía: todos somos pan de Dios, nadie tiene malas intenciones para con nadie.

Mi amiga se levanta de la mesa alertada y ayuda al pobre Ulises que en efecto tiene la cara girada con el tendón del cuello cogido. Cuando se va al baño, Javi vuelve a mi mesa con la sonrisa de nuevo implantada en su bonita y redondita cara. Odio sus curvas más de lo que me atrevo a confesar y es que tiene un trasero que ni la Jennifer López en sus mejores tiempos. Y las odio por el simple hecho de que yo las quiero igual de respingonas que ella. Lo latino le corre por las venas...

—Anda, Ra... solo un titular. Échalo pa fuera...

—No sé si lo que viví allí, puede no ser apto para tu corazoncito virginal —digo más bobalicona de lo que pretendía.

Sus cejas casi llegan al nacimiento de su cabello y antes de que preguntase más la voz de mi jefa la interrumpe.

—Vuelve a tu puesto, Javiera, Raquel no te veo moviendo los ojos leyendo los artículos. Me voy a desayunar, cuando vuelva quiero ver progresos.

Tras desaparecer al cerrarse el ascensor suspiro y me pongo manos a la obra, escuchando alguna que otra perla de mis compañeros hacia mi querida jefa.

Estoy sudada por culpa del calor y la falta de aire acondicionado, asqueada y muerta de sueño, mala combinación porque no sé qué hacer primero una vez apague todo y llegue a casa. Ducharme, comer o acostarme hasta el año que viene... suena todo tan tentador que solo puedo bostezar por enésima vez y dejar caer mi sien en la mano mientras leo otro artículo parecido al anterior.

Falta una hora para que mi jornada laboral se acabe y estoy que me arrastro por los suelos pidiendo clemencia al más puro película medieval. Ya me imagino con uno de esos vestidos pomposos de campesinas de la época, a los pies de Jessica, suplicándole que me deje ir a casa de una vez...

Cierro los ojos, solo un segundo, hasta que siento un golpe en la pesa que hace que me revoten las neuronas.

—Piedad, mi señora... —baluceo mirando a mi alrededor, escuchando la risa de Javiera.

—Ra, te quedaste dormida, ya es hora de irnos a casa... —dice ella con voz dulce quitando algo de mi frente. Un post-it amarillo en forma de manzana.

Me paso la mano por si algunas babas se han escapado de mi boca mientras descansaba los ojos por un segundo que luego se convirtió en tres mil seiscientos por arte de magia. Le digo adiós con la mano a mis compañeros y recojo mi mesa, metiendo los últimos artículos en el bolso para poder adelantar trabajo en casa.

Entro en el coche, lanzando un bostezo poco femenino y recojo mi melena en un moño con la ayuda de un bolígrafo que cojo de la guantera. Mi cara puede decirse que se ha transformado en la de un panda, ya sea por las ojeras o por el eyeliner corrido y mirándome al espejo retrovisor intento arreglar el estropicio que ha causado mi siesta.

Después de lo que parece una eternidad, aparco en mi calle, y cuando cojo

el bolso saco el teléfono al sentirlo vibrar. Es Dante. Frunzo el ceño. Él no suele llamarme a menudo, como mucho me deja un mensaje. Pero me doy cuenta de que no he conectado los datos del móvil. Descuelgo, a la vez que abro la puerta y salgo a la calle.

—Ey —le saludo con alegría.

—Estás bien... —su suspiro seguido de esa afirmación un tanto balbuceada a duras penas me hace fruncir el ceño otra vez. «Las arrugas, Raquel, las arrugas...» relajo mi cara y me cuelgo en bolso al hombro, cerrando el coche con llave.

—¿Qué ocurre? Claro que estoy bien, acabo de salir de trabajar, no activé el internet del teléfono así que si me has hablado no me ha podido llegar nada.

—Raquel, es solo... que...

—¿Estás bien? Tu lengua parece tener complejo de batidora —le digo soltando una carcajada.

—Sí, no... bueno, bebí un par de cervezas. Raúl. Es él...

—¿Raúl? ¿Qué pasa con él?

—Mensaje me mandó al móvil y dijo ir a tu casa...

—Dante ¿quieres vocalizar bien? No me entero de una mierda. Espera que entre en casa, con el sonido de los coches no te escucho nada.

Pero me quedo petrificada con las llaves del portal en la mano alzada en cuanto veo al rubio de ojos azules, vestido con camisa blanca y pantalones grises, parado frente a mí con una sonrisa. La misma por la cual suspiraba y le decía sí quiero casarme contigo, hace unos meses atrás. «Mierda»

—Raquel... Raúl va tu casa —escucho que dice Dante en la lejanía aun teniendo el teléfono pegado a mi oreja.

Trago saliva y desvío la mirada hacia el suelo.

—Sí, lo sé. Tengo que colgar ¿vale? Te marco luego.

Y realmente espero que ese luego llegue antes de lo que espero y que Raúl haya venido solo para decirme que se va a vivir a la Conchinchina más lejana.

Capítulo once.

Dante

Cuando Raquel cuelga no estoy mucho mejor que antes. Mi imaginación es nula pero cuando estoy ebrio, parece cobrar vida poniéndome en la mente toda clase de situaciones. Vuelvo a llamarla porque no me quedo tranquilo pero a los dos tonos me corta y salta el buzón de voz.

—No, no... No hagas eso... —digo mirando a la pantalla.

No me gusta lo que siento ahora mismo. No son celos, creo, es demasiado... ¿pronto? pero no puedo dejar de pensar en ella y en ese tal Raúl que no sé qué mierdas pinta en su vida. Pensar en lo que me dijo en aquella ocasión de que ojalá lo hubiese bloqueado, me tranquiliza. Pero luego pienso en la de locos y desquiciados que hay por el mundo y vuelvo a ser un manojito de nervios.

Miranda sale del local tambaleante, cantando una canción de reguetón antigua y se abraza a mí casi haciendo que el móvil se me caiga al suelo.

—¿Qué haces aquí solito? Te odio ¿lo sabías? —Sus labios forman un puchero lastimero—, me dejaste sola con él... sabiendo que me hace daño.

Estoy tentado a decirle que no soy su niñera pero eso solo empeoraría las cosas. Me limito a acariciarle la espalda mientras abro el WhatsApp pretendiendo enviarle un mensaje a Raquel para saber si está bien.

—Queda confiscado este aparato del demonio... desde que llegaste de Puerto Rico no haces más que engancharte a esta cosa que odiabas usar —me regaña quitándomelo y metiéndolo en su escote.

—Miranda, dame el móvil, tengo que hablar con alguien. Es importante.

—¿Por qué siempre me enamoro de quien no me conviene, Dante? ¿Es que no merezco ser feliz? —su labio tiembla y me parte el corazón verla así de destrozada.

—Ven aquí —la atraigo hacia mi cuerpo y la abrazo intentando que se calme y deje de llorar.

Observo por el rabillo de mi ojo a mi compañero Sergio salir del pub igual de perjudicado que nosotros, hablando por teléfono y niego con la cabeza cuando le veo intenciones de acercarse una vez cuelga. Frunce el ceño.

—¿Está todo bien? —pregunta en voz alta.

Miranda se despega de mi cuello y gruñe desahogada alzando los brazos intentándose deshacer de mi abrazo. La logro agarrar de la cintura antes de que

haga una locura. Lástima que no me quedan manos para taponarle la boca.

—¡Eres un maldito gilipollas Sergio Laínez! ¡Un animal desvergonzado que coquetea con cualquier falda que se le pone a tiro! Te odio...

—Miranda, para... para o mañana te arrepentirás de esto —intento hacerle entrar en razón.

Sergio se acerca, algo que me pilla desprevenido. Se ve afectado por las palabras de mi compañera, lo veo en su rostro. No dudo que Sergio ame a su mujer, pero no me cabe dudas de que lo que tiene con Miranda no es sano para ninguno de los dos. Sin destacar que aun no habiendo hecho nada más allá con ella, algo que empiezo a dudar, pone en riesgo la relación que tiene con Sara.

—¿Pero qué coño estás diciendo?

—Sabías que acabaría encoñada de ti, tú lo sabías... y aun así seguiste siendo...

—¿Yo mismo? Somos amigos, me gustas, eso no lo puedo negar... eres una mujer preciosa y ojalá yo...

—Vamos, sigue, por mí no te cortes, cariño.

La tercera en discordia aparece de la nada. Supongo a recoger a su marido, demasiado borracho como para conducir hacia su casa. Me llevo a Miranda lejos del drama que mi amigo y compañero está a punto de sufrir. Ella no protesta, incluso cuando la dejo sentada en los escalones que dan a un parque contiguo al bar, parece ida. La cara mojada por las lágrimas la hace parecer tan vulnerable que me encoje por dentro.

—Lo he fastidiado todo... la he cagado. Sergio perderá a su mujer por mi maldita culpa y no sé qué hacer.

—Tú no has hecho nada.

—Sí lo hice. Le he dicho cosas que... No debería haberle dicho. Si Sara se separa de él no me lo perdonaré nunca.

Me quedo con ella, sentado en ese escalón por largo rato, intentando calmar su desgracia y al cabo de unos minutos cuando deja de llorar me mira a los ojos. La música se escucha desde donde estamos. Veo cómo se aproxima, cada vez más cerca de mi rostro. Es el dolor el que le hace actuar de esta manera, me digo. Pero es tarde cuando logro reaccionar ante su beso.

Un leve roce de labios. Nada con otra intención que no sea hacer desaparecer el sabor agri dulce de una batalla perdida. Entonces se me viene a la mente la última cosa que hace apenas unos días, me acompaña a cada rato. Raquel sonriendo, Raquel gimiendo debajo de mí, el susurro de su boca al decir mi nombre, su risa al teléfono, y lo poco que he tardado en

encapricharme de ella por muy loco que parezca.

Sujeto a Miranda por los hombros, la despego de mi boca y automáticamente deja caer su frente en mi hombro.

—Lo siento...

—No importa.

Ella sonrío y yo la imito. La tensión abandona su cuerpo y con mi ayuda consigo levantarla y llevármela de allí. No estoy para conducir y ella tampoco por lo que llamo un taxi que a los pocos minutos nos recoge y nos deja en nuestras casas.

Mi salón vacío, el olor a cerrado y los últimos vestigios de haber cenado en la cocina hace dos noches me da la bienvenida. Me siento en el sofá y abro la galería de imágenes violando su privacidad por enésima vez. Pero necesítándolo como un adicto ansía una dosis después de otra.

Paso las fotos, deteniéndome en observar sus ojos, su boca, poniéndole sonido a cada pose. Las inocentes, las sugerentes... en todas ellas sale tan preciosa que no puedo detener la erección que tensa mis pantalones en el acto.

La deseo tanto que cuando la vea, no podré dejar de tocarla ni un segundo.

Un mensaje llega cuando estoy a punto de pasar a la siguiente foto y suspiro de alivio al ver que es ella.

«¿Sería mucho pedir viajar al pasado y volver a estar en esa playa deliciosa?»

«Podrías viajar cuando quisieses» le respondo sonriendo.

«Lo sé, pero quiero volver al pasado, a ese bungalow donde un piloto lamar de simpático me dejó robarle la pureza de buena gana»

Lanzo una carcajada y no puedo evitar sonrojarme.

«Ese piloto también está de acuerdo contigo con volver al pasado y recordar uno por uno, los recuerdos que tiene de ti en aquella cama de bambú y sábanas blancas»

«Wow... vas aprendiendo»

Sonrío y me recoloco la erección por enésima vez. Esta conversación se está yendo a terrenos pantanosos y no me gusta la idea de hacerme una paja en la ducha pudiendo tenerla a ella en su lugar.

«¿Estás en casa?» pregunta a los pocos segundos.

«Sí, acabo de llegar. He estado con mis compañeros en un pub de aquí, uno de ellos se va de la compañía y queríamos despedirle. Aún ni me quité el uniforme»

Y por si no me cree, me hago una foto, poniendo una de esas caras que a

ella le gusta tanto poner.

La veo escribir una vez la recibe.

«¡Tú has visto mis fotos otra vez! pero te perdono porque estás demasiado guapo con el uniforme. Aunque tengas cara de no haber dormido en dos años»

«No sé de qué hablas... por cierto ¿todo bien?»

El cambio de tema es latente, ya que mejor eso a confesar que en efecto había visto sus fotos, todas, para ser más preciso.

«Bien»

Frunzo el ceño y no sé por qué ese bien me suena a todo lo contrario.

«Creo que me voy a dormir ya, ha sido una vuelta a la rutina demasiado... intensa»

«Está bien, yo también iré a dormir. Creo que dormiré hasta entonces, tengo mucho sueño atrasado»

«Jajaja, buenas noches, Dante»

«Buenas noches»

Bloqueo el móvil cuando ella se desconecta y voy para la ducha directo. El día ha sido intenso para mí también por lo que tras vestirme con un fino pantalón de pijama me acuesto en la cama. Pero entonces me doy cuenta de que no le he recordado a Raquel que mañana habíamos quedado.

En el segundo tono descuelga y su preciosa voz vuelve a inundar mis oídos.

A la mañana siguiente, nada más abro los ojos, no puedo frenar el impulso de llevar la mano a mi entrepierna. La maldita polla no me da una jodida tregua ni aunque esté muerto de cansancio. Ella va por libre, haciéndole caso a mi cerebro calenturiento que para desgracia y deleite, a partes iguales, ha hecho que tenga un sueño de lo más rico con Raquel. Y para colmo no ayudó nada escucharla de la manera en que la escuché cuando la llamé anoche. Mi imaginación voló y la evoqué como si la tuviera a la distancia de mis dedos.

Esa cara... esa boca...

Introduzco la mano dentro del pantalón, cierro los ojos y dejo salir el aire que no me he dado cuenta que retengo. Esto es una tortura... demasiada tortura para poder soportarlo. Esta mujer me está matando. No es más que alguien que apenas he visto una vez, pero no puedo evitar pensar en ella constantemente. No sé si fue por culpa de cómo me miraba, de lo graciosa que estaba con aquel moño desordenado, sus mejillas sonrosadas por el sol, el desparpajo que desprendía... solo sé que me estoy volviendo loco.

«Supongo que es inevitable...» pienso sin acabar la frase aunque solo sea en mi mente. Hoy será el día en el que la vea de nuevo, eso me servirá para poner en orden mi embotada mente. De aceptar de una vez por todas lo que me pasa con ella.

Y con ese pensamiento me levanto de la cama y me visto para ir a por un café y algo dulce que llevarme a la boca, ya que no la tengo a ella en su lugar, antes de recoger el coche.

Mi reloj marca las doce y media, Raquel me ha mandado un mensaje indicándome dónde está su trabajo. Trago saliva nervioso. No puedo controlar mis manos temblantes, como tampoco la ansiedad incontrolable que me atenaza la boca del estómago.

«No olvidéis que habéis quedado para intercambiar los teléfonos» me digo. Pero pensar en ello hace que me dé un poco de miedo no volver a tener la excusa de verla.

Cuando dan la una y cinco minutos, según pone en la pantalla de mi coche, aparco frente a la revista donde Raquel trabaja. Me cuesta apenas unos segundos reconocerla. Lleva unas sandalias de tacón de color rosa claro a juego con su vestido corto hasta medio muslo. Está pintándose los labios, ayudándose con la pantalla de *mi* móvil. Su pelo rubio está suelto, dejando esas hondas naturales a su libre albedrío.

—Ya va siendo hora de aceptar que te imagino como madre de mis bebés, Raquel... —digo haciendo una mueca.

Capítulo doce.

Raquel

Ver a Raúl después de todo lo que ha pasado estos meses me hace dar cuenta de que el reencuentro no es como yo creía que iba a ser. Es decir, fuimos novios, le quería muchísimo; hasta tal punto de querer casarme con él. Pero después de tantas y tantas lágrimas que he derramado por su culpa, después de darme cuenta que no merece ni la cuarta parte de mi sufrimiento, me he dado cuenta de que no es para tanto. Y lo más significativo es que me hubiera arrepentido si hubiéramos llegado a casarnos.

Debo admitir que mi estómago está haciendo cosas raras pero lo achaco a las ganas de vomitar que tengo solo de pensar en las babas y lo que no son babas, que me habré comido durante tanto tiempo que él ha estado engañándome con otras mujeres. Porque no puede haber otro motivo.

Guardo el móvil en el bolso y doy un par de pasos en su dirección, los que me permite, ya que camina hacia mí terminado de acortar la distancia entre ambos.

—Estás bronceada y preciosa, cariño.

Ruedo los ojos y lo esquivo para entrar en el edificio. No tengo ni ganas ni fuerzas para aguantar sus tonterías. Lástima que no hubiera tenido mi teléfono cuando me mandó esos mensajes, si no lo hubiera mandado a la mierda. Siento el móvil vibrar en el bolso, seguro es Dante.

—¿Qué coño quieres, Raúl? —le espeto sin mirarlo.

—¿Así es como me llamas ahora? —su pregunta destila sorpresa y algo más que no puedo lograr descifrar. Pero puedo asegurar que no le ha hecho la mínima gracia—. Mira, nena...

Me giro hacia él, cortando su frase a la mitad, no sé si con ganas de estrangularlo o de lanzar una carcajada tan grande que me escuchen hasta en Cincinnati. El muy mequetrefe no solo se atreve a venir a *mi* casa como si nada, que también me viene a reclamar cómo lo llamo o dejo de llamar. Sin olvidar el «nena».

Capullo.

—Punto número uno, metete el jodido “nena” por la punta de tu... — suspiro, intentando calmarme —, dime de una vez qué es lo que quieres.

Me cruzo de brazos sin abrir la puerta a mi espalda. Él sonríe levemente y con la caradura acerca su mano a mi mejilla y la acaricia, tomándose la

libertad de acercarse violando así mi espacio personal. Sin olvidar que sus ojos han viajado hacia mis senos que gracias a mi camiseta de tirantes se ven bastante generosos. Me subo la camiseta y le advierto con la mirada que sus huevos sufrirán las consecuencias si llega a hacerlo de nuevo.

—Quería verte... te echo mucho de menos, cariño —mi boca se abre no dando crédito a lo que está diciendo. Empezando por el «te echo de menos» y terminando con el «cariño»—. Pensé que irte de vacaciones haría que descansaras y te dieras cuenta de que me sigues amando, necesitándome tanto o más que yo a ti. Lo que hice... —resopla y ríe, seguramente acordándose de los cuernos tan bonitos que adornaron mi cabeza durante meses. Y no sé si reír, llorar y estamparle el bolso en la cabeza—, no me siento orgulloso, ya lo sabes —dice alzando las manos para a continuación agarrarme de los brazos. Me deshago de su caricia antes siquiera de sentirla—. ¡Fue un error! pero debes entenderme.

Estiro un brazo, apartándolo de mí un par de pasos y por suerte no insiste en acercarse de nuevo. Rio incrédula ante las gilipolleces varias que está soltando por la boca y me digo a mí misma que aguante el tirón si no acabaré haciendo el espectáculo de mi vida en plena calle.

—Entenderte... —asiento, haciendo que él haga lo mismo—, ¿entender qué exactamente? ¿Que me engañaras con todas las tías que se te ponían a tiro?

—Raquel, tú y yo no funcionamos en la cama —suelta a bocajarro sonriendo de lado. Muevo los labios para hablar pero ningún sonido sale. Sus manos caen una vez más sobre mi cuerpo, ahora en mi cintura y me atrae hacia él como si tuviera todo el derecho de hacerlo—. Te amo, cielo, eso no lo debes dudar jamás. Pero necesito el sexo en mi vida y tú nunca querías...

Un jadeo interrumpe las barbaridades que me está diciendo y le doy un tortazo en el pecho seguido de otros más para apartarlo de mí. Raúl se queja como un nenaza y alza las manos para parar mi ataque. Mi respiración hace rato dejó de ser regular y probablemente mis ojos lucen vidriosos por las ganas de llorar que tengo.

—¿Es necesario que me digas todo esto en plena calle? —le digo con rabia, asco—, ¿Eres consciente de lo que dices? Eres un desgraciado de mierda y ojalá la vida se porte contigo como te mereces.

Me doy la vuelta y abro el portón entrando al recibidor pero antes de llegar a la escalera siento cómo me agarra del brazo parando mi huida. No planeaba atacarle, pero al girarme y darle una bofetada en plena cara haciendo que dé un paso hacia atrás, juro por Dios que me quedo más a gusto que un arbusto.

—Buenas noches y no te atrevas a llamarme ni a venir a mi casa nunca más.

Subo por las escaleras a buen ritmo, a todo el buen ritmo que puedo llevar con tacones de aguja y cuando llego a mi puerta abro y cierro de un portazo. Como si así diera cierre definitivo a lo que Raúl y yo fuimos alguna vez.

Mi labio tiembla y mis ojos arden mediante las lágrimas caen por mi cara a raudales. Un sollozo escapa de mi garganta, raspándome. Pero ésta vez no es por él. Es por mí. Por lo orgullosa que estoy de haber podido abrir los ojos de una buena vez. Pero tiene razón en una cosa que ha dicho: irme de vacaciones me ha hecho descansar y darme cuenta de algo. Pero no de lo que él ha creído egoístamente, sino que lo que sentía por Raúl carece de importancia.

Dante... Dante...

Sonrío y con las manos me deshago de las lágrimas que siguen mojando mis mejillas. Abro el bolso y cojo el móvil para después dirigirme al salón y sentarme en el sillón junto al balcón. Subo los pies, descalzándome por fin de los tacones, que por muy bellos que queden en mis pies son dolorosos a morir.

Jugueteo con las esquinas del teléfono, dándome cuenta de todos los desconchones que tiene por todos lados. No usa funda para protegerlo y río al acordarme de la mía de corazoncitos. ¿Cómo puede haberse confundido de móvil? Todo parece como si lo hubiéramos hecho queriendo para volver a coincidir.

Aprieto mis piernas juntas cuando un recuerdo lejano, con olor a mar, pasa por mi mente. Y abro el WhatsApp para decirle lo único que puedo decir con total sinceridad.

«¿Sería mucho pedir viajar al pasado y volver a estar en esa playa deliciosa?»

A los pocos segundos recibo su respuesta. Río al ver lo inocente que puede llegar a ser. ¿De dónde demonios ha salido este hombre? Contrataco con algo más directo, tanto, que esta vez sabe cómo responder para dejarme boquiabierta. Vuelvo a apretar mis piernas juntas sintiendo el anhelo en mi sexo. Dios...

Una foto llega de improvisto, es él, sentado en su sofá con el uniforme puesto y el cabello revuelto. Las ojeras causadas por el cansancio ensombrecen su cara pero eso no lo hace menos atractivo. Y otro detalle que me pone cardíaca es que se ha dejado barba y debo admitir que es uno de mis fetiches. Trago saliva a la vez que muerdo mi labio superior. Creo que esta noche mi amigo a pilas, va a zumar más de la cuenta...

Le contesto sin dejar en evidencia mi clara excitación pero lo malo es que

ha cambiado de tema. Y este no me gusta para nada. Hablar del capullo de mi exnovio con Dante debe ser delito. No me gusta hablar de mis desgracias con nadie y mucho menos con alguien que he tenido sexo y deseo con todas mis fuerzas volver a tener.

Termino la conversación, más que nada para poder descansar y quitarme la tensión de encima de la única manera que se me ocurre. Mi precioso vibrador de color rosa me hace destellos desde el cajón de la cómoda una vez salgo de la ducha ya ataviada con mi escaso pijama y me lo llevo a la cama.

—Hoy te llamarás Dante... espero que estés a su altura.

Suelto una carcajada y me tumbo en la cama. Enchufo el móvil a cargar y pongo los almohadones ahuecados tras mi espalda para ponerme cómoda. Todo un ritual sí señor...

El artilugio que sujeto con los dedos, es algo como creado por los de la nasa, es pequeño, con la forma de un tampón con cara de conejito. Con la ayuda de mis dedos y de la fina tira de seda me lo introduzco y automáticamente mi piel se eriza. Agarro el pequeño mando y peleo con el botón para lograr encenderlo. La última vez que lo usé me hizo llegar al orgasmo a trompicones, se encendía y apagaba cada dos segundos a diferente velocidad.

—Venga, por favor... te puse pilitas nuevas, te lavé concienzudamente e incluso te di un beso... —lloriqueé pulsando una y otra vez el pequeño botoncito.

Dejo caer la cabeza hacia atrás suspirando teatralmente y doy un respingo al sentir algo vibrar pero para desgracia la mía no es el pequeño artilugio que tengo metido en la vagina.

El nombre de «La más bella del mundo» titila en la pantalla. Es Dante. Por un segundo pienso en no contestar, hacerme la dormida, pero al ver que insiste lo agarro de encima de la mesilla dejando el mando del vibrador en su lugar.

—¿Sí? —mi voz denota curiosidad.

—¿Te he despertado? —pregunta en un susurro, como si estuviera intentando no “despertarme” más.

Suelto una risa pero se me corta de raíz cuando siento cómo algo en mi interior se mueve, gracias a Dios a media intensidad, si no hubiera chillado. Jadeo y miro hacia la mesilla. El pequeño led verde está parpadeando levemente dando a entender que se ha encendido.

—¡No! —digo alzando la mano para alcanzar el pequeño mandito con la mala suerte que acabo cayendo la lámpara haciendo que el mando vaya al

infinito y más allá—, ay Dios mío...

—¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

—¡No! digo sí... yoooo... ahh... —aprieto las piernas juntas cuando la intensidad sube hasta el máximo.

Noto cómo empiezo a sudar. No sé si reír, llorar o gritar de puro gozo. Ese estúpido cacharro sabe hacer su función lamar de bien...

—¿Raquel?

El vibrador se apaga de un tirón, permitiéndome respirar tranquila. O bueno... relativamente tranquila. Recupero el raciocinio y trago saliva encontrando mi boca excesivamente pastosa.

—Sigo aquí... estoy aquí... —respondo.

Mis ojos se cierran y me dejo caer en las almohadas. La camiseta se me pega a la piel y con mis dedos despego la fina tela de mis pechos. Mis pezones parecen querer atravesar cristales, los muy putos.

—Bueno solo quería recordarte que mañana tenemos plan para almorzar y... intercambiarnos teléfonos —dice calmado, diciendo esto último más bajito de lo normal.

Sonríó al notar que él tiene las mismas ganas que yo de devolvernos los móviles. Me pregunto si es por la misma razón.

—Ajá... tranquilo no se me olvi... ayyyyy...

De nuevo el sonido zumbante suena en la habitación y me retuerzo de placer al sentir lo sensible que estoy. ¡Estoy a punto de correrme, por el amor de Dios!

—Que... mm... ¿que te vas a ir a correr? ¿Ahora?

Abro los ojos y si no estuviera a punto de tener un orgasmo, me daría de chocazos contra la pared por gilipollas. He dicho lo que pensaba en voz alta. Estoy a punto de llegar cuando de repente: la nada. El maldito conejo se apaga y suelto un alarido.

Mi mano vuela a mi boca acallándome.

—Sí, voy a salir a correr un poco... —digo después de tomar un par de respiraciones hondas.

Me quito las bragas y tanteo mi sexo buscando la puñetera tira de seda para sacarlo de mí y así no hacer el mayor ridículo de mi vida.

—¿No crees que es demasiado tarde para eso? puedes correr en tu habitación, es más seguro.

Me carcajeo a la vez que me levanto de la cama, para hacer más fácil la tarea de encontrar la dichosa cinta y cuando doy con ella se vuelve a encender

provocando que caiga de rodillas al suelo.

—Correré en la habitación... estoy casi... ya... casi... —gimo y tras decirle un adiós que más bien sonó como un chillido, lanzo el teléfono allá a donde quiera aterrizar y me dejo ir.

El orgasmo me atraviesa de pies a cabeza, convirtiendo mi cerebro en papilla. Saco el conejo del demonio, una vez bajo de las nubes, y mirándolo acusadoramente le digo:

—¡Chino tenías que ser! Muy bonito y todo pero te escacharras enseguida...

Con las fuerzas recuperadas, me levanto del suelo y me dirijo al cuarto de baño a lavar el artilugio. Ya no vibra, mira por donde...

Cuando acabo con él, lo guardo en la caja, sin pilas, y me digo que mañana será otro día para encontrar el mando. Antes de acostarme decido hacer una entrada en el blog con el titular:

NUNCA COMPREIS UN BIBRADOR DE LOS CHINOS

Y tras contar mi experiencia, ya más desahogada, me duermo justo cuando mi mejilla toca la almohada.

Capítulo trece.

Dante

Nunca la brisa de verano me había gustado tanto como la que sopla en mi dirección arrastrando el olor de Raquel. Está de espaldas, moviendo su pie en un tic nervioso, como si estuviese nerviosa. Eso me hace sonreír apenas. Lo que realmente deseo es enterrarme en su cuello y olerla más de cerca, esnifar hasta la última nota de su perfume y gruñir a lo “neandertal”.

Es tan bella que me da miedo. Miedo a enamorarme irremediablemente, perder la cabeza por ella y que no tenga la mínima posibilidad. «¿Por qué cojones tuviste que hablarme? ¿Por qué te acercaste a mí con tus comentarios de listilla, con esa sonrisa, con ese brillo malicioso en los ojos?» le pregunto en mi cabeza, como si necesitara de respuesta.

—Como me dejes plantada, te mataré Dante... lenta y dolorosamente entre terribles sufrimientos —la escucho susurrar haciéndome sonreír.

Me he apoyado en la columna de cemento tras de mí, sin siquiera darme cuenta, por el placer que es contemplarla en silencio. Me doy cuenta tarde de que no soy el único espectador. Frunzo el ceño y me acerco a ella despacio para no sobresaltarla. Mi mirada se desliza una última vez por sus curvas aterrizando en su trasero. Maldita sea...

—Ejem... —carraspeo y ella se gira haciendo volar su falda lo suficiente para provocar más de un infarto a mi alrededor.

—Dante —suspira esbozando una sonrisa.

Y solo con eso hace que me plantee la loca idea de empotrarla contra una de las columnas que forman la entrada de la revista y follármela hasta quedarme sin resuello.

Me acerco y mis dedos se frotan entre sí. Mis manos buscan rozarla automáticamente, agarrándola del brazo y de la cintura. Le doy un simple beso en la mejilla, que para qué mentir, me sabe a poco ante la magnitud de mis pensamientos.

—Es difícil reconocerte sin un bikini amarillo y el pelo recogido —le digo para romper el hielo.

Sus cejas se alzan y muerde su labio superior haciendo que mi mirada aterrice sobre su boca.

—También es difícil para mí reconocerte con... tanta ropa —dice coqueta.

Mis mejillas arden durante unos segundos. No sé qué cojones me pasa con

ella que siempre me deja sin palabras, caliente y con la cara ardiendo. Hace solo un segundo que dejé de tocarla y ya ansío hacerlo de nuevo, por lo que antes de caer en la tentación, le digo de ir a una pizzería que está cerca de aquí. Ella responde con un gemidito de placer, provocando que mi pantalón se tense por la zona frontal.

Llegamos al local a los pocos minutos y el hambre me viene de golpe al oler el ambiente. Es un lugar pintoresco, con fotografías de pizzas que sirven en el lugar colgadas de las paredes. Está bastante lleno y agradezco que nos den una mesa cerca del aire acondicionado.

El silencio entre nosotros es una gran piedra que empieza a pesarme. No es porque no tenga nada que decirle, sino por el miedo a que traigamos a colación el tema de los móviles. Yo por si acaso lo he dejado en el coche como última excusa pero ahora que lo pienso me estoy comportando como un maldito niño pequeño.

—Bueno y... —empiezo a hablar.

—Y tú... —dice a la vez.

Reímos ante nuestra estupidez.

—Parecemos niños —dice ella, llevándose un pechón de cabello tras la oreja.

Le brillan los ojos, ya sea por la risa o por los nervios que hace que sus manos tiemblen levemente. Sigo el movimiento de su mano, cuando agarra una servilleta de papel del servilletero y empieza a partirla en pequeños trocitos a modo de distracción. Y yo solo pienso en cómo me gustaría conocer cada una de sus manías, si esa es una de ellas.

—¿Cómo ha sido la vuelta al trabajo? —pregunto tras carraspear.

Raquel hace una mueca.

—Bien, todo lo buenamente bien que puede ser ir a trabajar un día después de tus vacaciones en una de las islas más preciosas que existen y con un *jet lag* de la hostia...

—Gracias por la parte que me toca —sonrío haciendo que ella sonría también.

—¿Sueles veranear mucho allí? —Me pregunta una vez da un sorbo a su refresco, que le ha traído la camarera junto con mi cerveza.

—Tengo a mi familia allí. Mis padres y mi hermana.

Su ceño se frunce y sé lo que va a decir a continuación antes de que abra la boca.

—Pero no tienes pinta de ser de allí, tampoco tienes el acento.

—Mi padre también era piloto, encontró trabajo en una aerolínea de Puerto Rico, cosa que él deseaba fervientemente. Mi abuelo, su padre, era de allí y también era piloto comercial. Nos fuimos a vivir cuando yo era muy pequeño, sin embargo no conseguí quedarme con su manera de hablar. Luego mi hermano y yo encontramos trabajo cada uno en un lugar, yo en Madrid y él en una compañía *Low cost* en canarias.

—Oh... pues sí que os gusta volar en tu familia —comenta graciosa.

La camarera llega a preguntarnos por la comida y pedimos una pizza para compartir mitad pollo y mitad barbacoa. Cuando se marcha, ella se queda unos segundos sonriendo, hasta que siente mi mirada, quiero pensar que es la famosa mirada “baja bragas” como lo llama Ramón.

—Sí, bueno... —le digo, siguiendo con la conversación. Todo sea por no imaginármela encima de la mesa con el vestido remangado a la altura de sus caderas—, la verdad yo me considero más un piloto sin destino ni rumbo fijo. Aún estoy en esa época de la vida en el que no sé si quiero seguir donde estoy o por el contrario elegir otro camino.

Frunzo el ceño al darme cuenta de la sinceridad de mis palabras. No me esperaba para nada que la conversación que tendría con ella, fuera de este tema.

—Con que sin destino... —murmura ladeando la cabeza, apoyándola en su mano—, ¿es que no te gusta volar? siempre me he preguntado qué se siente hacer el amor allá arriba... —dice buscando una reacción de mi parte y cuando la encuentra sonrío satisfecha.

—Pues si te digo la verdad, no me disgusta esa idea en particular... —digo después de beber un buen trago de cerveza. Necesito calmarme de una jodida vez pero ella no me lo hace para nada fácil—, el tema de volar me gusta, quizás me compre mi propio helicóptero y busque otro trabajo con más flexibilidad horaria. Aunque actualmente estoy planteándome pedir media jornada.

—Debe ser duro trabajar tantas horas, tener tantas responsabilidades en tu espalda... —comenta comprensiva.

—La verdad sí, pero también hay cosas buenas.

—Yo odié hasta el último segundo cuando estuve en el avión —dice riendo, llevándose la mano a la frente como si solo recordarlo le diese mareo—, incluso le hice un placaje a uno de los pilotos del avión y si eso no es lo suficientemente vergonzoso, vomité en pleno pasillo...

Estoy por tragar el sorbo de cerveza cuando me atraganto al escucharla.

—Bueno, puedo decir que la única cosa que me gustó de eso, fue que cayeras rendida en mis brazos.

Esta vez es ella la que se atraganta con su propia saliva y no sé si por los nervios o que no es capaz de aceptar los hechos, empieza a reírse desahogada. La comida llega, una pizza humeante con un olor delicioso de tamaño familiar.

—No puedo creer que fueras tú —murmura después de morder un trozo de su porción.

—Yo tampoco puedo creérmelo —digo masticando, dejando de lado los modales que mi buena madre me quiso inculcar.

En algún momento la charla deriva a conversaciones triviales, pasando por el tiempo que hace hoy y mi próximo vuelo. La pizza y la bebida se acaban, pero eso no es excusa para que dejemos de hablar. Es tan maravilloso escucharla. Supongo que las cosas siempre pasan por algo ¿no? quizás las personas se conocen, coinciden en algún punto de sus vidas, por alguna razón. Yo no es que sea muy místico, siquiera creo en predicciones de ningún tipo ni que puede haber una fuerza superior capaz de cambiar el rumbo de las personas.

Pero todo pasa por algo, como cuando te quedas sin café, vas al súper y solo queda una caja y de tu favorito.

Sea lo que sea, Raquel ha entrado en mi vida y por lo que siento al verla, dudo mucho que quiera que se vaya de ella en breve.

De vuelta a la puerta de la revista donde trabaja y donde empieza su segundo turno, me debato entre darle un beso de despedida tipo “amigos” o dejarle en claro que me gusta y que voy a por todas, con un beso que le haga erizar hasta el último vello de su cuerpo. Ella parece leerme la mente cuando se alza de puntillas y roza sutilmente los labios, para luego sonreír pícara. Me encanta cuando sonrío así...

—Debo entrar ya, y tú será mejor que descanses todo lo que puedas.

—Sí, mamá —bromeo, haciéndola reír.

Raquel mira hacia abajo, hacia nuestras manos unidas y después de darme una última mirada se aleja provocando la separación de nuestros dedos. Me muerdo la lengua y sé que estoy a punto de hacer una estupidez, pero igualmente lo hago. Está entrando por la puerta cuando corro hacia a ella y la agarro del brazo.

—Creo que se me olvida algo...

Sus ojos se abren un poco más, y antes de que diga nada más, abarco sus mejillas y pego mis labios a los suyos en un beso incendiario que me

carboniza los sentidos de un plumazo. No recordaba que el sabor de su boca fuese tan delicioso como tampoco los débiles sonidos de placer que su garganta emite y yo me trago gustoso.

Un carraspeo nos interrumpe y dejo de besarla para mirar a la persona que está pasando por nuestro lado y entra en el edificio, como si todo lo que pisara se fuera convirtiendo en oro.

—Esa es mi simpática jefa... —dice Raquel, adecentándose el cabello, que yo mismo he desordenado con mis manos.

—Espero que no besarse en las zonas comunes, fuera una política de la empresa —intento bromear.

—Tengo que entrar, Dante —se muerde el labio superior durante un segundo y lo suelta haciéndolo rebotar. Si nuestro beso no me ha dejado jodido, ahora se le suma ese gesto que empiezo a verlo como suyo.

—Bien, te llamo luego.

Sonríe y se marcha, cruzando el umbral y correteando en dirección a los ascensores. Yo hago lo mismo en dirección contraria, andando hacia mi coche. Abro nuestra conversación, una vez me siento tras el volante y le escribo:

«Sigo teniendo tu móvil»

«Sí, y es una excusa de principiante solo para volver a verme...» contesta casi en el acto.

Sonrío por inercia y tecleo.

«Que va... solo quiero chantajearte para que me presentes a tu amiga la morena»

«Eso no va a pasar, está muy ennoviada»

«No soy celoso»

Y me muerdo el nudillo ante la semejante mentira que acabo de decir.

«Pero yo sí»

Capítulo catorce.

Raquel

Todo sería distinto cuando nos viéramos, me dije. Mi estómago no daría volteretas como cuando subes a una atracción de feria una y otra vez. Que mis hormonas no se colocarían en fila india ni pondrían carteles luminosos en mi frente diciendo: fóllame duro contra el muro. Y justo me faltó agarrarlo del cuello de la camiseta que tan bien se le ajustaba al torso, llevármelo a cualquier sitio oscuro y a solas que encontrara y montarlo a lo amazona.

Lo bueno es que aún tengo una tercera oportunidad de verlo, lo malo es... que seguramente no se pueda alargar más de lo que se está alargando la excusa. Léase, los móviles equivocados.

El calendario con fotos de bomberos buenorros que tengo colgado en la cocina, me saluda diciéndome que por fin es viernes. Le guiño un ojo al morenote de ojos verdes sujetado una manguera *enooorme* y le echo agua a mis plantitas antes de salir por la puerta. Hoy solo tengo turno de mañana por lo que saldré a la hora de almorzar. Almorzar... ya hasta esa palabra ha cambiado de significado, haciéndome evocar pizza, risas, miradas furtivas.

Sé por su agenda que hasta el sábado no vuela de nuevo, porque soy lo suficientemente cagueta como para preguntarle directamente, por miedo a que me vea como una acosadora. Solo quiero saber si está sano y salvo en la tierra o por el contrario surcando los cielos en ese cacharro del demonio. Sí, ya sé... actúo como una novia preocupada, pero es que no puedo evitarlo. Parece haberseme metido tan adentro del cerebro, o entre las piernas como queráis verlo, que no puedo dejar de pensar en él a diario.

Si después de tener sexo con él, me quedé jodida, cuando me ha besado ha sido la explosión de veinte bombas a la vez. Como esas que solo detonan de mentiras en las películas, que arrasan con todo, pues así mismo. La diferencia es que lo que siento es real y tengo un miedo de la hostia.

Llego a la revista unos minutos antes de mi horario saludando a Javiera y a Priscila que charlan animadamente con Mario el pobre recepcionista que tiene que aguantar su acoso y derribo. Y es que el pobre es guapísimo pero demasiado gay. Y eso parece ser un incentivo o reto para mis dos compañeras.

Cuando llego a la planta, el sonido de mis zapatos hace eco en el espacio vacío. Pronto el sonido de tecleo, ocupará su lugar, a la vez que los susurros de mis compañeros escaqueándose de su trabajo.

Me siento en mi mesa y veo la hora en el pequeño reloj con forma de vaca que me regaló mi hermana se supone para que me acuerde de ella. Son las ocho menos diez así que seguramente mi mamá ya esté despierta preparándose el desayuno.

Desbloqueo el móvil y la llamo. A los dos tonos contesta con su buen humor de siempre.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, ma. Soy Raquel.

—Ay, mi niña, ¿cómo estás? Me tienes que contar cómo fueron tus vacaciones, eso que me cuenta tu hermana me cuesta creerlo.

Frunzo el ceño y me empieza a apretar el cuello de la camisa. Conociendo a Sofía, le habrá contado la dimensión de la anaconda de Dante.

—¿Qué te contó exactamente esa mujer? —pregunto con miedo.

—Nada, nada. Esperaré a que me cuentes tú.

—Miedo me da —suspiro.

Ella se ríe y después de decirme que tiene que salir a dar su paseo matutino, me cuelga. Hablar con mi madre siempre me recarga las pilas. No sé si se debe a su voz calmada, como un vaso de leche caliente antes de dormir, sea lo que sea, me siento mejor de lo que estaba esta mañana y me da energías para todo lo que resta de jornada.

El día pasa y cuando menos me doy cuenta, ya es la hora de irnos. Jessica ha tenido una urgencia de última hora por lo que no ha acudido a trabajar. Cosa que le ha hecho demasiada ilusión a toda la plantilla, que hasta música han puesto. A volumen bajo, eso sí.

Estoy saliendo del coche, frente a mi casa, cuando el móvil suena dentro del bolso. Meto la mano en él, encontrando de casualidad mi barra de labios que creí perdida y una bolsa de cacahuets del año dos mil diez por lo menos. Doy con él después de maldecir a los creadores de los bolsos grandes y con veinte mil compartimentos, contestando antes de que saltase el buzón de voz. Es Sofía.

—Hola, Mer.

—¡A lo que por fin me lo coges! Mamá dice que si vienes al chalet, papá quiere hacer barbacoa y mamá ha comprado comida para un pueblo de gente hambrienta.

Río sin poder evitarlo. Mi madre es así de exagerada para todo, y cuando digo todo es incluyendo el papel higiénico. No hay armario en casa que no haya un rollo o dos. Pero eso de la comida suena tan bien que mi estómago

ruge. Tengo un hambre atroz. Y las barbacoas de papá significan, piscina, sol, tumbona y un mojito tras otro con mucho hielo y sombrillitas de colores.

—Cómo no... pero sí, me apunto, muero de hambre. Solo tengo que subir, cambiarme y agarrar el bañador.

Abro el portón y subo por las escaleras.

—¿Quién va? —pregunto por mera curiosidad.

—Pues estaremos nosotros y vendrá mi “*machoman*” —dice con picardía —, ¿Por qué no le dices a Dante que venga? ¿O está trabajando?

Dejo las llaves y el bolso encima de la mesita del recibidor y suelto una risa ante su pregunta.

—Estás loca. No voy a llamar a Dante para que venga al chalet. Ya sabes cómo es mamá, que ve pajaritos en cualquier nido. Y no, no trabaja hasta el sábado —agrego más para convencerme a mí misma que a ella. Quiero verlo pero no se me ocurre una excusa para no hacerle ver lo desesperada que estoy.

—No seas exagerada, pero en fin, como quieras.

Me cuelga después de despedirnos y me dirijo al dormitorio. Agarro el bolso, del interior del armario, que uso para la playa. Es el que me llevé a Puerto Rico y veo que dentro aún hay trozos de conchas marinas. No me ha dado tiempo, o mejor dicho, se me ha olvidado por completo vaciarlo; por lo que aún hay cosas dentro. Las velas aromáticas, la pequeña botella con arena y las cremas naturales. Abro uno de los botes y aspiro todo lo que puedo para después sonreír como una idiota al embargarme los recuerdos.

Decido aplicarme la crema, aparte de oler riquísimo, tiene protector solar. Agarro una toalla grande, un bikini negro de braga brasileña y mis chanclas a juego. Antes muerta que sencilla... ya lista, me subo al coche y pongo rumbo a las afueras de la ciudad. Mis padres adquirieron el chalet hace cinco años cuando mi abuela materna murió y se lo dejó de herencia, lo reformaron, contrataron a un decorador y aquello cobró vida. Desde entonces se ha convertido en nuestro lugar donde hacer reuniones familiares o celebraciones.

Cuando llego, toco el claxon, haciendo que la puerta de metal blanca, forjada y con las iniciales grabadas, se abra de par en par gracias al sistema automático. Un jardín inmenso, de césped recién cortado y las miles de flores de todas las clases y colores, rodean la casa. Un vago recuerdo de cuando era niña se proyecta en mi mente al ver el porche, ahora distinto después de la reforma. Todo ha cambiado, pero sigue existiendo cada uno de los recuerdos.

Una vez aparco junto a la fila de árboles de sombra, me quedo observando la casa. Los grandes ventanales de marcos de madera oscura a juego con las

molduras del porche. Las cortinas blancas que vuelan por la brisa veraniega, que gracias a que mi madre ha abierto las ventanas, se bambolean sin parar.

Cruzo el camino de gravilla y me dirijo hacia el jardín trasero donde ya puedo escuchar la voz de mi padre hablando con alguien. Ese alguien es un muchacho bien parecido, vestido con un simple bañador con estampado de flores y con un marcado acento inglés. He de decir que mi padre no se defiende muy bien hablando el idioma anglosajón, pero el pobre lo intenta.

—¿Tú conocer a Rocío Jurado? —escucho que le pregunta al pobre hombre, que sonrío y asiente para no hacer quedar mal a mi padre.

Me apoyo en la esquina de la casa y me quedo viendo al hombre de mi vida simplemente siendo... él.

—Oh, sí, Rocío Jurado —contesta el chico, haciendo énfasis con los brazos como si fuera a bailar una sevillana. Eso hace que mi padre se emocione.

—Eso es, ¡olé! —y cómo no, hace el baile característico, para hacer más hincapié de lo español que se siente —¡Mi chiquitina!

Me ve y deja al chico inglés pendiente de la parrilla para venirse a abrazarme. Lo recibo gustosa, apretándolo contra mí con fuerza.

—Mi vida, pero qué bonita eres. ¿Todo bien? Tu hermana nos contó cómo lo pasaste en tus vacaciones, ¿debo preocuparme? —una de sus cejas se alzan y mis mejillas se calientan en el acto.

—Em... ¿y esa barbacoa? Muero de hambre.

Lo esquivo y escucho su risa a mi espalda. Lo que menos me apetece es hablar de anacondas con mi padre, ahora teniendo la certeza de que es exactamente eso lo que les ha contado mi linda hermana que en este momento toma el sol en una colchoneta dentro de la piscina. Estoy tentada a saltar al estilo “bomba” y mojarla entera.

Su piel negra brilla con el sol y su bañador blanco solo la hace resaltar más. Mi madre dispone la mesa con los platos desechables y los cubiertos. En el suelo hay neveras a rebosar de hielo con cervezas, refrescos y agua. Sin olvidar la jarra de tinto que preside la mesa de aperitivos.

—¿Quién se supone que viene a comer? ¿La brigada española?

Ella sonrío y le devuelvo la sonrisa al mismo tiempo que recibo sus besos de abuela.

—Hola, cariño. Estás preciosa con ese bronceado caribeño... —su sonrisa pícaro de nuevo hace que me avergüence—, entra en casa y deja las cosas dentro. Debemos esperar a alguien más y ya vamos a comer.

Le hago caso sin prestar atención a ese alguien que va a llegar. Supongo

que es alguna tía mía o vete a saber. Me quito el vestido veraniego en el baño principal, y me pongo más crema solar. No es tanto las ganas de broncearme más, que el placer de tener ese olor en mi piel.

Cuando salgo, veo a mi hermana salir de la piscina como toda una modelo de *Victoria Secret*, maldita sea su belleza tropical. Todo va a las mil maravillas, Sofía me presenta a su “machoman” el cual es ingeniero industrial y vive en Madrid desde hace cinco años. Es realmente simpático y para qué mentir, está de bueno que te cagas. Más de una prenda de vestir, lavaría en sus abdominales. Bragas en su mayoría.

Estoy saliendo de la piscina, escurriéndome el pelo a un lado para después soltarlo con los dedos, cuando mi corazón se para. Dante está cruzando el jardín con su sonrisa por bandera. Y no puedo prever la oleada de placer que me recorre completa al ser devorada por sus ojos, al igual que el ramalazo de no sé cómo llamar lo que me ocurre, cuando soy verdaderamente consciente de su presencia. «Dios bendito, ten piedad de mis ovarios»

—Ya que tú no te atrevías a invitarlo, lo hice yo... de nada, hermanita.

Pero Dante no viene solo. Un chico parecido a él, vestido con unos pantalones vaqueros ajustados y un polo azul, lo sigue de cerca. Pero no logro atisbar nada más allá que el sex-appeal que desprende mi piloto favorito. Puedo jurar que el hambre que atenaza mi estómago es diferente al que traía. Ahora solo quiero comérmelo a él, a ser posible sin aderezo siquiera.

Capítulo quince.

Dante

—¿Sí? —respondo al teléfono fijo situado en la sala.

Rara vez me llaman a este, puesto que no estoy mucho en casa. Acabo de llegar de hacer ejercicio después de no sé cuánto tiempo y estoy para el arrastre. Por lo que las ganas de ducharme y tirarme a la bartola todo el día, es tentador.

—Estás en casa... —la voz de mi hermano me hace dar cuenta que se me había olvidado, otra vez, llamarlo.

—Sí, oye te iba a llamar estos días pero se me ha ido por completo —me excuso a duras penas, frotándome el pelo húmedo por el sudor.

—Bueno, estoy llegando a tu casa, podemos hablar entonces. Necesito hacerlo, de todas maneras —su voz suena rara, como si se hubiera llevado días sin pegar ojo o por el contrario fumando dos cajetillas de tabaco diarias. Y puesto que no fuma, me inclino más por la primera opción.

—Claro, llama al telefonillo cuando...

Y el susodicho suena haciéndome dar un bote. Activo la cámara y veo la cara de mi hermano en el objetivo, luciendo unas grandes ojeras appena apreciadas por la calidad de la cámara. Cuelgo el teléfono ya que es tontería seguir hablando por ahí, y abro la puerta escuchando sus pasos subiendo las escaleras. Él y su miedo a los ascensores... aunque puedo decir que la mayor parte de culpa es mía, cuando de pequeño paré el ascensor de un hotel y él se creyó que íbamos a morir ahogados.

Cuando lo veo sonrío y él sonrío de vuelta antes de darme un abrazo. Mateo y yo siempre hemos estado muy unidos. Bastante. Hasta que cada uno tiró para un lado y nos limitamos a llamarnos de vez en cuando para saber de nuestras vidas. A veces me da pena pensar que hemos malgastado tiempo en los que podemos estar más juntos, como digo a menudo: ser adulto apesta.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunto una vez entramos en mi casa y cierro la puerta.

El cansancio es palpable en todo él, desde lo desgarrado de su caminar, hasta acabar en su cara pálida y ojerosa. ¿Tan mal le van las cosas? Él niega con la cabeza, declinando la oferta.

—A menos que tengas algo fuerte, que lo dudo mucho, no quiero nada, gracias.

Se sienta en el sofá, desplomándose y cerrando los ojos con fuerza. Me siento en la mesa de enfrente y palmeo su rodilla para llamar su atención.

—He dejado la compañía, lo he dejado todo —confiesa abatido, mirándome con los parpados en rendijas.

Se frota el pelo rubio, tan rubio como el de mi hermana y mi madre. No sé cómo mierda he conseguido yo tener el pelo tan negro y ellos parecen sacados de Rusia.

—Me lo ha contado papá. También me dijo que vas a ir a Andalucía. ¿Puedo saber por qué?

Él desvía la mirada y aprieta la mandíbula, poniéndose erguido a continuación, apoyando los codos en sus rodillas.

—Es complicado. La cosa es que tu padre debe aprender a contar las cosas y no quedarse a medias. He decidido dejar la compañía, para hacer honor a mis principios. Amo volar, pero el amor es jodido cuando lo compartes con alguien que lo ama mal y lo utiliza como vía de escape. Y lo de irme al sur... debo hacer una cosa —me mira entonces y puedo ver cómo sus ojos brillan un poco.

Le sonrío y apoyo mi mano en su rodilla una vez más, queriéndole dar fuerzas a lo que sea que pase por su cabeza. Soy su hermano. Está en el manual que los hermanos mayores debemos estar ahí siempre y no voy a ser la excepción.

—¿Vas a quedarte? No trabajo hasta el sábado.

—Contaba con gorronearte unos días hasta que descansase un poco de todo, y luego irme.

—Genial, siempre he querido revivir nuestras fiestas de pijama, hermanito —bromeo haciéndolo reír.

Nos quedamos callados, no sabiendo cómo romper el momento moñas pero el móvil de Raquel suena sobre la mesa salvando la situación. En la pantalla se vislumbra el nombre de «Hermana» y puesto que Sofía sabe que yo aún tengo el móvil de Raquel, supongo que quiere hablar conmigo. Miedo me da, para qué voy a mentir.

—¿Sí?

Mateo agarra su propio móvil y empieza a toquetearlo, luego cuando escucho musiquita deduzco que está jugando a algo, de esos jueguecitos que le gustan tanto de caramelos o frutas.

—¡Cuñado! —sonrío, qué otra cosa puedo hacer. Aunque sea una mujer por demás lanzada, parece ser adorable y me cae tremendamente bien.

—¿Qué tal, cómo estás? —pregunto más por educación que por otra cosa, ya que no sé qué contestarle a su efusivo apelativo.

—Pues un pajarito me ha dicho que no trabajas hasta el sábado. Mi mamá ha comprado mucha comida entre ellas: carne a reventar, para hacerla en una gran parrilla. Me preguntaba si te apuntas. Raquel irá también, por si te lo preguntas.

Miro de nuevo a Mateo y me levanto de la mesa, haciendo una mueca.

—Mi hermano está de visita, y...

—¡Tráetelo también! ¿Es piloto cómo tú? ¿Cómo tiene la anaconda...?

Suelto una carcajada.

—Ajá... es piloto también —o por lo menos hasta hace un día escaso.

—¡Ay dios mío, gracias! —vocifera haciéndome reír otra vez.

Mi hermano se incorpora en el asiento y mira sobre el sofá para mirarme ceñudo. Le hago un gesto con la mano para restarle importancia a mis ataques de risa y él niega con la cabeza para seguir con su juego.

—Apunta la dirección, traer bañadores o no, también se acepta el nudismo. Así de hospitalarios y liberales somos...

Mis mejillas se calientan. Esta mujer tiene más peligro que una manada de leones hambrientos. Acepto, ya que me apetece sobremanera volver a ver a Raquel y por otro lado a Mateo le vendrá bien despejarse. Cuelgo y me dirijo a la sala.

—¿Te apetece ir de barbacoa?

Si en algún momento el recuerdo de Raquel embutida a duras penas en un bikini amarillo, era un estupendo afrodisiaco para mis noches en vela, verla ahora con uno negro igual de escueto pero con el distintivo de que es una braga brasileña, va a hacerme volar la cabeza cada vez que la evoque en mi mente. Estamos junto a la parrilla, escuchando a su padre hablar de algo de cuando fue joven, pero mis ojos están puestos en la retaguardia de su preciosa hija, la cual invita a ser venerada con cada una de mis extremidades y apéndices; incluyendo mi lengua.

Mateo por su lado parece pasarlo bien con el inglés y Sofía, ya que charlan los tres amenamente junto a la piscina. Ver a mi hermano relajado, con una cerveza en la mano y disfrutando, me hace sentir bien.

—No te pareces mucho a tu hermano —susurra Raquel, dedicándome una sonrisa de hoyuelos.

Seguro más de un cantante mataría por hacerle canciones a esa mueca suya

tan bonita.

—Tú tampoco a la tuya —le digo obvio, pues Sofía es de raza negra y Raquel aun teniendo un lindo bronceado, su piel es más bien tirando a avellana.

Ella ríe y niega con la cabeza a la vez que empuja su copa que tiene más abalorios y decoraciones brillantes que bebida. Entonces recuerdo que cuando la conocí bebía una cosa parecida.

—Entonces eres piloto de avión... —murmura Lucas Garmendia, señalándome con su botellín de cerveza.

—Sí, hace siete años.

Él asiente impresionado, mordiéndose el labio superior cómicamente empujando su tupido bigote. Sonrío, ya sé de dónde sacó esa manía Raquel. Y es que ambos se parecen bastante. La madre de Raquel se acerca, como hace apenas veinte minutos, con otra bandeja repleta de bocadillos de carne y chorizo asado. Yo soy un hombre de comer, lo admito, pero aquello ya es abusar demasiado incluso para mí. Por lo que declino la oferta, no obstante, acepto otra cerveza que Lucas me entrega ya descorchada.

La hora siguiente la pasamos charlando animadamente, y después decidimos jugar un partido de waterpolo donde, con mucha ventaja, Mateo junto con el inglés y Sofía salen vencedores.

—¡Mierda! —maldice Lucas dándole un puñetazo al agua haciendo que le salpique en la cara y se cabree más.

—¡Síiiiiiiiiiiii! —grita Sofía al más puro Cristiano Ronaldo, chocando las manos con los otros dos que sonrían cómo idiotas, atraídos como moscas a la miel.

Raquel jadea en una de las esquinas de la piscina, diciendo bajo que se va a morir y yo río ante el panorama. No me importa perder, no cuando tenía a una mala jugadora delante que pegaba saltitos con tan mala suerte que siempre caía encima de mí, restregando ese feo culito contra mí “sin querer”. Me acerco a ella, estilo tiburón y ella ríe ahogada aún por el esfuerzo.

Así desmadrada se me antoja de lo más tentadora.

—¿Estás bien?

—Ajá... demasiado ejercicio para mí. Pero dame unos segundos para recuperarme y pedimos la revancha —dice guiñándome un ojo.

Sonrío encantado y ella se muerde el labio superior haciéndome imaginar lo que ella se está imaginando en esa cabecita que tiene. Quiero besarla como no tiene idea.

—Chicos, nosotros nos vamos ya. Si os queréis quedar, ahí hay comida suficiente para cenar, ¿de acuerdo? —dice Laura, la madre de Raquel, haciéndonos desviar la mirada del otro para prestarle atención.

Lucas se ha cambiado el bañador mojado y aún sigue refunfuñando por lo bajini la injusta derrota.

—Tranquila mamá, que con lo que hemos almorzado tenemos reservas hasta el año que viene —rebate Sofía saliendo de la piscina, alborotando su pelo rizado.

Una vez se van, Sofía lanza las manos al aire y grita: ¡que empiece la fiesta! Y todo se descontrola cuando a las pocas horas estoy sentado en un reservado de uno de los pubs más exclusivos de Madrid, este casi al lado del chalet, haciendo una competición de chupitos con Steve. Empino el cuarto vasito y lanzo un gruñido antes de lamer la muñeca de Raquel que trae la sal impregnada en su piel y chupo el limón como si mi vida dependiera de ello.

Puede decirse que a estas alturas estoy un poco perjudicado, pero no lo suficiente para no saber lo que hago. Y lo que hago es acariciar el muslo de Raquel más de la cuenta, sonreírle y mirarla como si fuera la última estrella del firmamento y jurándome que esta noche no acabará sin antes hacerla mía como mínimo dos veces.

Pero entonces mi lengua se suelta, el alcohol hace efecto y empiezo a decir estupideces.

—Bueno, listilla... la primera vez quisiste darme lecciones de coqueteo, y la verdad no me quedó lo suficientemente claro.

La lengua se me enredaba un poco al hablar, por lo que me digo que a partir de ahora solo agua para mí. Raquel me observa sonriendo, pareciendo un ángel con ese vestido blanco, corto y ajustado.

—Antes de enseñarte mis cartas, debes mostrarme lo mejor que sabes hacer —murmura ella en mi oído, provocándome un escalofrío.

Cierro los ojos por unos breves segundos, intentando quedarme con la sensación el mayor tiempo posible.

—Mira esa chica de allí, la del vestido rojo.

Me señala a una mujer menuda, que parece aburrirse como una ostra mientras mira la pista de baile y bebe de su copa. Tiene el pelo largo y castaño, acabado en bucles gruesos. Es guapa, la verdad.

—Ajá... —asiento, dejándole saber que ya la veo.

—Ve allí y lígatela —susurra más cerca aún de mi oído, dándome una pequeña lamida en el lóbulo de la oreja.

Jadeo por lo perversa que es y me inclino lo suficiente para enterrar su cara en mi cuello y retenerla allí. Acepto su reto, no tan seguro de hacia dónde irá este juego que nos traemos. No me apetece ligar con otra mujer que no sea ella.

Me levanto dedicándole otra sonrisa y con la valentía que solo el alcohol me puede brindar, me acerco a la chica haciendo que sus ojos adviertan de mi presencia mucho antes de que llegara a su lado. ¿Eso puede decirse que es un avance no?

—Hola —saludo desplegando mi encantadora sonrisa, dejándome caer en la pared junto a ella—, ¿qué hace una mujer como tú en un sitio como este?

Y tan pronto como creí la victoria, la muchacha se larga como si tuviese una enfermedad contagiosa. Vuelvo con el rabo entre las piernas, dándome de bruces con una Raquel muerta de la risa. Resoplo y ella se levanta cuando llego a su lado.

—Ahora me toca a mí, mira y aprende, chiquito... —no sé si es por su manera de decir *chiquito*, o su mano que acaricia levemente mi torso, pero puedo notar cómo mi polla da un alto en mis pantalones, poniéndose en primera fila.

Algo que mi cerebro no hace, ya que no soy consciente de lo que se avecina. Me giro para verla entrar en la pista, contoneándose como si tuviera el ritmo corriéndole por las venas. La escena de nosotros dos bailando por largo rato en el chiringuito de la isla se proyecta justo frente a mí, con la gran diferencia que el gilipollas que se acerca por su espalda, no soy yo. Sino uno que quiere jodidamente morir.

Ella baila, sin apartarlo y eso me hace fruncir el ceño. «Has sido tú el que ha empezado el juego, imbécil» me digo a mí mismo, mordiéndome la lengua. Veo cómo ella se gira hacia el tipo demasiado rubio, demasiado gilipollas, demasiado todo y hasta ahí puedo soportar. Me acerco envalentonado y con el suficiente cuidado como para no descoyuntarla me la echo al hombro en plan saco de patatas.

Me imagino su gritito de sorpresa, pero gracias a la música no la oigo, así que bajo sus protestas o sin ellas, me la llevo de allí procurando no llevarme a nadie por delante. Voy al reservado y les aviso a los demás que Raquel y yo volvemos al chalet. Aunque creo que ni me escuchan sobre la música atronadora y el barullo de gente que se aglomera a nuestro alrededor.

Salgo por la puerta principal y es entonces cuando la oigo reír. Siquiera pone resistencia y no sé si cabrearme o reírme también.

—Puedes bajarme ya, creo... —opina cuando vamos por la mitad del camino hacia el chalet.

Niego con la cabeza aunque ella no pueda verme y la acomodo mejor en mi hombro para que no se escurra y caiga al suelo.

—¿Para qué? Para que vayas corriendo a los brazos de ese gilipollas, ni de puta coña.

—¡Pero si solo era para darte una clase de ligoteo! —se excusa riéndose por lo bajini.

—¿Y para eso debes sonreírle como si fuera la última noche antes del fin del mundo y él el último espécimen sobre la tierra, le tocaras el brazo por cero coma dos segundos y le restregaras el culo?

—Bueno, puede decirse que es parte de la lección, sí —dice burlona ganándose un azote en reprimenda.

Entro al chalet y antes de que se dé cuenta de hacia dónde me dirijo, la lanzo a la piscina con ropa y todo. Cuando sale del agua, tiene todo el pelo pegado a la cara y su boca se abre y cierra pareciendo un pez.

—Ala, para que se te baje la calentura —le espeto realmente cabreado y no sé por qué, ya que el estúpido juego había empezado por mi culpa.

Me giro, con la intención de ir al interior de la casa, pero siento cómo se sube a mi espalda haciéndome caer con ella a la piscina. Salgo a la superficie y ella forcejea conmigo en un vano intento de hacerme una ahogadilla. Sonrío y la agarro de las muñecas llevándolas a su espalda, acorralándola contra la pared azulejada.

Las luces automáticas de la piscina están encendidas, hace que su piel brille incandescente, y me quedo observando las pequeñas gotas que se limitan a existir en sus labios. Está temblando, y cuando compruebo que se acerca más a mi cuerpo y me mira la boca con la misma hambre con la que yo la miro a ella, sé sin miedo a equivocarme, que no es de frío.

—Echo de menos volar contigo... —murmura, dejándome un poco descolocado.

Puedo ver en su mirada, el anhelo, las ganas, el deseo, las escenas de aquella vez en la cabaña.

—Entonces déjame llevarte al cielo —aparto su cabello húmedo, abarcando su nuca y cuello, trazando círculos en su barbilla con mis pulgares a la vez que me acerco a su boca con lentitud —, a treinta y cinco mil pies de altura sin movernos del suelo.

Capítulo dieciséis.

Raquel

Los besos de Dante puede decirse que están hechos de una pasta especial. Porque no solo sus labios entran en juego, sus dedos también, sus brazos, sus ojos, su nariz, su aliento... todo juega a favor de volverme completamente loca y aquí estoy: deseando que mate toda distancia y me bese de una vez. Pero se limita a mirarme la boca, detenidamente, como si quisiera adivinar la tonalidad exacta del color de mis labios.

—Echo de menos volar contigo... —le confieso, encontrando mi voz temblorosa.

Perdiéndome en sus preciosos ojos que brillan gracias a la luz de los focos de dentro de la piscina.

—Entonces déjame llevarte al cielo... a treinta y cinco mil pies de altura sin movernos del suelo.

Y entonces ocurre. El mundo deja de girar, o por el contrario va tan rápido como mi corazón que late desbocado dentro de mi pecho. Al cielo, al infinito y más allá, tengo ganas de gritarle pero en cambio, agarro las solapas de su camisa empapada siendo su sonrisa maliciosa lo último que veo antes de besarle con ganas.

Me aprieta más contra la pared de la piscina, haciéndome ahogar un jadeo en su boca, cuando siento su erección apretar mi estómago. Realmente está pasando, y lo que se suponía que recordaba de lo que fue estar juntos, no tiene ni punto de comparación a lo que siento ahora a tiempo real, ni siquiera el beso que me dio en la puerta de mi trabajo. Sus manos abarcan mi trasero y con un leve movimiento me hace enredar mis piernas en torno a su cintura.

—Mmmm... —gimo desahogada, pidiéndole más en silencio.

Su pelvis se balancea hacia delante y hacia atrás, simulando lo que pasará dentro de escasos segundos si es que tengo esa suerte. Nunca lo he hecho en una piscina y he de reconocer que es lamar de excitante tan solo imaginármelo. Me siento una mera pluma en sus manos, donde puede ponerme en la posición que le venga en gana... y solo de pensarlo, mi coño se contrae deliciosamente.

—Dante —susurro jadeando sin parar, entre besos, encontrándome sus gemidos de placer en el camino.

No es para nada silencioso y yo tampoco. Gracias a Dios no hay nadie en la casa, podríamos darle un buen espectáculo. Muerde mi labio superior para

luego succionarlo y soltarlo, provocando una acción reacción entre mis piernas. Estoy empapada, en todo el sentido de la palabra y no solo por el agua que nos rodea.

—Creo que... —murmura, dejando de besarme los labios para descender por mi barbilla.

Balanceo mis caderas, rozándome más, necesitando un poco más de presión y ahoga un gruñido convirtiéndolo en una mordida en mi hombro. Estoy a punto de correrme y apenas nos hemos quitado la ropa.

—¿Humm...? —le pregunto, retirándole el cabello mojado de la frente, sin dejar de moverme sobre él.

La cancela principal chirria y unas risas hacen que nos tensemos. Dante tapa mi boca y nos sumerge hasta casi la nariz. Escucho la voz de mi hermana y la de Steve y luego la risa de Mateo. Mi hermana murmura algo lo suficientemente flojo que siquiera llego a oír pero sí la risa que provoca en los otros dos. La puerta de la casa se cierra tras ellos y Dante deja mi boca libre y posa su frente en la mía lanzando un suspiro de alivio.

—No sabría cómo mirar a tu hermana si nos llega a pillar... así...

Me río y lo abrazo, haciendo que nos sumerjamos del todo pillándolo por sorpresa. Pero el susto nos lo pegamos cuando sentimos un bombardeo a nuestro alrededor, viendo desde debajo de agua tres pares de piernas, unas más peludas que otras, cabe destacar.

—¿Pensabais quedaros con la piscina para vosotros solos, tórtolos? —comenda Sofia, libidinosa, alzando las cejas sugestivamente cuando emergemos.

Dante deja de abrazarme de frente para girarme en sus brazos y posicionarse a mi espalda. Tengo que frenar el gemido que pugna por salir de mis labios al sentir su polla presionando mi culo.

—¡Eso! —grita Steve, bebiendo a morro de un botellín de cerveza—, piscina, molona, yjuuuuuu...

Vale, quizás estemos como una cuba y mañana lo lamentemos acordándonos del que inventó el alcohol o la resaca. Pero en mi defensa diré, que el leve mareillo que siento, no es ni el diez por ciento causado por las copas que me he tomado en el pub. Dante suele tener ese efecto en mí, y más si sus labios, manos y lengua entran en juego. No sé si es su puñetero sabor o qué, pero lo que estoy segura es que viviría ebria si eso me garantiza una cantidad ingente de sus besos a diario, a cada segundo.

Sofia sale de la piscina para toquetear el equipo de música que se

encuentra junto a la depuradora, bailando incluso antes de que suene los primeros acordes de una canción marchosa. Dante sigue pegado a mí y sonrío como una idiota a la vez que llevo mi mano hacia atrás, toqueteándole sin pudor alguno. Su cuerpo se tensa y su boca aterriza en mi cuello, muy cerca de mi oído, oyendo un quejido de su parte.

—Raquel... —susurra y arrastra los labios, dejándome la piel húmeda y llena de escalofríos.

Sofía vuelve y se tira a la piscina para luego ponerse a bailar con los otros dos que parecen no haber visto una mujer en años. O por lo menos a una mujer como ella. Yo también bailo, claro, pero con el distintivo que llevo a un chimpancé frotándose contra la palma de mi mano derecha, resoplando a cada tanto. Ah y que mis pasos de baile se limitan en mover el trasero contra la su erección.

Mis dedos deciden ir más allá, juro que son ellos por decisión propia y quitando el botón de sus pantalones vaqueros, sorteando el elástico de sus calzoncillos, logran acariciar una suave mata de vello que me hace cosquillas en las yemas.

Dante muerde mi cuello y gimo de placer lo más recatadamente posible sin levantar sospechas. Pero vamos... ni mi hermana es gilipollas, ni los otros dos tampoco y seguramente ya estén al tanto de lo que traemos entre manos... literalmente hablando.

Cuando consigo localizar el motivo de mi lujuria, véase la anaconda que presiona con fuerza contra sus pantalones, él se aleja de mí nadando hacia la parte honda de la piscina. Hago un puchero de fastidio en cuanto emerge de la superficie y me mira una vez aparta el flequillo de su frente, como todo un actor de cine. Con la única diferencia que un actor de cine no luciría así de ruborizado ni muerto de la vergüenza tras una escena de toqueteos.

Me acerco a él, manteniendo una distancia prudencial.

—Eres malvada... he estado a nada de follarte justo ahí delante de todos ¿lo sabes? —pregunta en susurros, frotándose la cara.

—No, no lo sabía... de haberlo sabido, me hago a un lado la ropa interior y te doy libre acceso para que lo hagas...

Sus ojos se cierran y deja salir un sonido bronco de los más hondo de su garganta.

—Creo que voy a beber un poco de agua... —dice antes de salir de la piscina de un salto y taparse la erección con la camisa que cuelga empapada, marcando todo su torso y brazos.

Giro la cabeza y sonrío al ver a los otros tres lo suficientemente entretenidos para tomarnos en cuenta y salgo de la piscina yendo por donde Dante se ha ido segundos antes. Veo luz en la cocina, las marcas mojadas de sus huellas por todo el pasillo y me siento una niña pequeña siguiendo las pistas hacia un gran tesoro. Traviesa, deseosa y excitada hasta tal punto de importarme tres pimientos todo lo demás.

La escena que veo nada más llegar a la jamba de la puerta de la cocina, me deja paralizada. Dante está de espaldas frente al fregadero, con la cabeza gacha, la respiración alterada y una de sus manos masajeadose la protuberancia que se perfila deliciosa contra sus pantalones vaqueros, totalmente empapados.

Cierro la puerta tras de mí, haciendo que se percate de mi presencia y se gire. Lo veo tragar grueso a la vez que mi vestido cae por mi cuerpo, quedándome con solo un tanga blanco de encaje. Sus ojos llamean, devorándome entera de pies a cabeza, deteniéndose más de la cuenta en mis pechos y en mi boca que muerdo gustosa solo por darle un buen espectáculo. Aún tengo los tacones puestos, por lo que solo se escucha el sonido de ellos al impactar contra el parqué marrón claro al caminar en su dirección.

—Eres la jodida cosa más erótica que he visto en mi vida... —murmura con la voz ronca, carraspeando segundos después en un vano intento de aclarársela.

Llego hasta él, deslizo mi mano con suma delicadeza, sin quitarle los ojos de su cara, por la franja de piel descubierta gracias a que lleva la camisa completamente desabrochada. Me coge de la muñeca justo cuando voy a meter la mano dentro de sus pantalones.

—Puede venir alguien... —susurra sin mucha convicción.

Beso su boca, encontrando cómodo sobre su cuerpo, provocando que mande a la porra el miedo a ser descubierto. Eso me hace sonreír y para darle más morbo a la situación, de la que ya tiene, me arrodillo frente a él para así bajarle los pantalones hasta los tobillos.

—La virgen... —exhala sin poder mirarme más de tres segundos seguidos en esa posición.

Su bonita erección frente a mí, posa majestuosa, deseosa de mi lengua y yo no soy nadie para negarle nada a semejante belleza ¿verdad? Así que sin más dilación, bordeo la punta de su glande embadurnándolo de saliva abundante, haciéndola brillar más todavía. Dante jadea, sus manos aprietan el mármol con fuerza haciendo que sus nudillos se tornen blancos bajo la presión que ejerce.

Me inclino un poco más para luego delinear su longitud con gula, encontrándome de nuevo con su deliciosa punta. Su pelvis lanza un embate involuntario contra mí, y yo lo acojo con gusto, queriendo verlo perder el control de una vez por todas.

Sé que las comparaciones son odiosas y en este momento, ningún pensamiento, aparte de darle todo el placer que pueda al hombre que está frente a mí hecho un manojo de nervios, puede pasármeme por la cabeza. Por lo que desechando toda clase de recuerdos, donde el misionero es de las pocas cosas que había practicado con Raúl, me como a Dante con ansia viva. Saboreando hasta la última gota de su excitación como si fuese manjar de los dioses.

En algún momento su mano derecha abandona la encimera para enredar los dedos a través de las hebras de mi cabello húmedo y luego aprieta con fuerza atrayéndome hacia él. Verlo perder el control es una maravilla y más cuando al mirar hacia arriba lo veo mirarme con ojos brillantes y las mejillas rojas.

Sonríó para luego sacar la lengua y lamerlo desde la punta a la base y luego vuelta a subir.

—Dios... solo puedo imaginar cómo sería correrme en esa preciosa boquita —murmura como si lo pensase en voz alta —pero sin tantas las ganas de ponerte en cuatro y follarte que...

Lanza la cabeza hacia atrás, cuando mis dientes entran en juego, dándole pequeñas mordidas por la punta. Tanto una idea como otra me atraen como dulce chocolate caliente y se lo hago saber llevando mi mano hacia mi entrepierna. Dándome leves toques en el clítoris, más para su deleite visual que mi placer. Aunque seguramente si me mira tal como lo está haciendo por un minuto más, me correré sin apenas tocarme.

—A la mierda... necesito probarte de una maldita vez... —me agarra de las axilas y me monta encima de la encimera encajándose entre mis piernas.

La risa se me corta cuando sus labios mancillan los míos como si quisiera borrarlos de mi boca. Mordiéndolos, estirándolos, succionando... como si estuviera mostrándome todo lo que es capaz de hacerme más hacia el sur. Para donde su mano, sin ningún tipo de preámbulos, se dirige hasta ensartar dos dedos de golpe.

—¡Ahh... joder!

Sus dientes rastrillan mi cuello hasta alcanzar mi pecho, sabiendo qué hacer para hacerme perder la cabeza. Tira de mi pezón con la suficiente fuerza como para hacerme gritar y arquearme buscando más de eso. Mi coño se contrae en

torno a sus dedos, y él sonríe en mi piel al mismo tiempo que acelera sus movimientos. Estoy temblando, mi carne se ha vuelto en demasía sensible donde solo es capaz de tornarse de gallina.

Se ha apoderado de mi cuerpo, de mi jodida mente, en tan solo unos segundos y solo puedo pensar en cuan jodida estaré si no tengo más de él. Más de esto que hacemos y se nos da tan bien...

Nunca he sido una mujer enamoradiza, solo me he llegado a enamorar de una persona, Raúl, y después de lo que ocurrió mi corazón pareció cubrirse de roca. Sin embargo ahora mismo, encima de la encimera donde mi mamá ha preparado los mejores arroces los domingos, con el sonido de los grillos mezclándose con mis gemidos, el aire caldeado, nuestro olor... puedo decir que me siento indefensa en todos los sentidos.

Ya no hay cavidad de pensamiento en mi mente, tan solo puedo ser consciente de lo que me hace y ya cuando deja de besar mis pechos y me mira a los ojos; viéndolo igual de afectado: me mata.

Grito su nombre, arque andome más hacia atrás, balance andome violentamente contra sus dedos sin ningún tipo de pudor. Encontrando el oxígeno que segundos antes no encontraba y que ahora me llena los pulmones hasta el límite.

—Espera porque aún no he acabado contigo ni en broma... —susurra dándome una lamida en el coño, degustando mi orgasmo y bebi endoselo como quien bebe muerto de sed.

Capítulo diecisiete.

Dante

Aún puedo degustar su sabor en mi lengua, labios, y mientras la sigo por el pasillo no puedo evitar llevarme los dedos en la nariz convirtiéndome en un puto drogadicto de su olor. Porque Raquel puede considerarse una droga dura, de esas que sabiendo el daño que te puede causar, no puedes remediar caer una y otra vez.

Tengo miedo. Ahora mismo, con una erección de caballo fuera de los pantalones, viendo su precioso culo revotar en cada paso que da dirección a los dormitorios, con el pensamiento de hacerle el amor por horas de todas las formas posibles, tengo auténtico pánico. Terror a lo que pase después.

Hay quien dice que el sexo no es más que una muestra de contacto entre dos cuerpos. Una mera acción, algo que no por eso, debe interponerse los sentimientos. Yo digo que eso es una auténtica estupidez. Cuando follas, creas un vínculo, quieras o no, con esa persona. Aunque solo sea un polvo sin importancia en la parte trasera de un coche a las tres de la mañana con cualquier chica que conozcas en un bar.

Es su olor, sus manos, sus caricias, lo que hace que esa sed, ese hambre voraz hasta tal punto de creer que te va a dar un ataque al corazón ante tanto calentón, te haga perder la cabeza haciéndote olvidar hasta de que existe nadie más. El simple hecho de unirse a una persona, hace que una parte de ti, desee prolongar el momento el mayor tiempo posible.

O tal vez soy yo, que tiendo a ser así de intenso, qué le voy a hacer.

Llegamos a un cuarto, hemos caminado casi en la penumbra, salvo por la linterna del móvil de Raquel alumbrando el camino. Lo que menos me apetecía era que su hermana nos viera así de... descubiertos, andando por la casa. Raquel cierra tras de mí, riéndose como una niña pequeña, para luego encaramarse sobre mí, enredando sus piernas en torno a mis caderas.

Jadeo cuando mi polla queda en contacto con su bonito coño, lista para entrar y no salir hasta mañana, cuanto menos.

—Estás demasiado callado —acierta a decir, besando mi barbilla en ascendente hasta darme un suave beso en los labios.

—No sé qué decir sin parecer un perverso... —le digo en broma, haciéndola ronronear y removerse provocando más fricción entre nosotros.

La empotro contra la pared haciendo que ella jadee de la impresión ante mi

embate. Adoro escuchar cómo ríe, cómo se le ahuecan las mejillas por culpa de esos adorables hoyuelos, pero más me apasiona verla rebosante de lujuria y placer. Y me siento como un verdadero hombre de las cavernas, dándome golpes de pecho mentales, sabiendo que es a causa mía.

—Me encanta tu yo pervertido... —me agarra de la barbilla, rastrillando mi barba y tira de mi cabello con su otra mano para atraerme hacia su boca en otro beso que me sabe mejor que el anterior pero estoy seguro que menos que el siguiente.

Agarro una de sus piernas, posicionando su corva sobre mi brazo y así tener libre acceso a su interior. No me cuesta encontrarla, ya que parecemos jodidamente hechos a la medida del otro y empujo con suavidad hasta introducirme completamente en ella.

Baluceo una maldición en su boca, tragándome su jadeo entrecortado. Por fin... su interior me acoge con ganas, apretándome, haciéndome bastante difícil la tarea de hacer que dure más de dos minutos sin que la locura me haga moverme como un desquiciado en busca de desahogo. Pero es tanto... tanto gozo apelotonándose en un mismo punto que no puedo casi soportarlo.

Me muevo, controlando mis embestidas. Noto el sudor corriéndome por la espalda y mi frente, este desembocando entre sus pechos que gracias a la luz que ha prendido al entrar puedo observar a placer.

—No sé si quiera verte con otra cosa puesta que mi sudor... —digo en voz alta, siendo incapaz de contener mi verborrea.

Ella sonrío y muerde el labio superior, arqueándose deliciosa para encontrarse con mis acometidas. Hoy a diferencia de nuestra primera vez, tenemos toda una noche por delante y parte de la mañana, y eso me hace inmensamente feliz.

Nos muevo hacia la cama, tirándonos literalmente sobre el colchón sin siquiera salir un ápice de ella. Muevo su pierna, posicionándola sobre mi hombro y arremetiendo contra ella con más brío aprieto uno de sus pechos. Raquel no deja de mirarme, con los parpados a media asta, pero sin dejar de observarme un segundo. El calor se apodera de mi cara, sintiéndome intimidado por el color celeste de sus ojos y lo dilatados que están. Parece querer robarme el alma, sin saber que ya soy completamente suyo desde hace algún tiempo.

Su mano viaja a su boca, lamiéndose tres de sus dedos como si de una estrella del porno se tratara y dejando una estela brillante por entre sus pechos, estómago y pubis, a causa de su saliva, aterriza en su coño para así

masajearse mientras yo la penetro sin cesar.

Mi vientre me pega un tirón y gruño a la vez que cierro los ojos con fuerza. Esto es demasiado...

—No dejes de mirarme —dice gimiendo desahogada, dándome claramente a entender, que está a punto de correrse.

Hago lo que me dice sin oposición alguna y es entonces cuando no puedo aguantarlo más. Cuando veo que se le tensa el cuerpo, se le eriza hasta el último vello de su cuerpo y me aprieta con su coño. La embisto como si no hubiese un mañana, como si el tiempo estuviera congelado justo en este punto, y mi vida dependiese de ello.

—Oh, Dios... Oh Dios...

Baja la pierna de mi hombro y me atrae contra su cuerpo con fuerza mientras se balancea en mi busca. En mi mente se dibuja una cuenta atrás, como si de una explosión inminente se tratara. Muerdo su labio, sus manos agarran mis nalgas, hincándose las uñas y susurrando en mi oído: «Más fuerte»; y me dejo ir sin poder remediarlo, lanzando un alarido, quedándome sin resuello. Sus brazos me rodean y mis oídos me permiten escuchar nuestra respiración entrecortada por el esfuerzo.

En algún momento el sueño me vence. Raquel me acaricia la espalda una vez me posiciono boca abajo en la cama a su lado. Su sonrisa satisfecha y sus ojos cerrados es lo último que veo antes de que me duerma como un tronco. Esto de hacerse viejo, apesta.

Un aleteo de mariposa me hace cosquillas en mi baja espalda y me remuevo murmurando algo que siquiera yo logro entender. Un nuevo roce, esta vez en mis caderas me hace abrir un ojo siendo consciente de dónde me encuentro. Una risa, sonidos de besos húmedos, y mi piel se torna de gallina.

—Buenos días —canturrea en voz baja una Raquel demasiado bella para haber acabado de despertar.

Se recuesta sobre la almohada y sus dedos trazan caricias en mi hombro, para luego hacerlo en mi nuca. Sus ojos brillan, de un tono tan celeste que por un momento parezco tener diez años observando el mar una tarde de verano.

—Buenos días, preciosa —le respondo agarrándola de la cadera hasta meterla debajo de mí, encontrándola deliciosamente calentita y acogedora. Huele a jabón por lo que seguramente se ha dado una ducha mientras yo dormía como un tronco.

Mi media erección parece conseguir acomodo entre sus piernas.

—No sabía que tenías un tatuaje. Me gusta. ¿Qué significa? —pregunta tras recibir mi beso.

—Pues es una tontería realmente, capaz y lo veas como algo sin importancia —me intento excusar—. Cada estrella es alguien importante en mi vida. Es como si quisiera hacer visible la huella que dejan en mí, en forma de estrella brillante y eterna, ¿sabes? —Rio avergonzado—, es algo demasiado cursi, ¿no?

Ella sonrío y haciendo ese gesto suyo de succionarse el labio superior para después humedecérselo, lleva la mano hacia donde se encuentra el tatuaje y lo acaricia suavemente.

—A mí me parece sexy, siempre me han gustado los tipos rudos y con tatuajes.

Frunzo el ceño e inclino la cabeza a un lado no gustándome esa pluralidad que acaba de emplear. Y para hacer acallar a mi mente de elucubrar cosas que no vienen a cuento, me yergo lo suficiente para poder hacer fuerza y girarla manteniéndola pegada al colchón.

Mueve el culo, traviesa, ganándose un azote que solo hace avivar la media erección con la que he amanecido. Ella gime y empina su trasero lo justo para que su coño quede visible y apetecible apretado entre sus piernas juntas.

Entierro mi cara en el resquicio entre sus nalgas y lamo su vagina desde atrás, haciéndola vibrar. Está tremendamente hinchada, ya sea por el sexo de anoche o por lo excitada que está, pero sea como sea se he hace agua la boca al encontrarlo tan jugoso.

Me la como goloso, mientras introduzco un solo dedo en su interior. Su orgasmo irrumpe el silencio de la mañana y no le dejo respirar más de dos segundos que ya estoy empujando en su interior disfrutando una vez más de lo que es hacerle el amor. Un mañanero nunca fue tan delicioso como este...

La hora de la despedida llega antes de lo previsto, Mateo debe volver y ya que soy su transporte no me queda más remedio que irme con él. Si la idea de llegar a más con Raquel me daba miedo, dejarla atrás, me da aún más recelo. Porque eso significa quebrarme la cabeza con pensamientos negativos. Y uno de ellos y el que me atormenta desde que lo dejé con mi ex, es que no quiero ser el culpable por el que decida dejar su vida atrás para seguirme o por el contrario dejarme ir. Cualquiera de las dos son desagradables y dolorosas a la vez.

En cuanto nos subimos al coche, despidiéndonos de las chicas, Steve hace

rato se marchó para ir a trabajar, observo la cara de Mateo que se debate entre querer morirse por la resaca que le carcome las sienas o estirar los labios en una sonrisa que pugna por salir de sus labios.

—¿Y esa cara? no sé si darte un calmante o llevarte al hospital...

Pongo el coche en marcha y salimos de la propiedad, cogiendo la carretera que va hacia la ciudad. Noto la mirada de Mateo en mi perfil y lo escucho resoplar.

—He hecho una locura, hermano... —dice masajeándose la frente y frotándose los ojos a continuación.

—Con que una locura —digo con cuidado, sin que se me note las terribles ganas de saber.

Mateo es increíblemente extrovertido. Habla por los codos, dándole igual si llama la atención, él lo que piensa lo suelta sin siquiera darle vueltas. Por lo que su silencio me pone nervioso.

—Me he acostado con Sofia... y con Steve. He hecho un puto trío.

Capítulo dieciocho

Raquel

—¿¿QUE, QUÉ?!

Me incorporo en la hamaca de golpe, haciendo que las gafas de sol se me caigan de encima de la nariz y caigan en Dios sabe dónde.

La cara de Sofía es un poema. Uno pervertido dado el grado de inclinación de su sonrisa bobalicona. Y se queda ahí, tan pancha, tan ricamente recostada en la tumbona disfrutando del sol y contándome como quien no quiere la cosa que se lo ha montado de lo lindo con el hermano de Dante y con Steve. ¡A LA VEZ!

—Dios mío, Sofía, dime que es una broma...

—No te lo tomes tan a la tremenda, por favor. Era tarde, la noche confunde, ya sabes... los chupitos de tequila subieron muy pronto a la cabeza, la música, la piscina... el entorno ayudó a todo lo que sucedió después. Y puedo decir que Mateo no tiene nada que envidiarle a su hermano, a lo que anaconda se refiere. ¡Dios mío! —ríe y mi boca se abre sin poder evitarlo.

No sé si reír, llorar o estamparle la revista que aprieto con fuerza en el puño derecho.

—Estás loca —gimo y me recuesto otra vez sobre la tumbona intentando calmar mi ansiedad.

No es que me importe la vida sexual de mi hermana, pero siempre y cuando no haga una locura como liarse con el hermano de mi... bueno mi... ay ya, no sé ni qué mierda somos Dante y yo y ya me empiezo a montar la película.

En algún momento, Sofía se cansa de escucharme relatar por lo bajini y me deja sola tomando el sol. Sola con mis pensamientos. Que aun después de la bomba que acaba de soltar a bocajarro, no puedo dejar de pensar en qué pasará a partir de ahora. No sé si sea buena señal que el móvil de Dante siga en el interior de mi bolso de playa, pero por lo menos tengo la certeza de que una vez más todo está a mi favor.

Aún puedo sentir sus dedos, su lengua y sus ojos, repasar cada contorno de mi cuerpo como si le perteneciera cada centímetro; cada gemido que se desprendía de mis labios a duras penas. Porque para ser sincera no tengo idea de cómo conseguía balbucear siquiera. Me sentí como una olla a presión, como si tocarme no fuera más que la rutina que hace como cuando pilota un avión, sabiendo exactamente qué botones tocar.

Así es él. Sabe lo que se hace sin tener consciencia verdadera de ello.

Abro el bolso y saco el teléfono para mirar su agenda. Escucho el inconfundible ruido del cortacésped y la voz de mi madre regañando a mi padre. Hace una hora que su avión ha despegado y mi pierna se mueve de un lado a otro, dejando muy obvio mi estado de ansiedad.

Decido abrir mi Instagram, descargándome la aplicación, ya que Dante siquiera la usa. ¿En qué año vive? Sonrío y niego con la cabeza. Es un hombre raro, por el simple hecho de que no es como los que he conocido a lo largo de mi vida. Incluso el inepto de Raúl por la tecnología usa twitter. Increíble pero cierto. Luego vi que lo tenía solo para seguir perfiles de tías con culos enormes. De ahí su fetiche de follar culos y nada más. Yo es que soy de las que dicen que por ahí detrás, ni el bigote de una gamba, vamos...

Me echo una foto, o unas cuantas mejor dicho. Dante no tiene aplicaciones apenas, por lo que no encontraré una para retocar las imágenes por mucho que rece. Así que me apaño con el editor predeterminado del teléfono y hago mi magia. Un poco de pierna, parte de mi bikini negro y una sonrisa de dientes junto con los hashtags: #Verano #Summer #CasaFamiliar #MadridTieneUnColorEspecial y luego etiqueto a la tienda donde me compré el traje de baño, y etiquetaría también al chino donde mi madre compró la tumbona si tuviera su Instagram.

Es el truco de las influencers, aquí yo poniéndome la gran etiqueta, pero es así. Las tiendas o empresas adoran la publicidad “gratuita”. Y sí, con comillas, por que pagan a su manera por tal de no perder a la potencial gallina de huevos de oro que hará que sus seguidores compren lo que lleva en todo momento.

La verdad es que todo en esta vida se mueve por intereses, no voy a exculparme, ya que no digo que no a un regalo de lo más generoso. Ya sea un bolso, unas gafas de sol... una semana en un hotel cinco estrellas en pleno caribe...

Agarro mi coctel ya agitado por el hielo derretido y bebo un sorbo después de desconectarme de las redes. Miro de nuevo el chat de los compañeros de Dante y hago una mueca cuando aún no hay señales de vida por parte de su avión. Maldita sea...

—Hola, nena.

Me giro al escuchar la voz de mi padre y le sonrío a duras penas. Él tomándolo como una invitación a acompañarme, eso significa que me pedirá que le embadurne de crema la espalda mientras charlamos, se sienta a mi lado.

Me da un toque en la pierna jugueteón y me temo lo peor. No es que hablar con él sea un suplicio, pero vamos... no se puede hablar de cualquier cosa con tu padre. Y conociéndolo, lo que le habrá contado mi hermana que hice, seguro le ha hecho escandalizar.

—¿Preocupada? —su ceño está fruncido, aunque casi no se vea por culpa de sus grandes gafas de sol, pero ese gesto es tan típico en él que lo sé en cuanto escucho su tono de voz.

Frunzo los labios y me acomodo en la tumbona, encontrando lamar de entretenido darle toquecitos con las uñas al reposabrazos. Lanzo un suspiro, sin poder aguantar mucho más sin decirle nada de lo que me pasa.

Mi padre es algo así como el mejor compañero de truenos. Los días de lluvia se acostaba conmigo, me cantaba —aunque desafinara como unas uñas arañando una pizarra—, y me hacía cosquillitas en la espalda para que me olvidara del miedo. Lo mismo pasó en mi adolescencia, cuando los truenos se convirtieron en corazones rotos y decisiones mal tomadas. Él estaba ahí. Cuidándome y dándome los consejos que por mucho que se esforzara mi madre por hacerlo, no lo hacía igual.

—Un poco... El vuelo de Dante va con retraso y aún no aterrizó en el destino. Ya sabes que me preocupo por cualquier cosa —intento excusarme.

Él ríe y acaricia mi rodilla.

—Me cae muy bien tu amigo, mucho más que el repipi ese de Raúl.

—¡Papá! —mis mejillas se calientan más de lo que están por culpa del sol y para hacer el papel de mi vida agarro el bote de crema y me las embadurno.

—¿Qué? Es la verdad. No dudo que ese hombre te quisiese, sea cual sea su manera de amarte. Sabes que no era santo de mi devoción, pero hubiera dado lo que fuera por no tener razón —lo veo hacer una mueca con los labios, mordiéndose el superior con fuerza.

Aguanto la respiración durante unos segundos. No quiero llorar, no quiero rememorar, recordar esos asquerosos días en los que viví miserablemente. Donde dormir y comer cualquier cosa que encontrara en la nevera, era mi día a día.

Él fue uno de los pocos que me decían que tuviese cuidado. Que nada ni nadie es tan bueno como parece, que el lobo puede estar escondido bajo la piel de un inocente corderito.

—Déjalo, papá... eso es agua pasada, ya no significa nada para mí. Y respecto a Dante —retuerzo mis dedos en el cordelito de la braga de mi bikini —, no es mi novio.

Se me atraganta la palabra como no tienes idea. No es que me disguste tenerlo como tal, nada más lejos de la realidad, pero ponerle la etiqueta junto a su nombre es hacerme más ilusiones todavía.

—¿A no? —pregunta alzando las cejas, luego asiente y frota su barbilla con los dedos—, entonces sois eso que llaman ahora: follamigos.

—¡Papá, por Dios!

¿Dónde están las lluvias de verano cuando se las necesita?

Él ríe estruendosamente, agarrándose la tripa. Luego señala a mi madre que tiende al sol las toallas que usamos ayer y que las dejamos de cualquier manera tiradas por doquier.

—No os creáis que eso lo inventasteis los de ahora. Tu madre y yo empezamos así. A terca no le ganaba nadie y no quería ser mi novia. Estuve detrás por un año hasta que acabé convenciéndola a base de...

—Piiiiiiiiiiii... No te escucho cara de cartucho... —Dios no quiero escuchar eso, no quiero...

Me tapo los oídos y para colmo de los colmos cuando mi madre pasa por nuestro lado, mi padre le da un azote haciéndola sonreír.

—Joder, ahora tendré pesadillas para lo que me resta de vida —gimo hastiada, colocándome la pamelita en plena cara.

Si he sabido que está sano y salvo no es porque él se haya dignado a responder mis mensajes o mis llamadas. Estaba al límite de mi paciencia cuando a las doce de la noche, harta de dar vueltas en la cama, preguntándome qué he hecho mal para que siquiera me conteste, cuando recibo un escueto: «**Todo bien**»

Aja... todo bien. ¡Todo bien, un coño! No estaba nada bien. Luego de eso, la indignación hizo que no le respondiera ni con un ok. Simplemente me desconecté, dejándole en visto y me giré en la cama abrazando la almohada como si me hubiera poseído una boa constrictor.

Algo le pasaba, no había que ser muy lista, pero como no éramos nada ¿Quién era yo para rebatirle ni irle con sermones? Así que me duermo con un puchero en los labios y el corazón latiendo frenético.

Los días pasan de mal en peor. Y todo se convierte en mierda cuando, dos días después a la barbacoa, a la hora del almuerzo: una hamburguesa grasienta y hasta a tope de queso que me he comprado en el burger de la esquina, el móvil suena con un mensaje entrante. Me he sentado en un parque, escuchando los coches pasar a mis espaldas, ajenos a mis preocupaciones. Y es que ni

ánimo tengo para ir a comer a ningún sitio.

Ayer me hice la digna, por cierto, y apenas le hablé, si acaso un: buenos días junto con un icono sonriente, y las buenas noches con una carita triste. Así que pensando que es él, lo saco del bolso y lo desbloqueo pasando el dedo por la pantalla.

El bocado se me atasca en el conducto equivocado, si es que tenemos más de uno en la garganta, pero juro que casi lo siento salirse por la nariz. No es él. Es una tal Miranda la cual le dice así:

«Gracias por la ayuda la otra noche, no sé qué haría sin ti. Por cierto, me llevé tu camiseta sin querer, por si te pones histérico buscándola»

Simple y llanamente genial. Una tipa, la cual no tengo idea de quién ni cómo es, se proyecta en mi mente. Largas piernas, torneados muslos y tetas de infarto, embutida en su camiseta sin nada debajo. Cabello largo y pelirrojo, con ojos de gato y sonrisa de actriz porno.

Siento algo húmedo caer sobre sobre mi rodilla y veo que es parte de mi hamburguesa que he espachurrado hasta hacerla papilla en mi mano. A la mierda mis medias de cristal con punteras invisibles y braga faja.

Me debato entre contestarle algo así como: «¿Te lo pasaste bien anoche, nena?» solo para saber si se la ha follado como un desquiciado contra cualquier superficie plana que haya encontrado. Pero no tengo ni la fuerza ni el estómago para soportar una respuesta de ese calibre.

Intento arreglar el estropicio de mis medias, pero es inútil así que ni corta ni perezosa las rajo hasta hacerlas girones y con un exabrupto las tiro a una papelera cercana junto con lo que queda de mi almuerzo.

Con la cabeza cabizbaja llego a la revista, dispuesta a llenar mi cabeza de cosas que nada tengan que ver con pilotos de avión, zorras pelirrojas, polvos interminables ni camisetas ajenas.

«¿Te pasa algo?»

Si tuvieran que dar un óscar a la persona más sutil del mundo, esa no sería yo ni en sueños. Pero es que para qué cojones andarse por las ramas cuando podías ser directa y concisa, cogiendo al toro por los cuernos sin temblar, meter el dedo en el aceite hirviendo para saber si está caliente, hacer... bueno, vale, creo que ya se ha captado la referencia.

«Todo genial. Voy a dormir, un beso»

Miro la hora en mi reloj de muñeca frunciendo el ceño para luego echar otro vistazo a su agenda viendo que mañana tiene un vuelo a última hora, por

lo que no creo que vaya a dormir a las tres del medio día. Ok... parece ser que soy la única estúpida que no se da cuenta de que esto no da para más.

Se acabó. Fue bonito mientras duró, bon voyage, arrivederci... no me importa... ¿pero entonces por qué mi labio inferior tiembla amenazando con enrollarse formando un puchero y siento como miles de cuchillos pinchan mi estómago?

Capítulo diecinueve.

Dante

Esto es una jodida pesadilla. La verdad es que todo es una mierda, mejor dicho. ¿Por qué la jodida realidad te golpea así de esa manera, haciéndote replantear toda tu puta existencia? Yo, que siempre he querido enamorarme, tener una familia, hijos, una casa con jardín, un perro al que llamar Lucas... y cuando consigo ponerle cara a esa mujer, toda la realidad se me cae encima como un balde de agua fría.

Estoy debatiéndome en qué corbata escoger para mi funeral, una vez me suicide, cuando otro mensaje llega. Es suyo, lo sé casi al cien por cien sin siquiera darle una ojeada a su teléfono. Porque esa es otra... no he tenido los santos cojones de devolvérselo y pedir el mío de vuelta, porque no es tanto el miedo a que lo que tenemos vaya a más como el de no volver a verla.

Sí, puede decirse que es la cosa más estúpida e incongruente del mundo.

En cuanto salí por la puerta del chalé de sus padres, una vez mi hermano me contó su hazaña para con la hermana de Raquel, las dudas empezaron a hacer meya en mí. Tenía la certeza de que hacer mi relación con ella sería la cosa más emocionante de mi vida y eso que me paso los días subido en un aparato gigantesco, surcando el cielo y sorteando turbulencias.

Pero el estar allí arriba, no es comparable con estar un jodido minuto metido en una cama con esa mujer.

Y por eso sé, sin duda, que me costará la vida olvidarme de ella si paso más tiempo a su lado. Conociendo a más miembros de su familia, su entorno, su risa, toda ella desfilando ya sea vestida o desnuda a mi alrededor.

Así que sí, he cogido el camino fácil. Ese donde un cartel luminoso se alza imperioso rezando algo así como: Mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer. Porque como ya he dicho en más de una ocasión, prefiero quedarme tal cual estoy a sufrir su pérdida cuando ya sea demasiado tarde.

Hago una mueca y me hago el nudo de la corbata no queriéndole dar cabida a ese pensamiento. Porque no puedo engañarme a mí mismo y decir que no siento nada por ella. Pero pensarlo, aun siendo mentira, hace que me tranquilice un poco.

Tengo una cena con mis compañeros en diez minutos en el restaurante del hotel *Roserdeu*, Paris, donde mismamente vamos a pasar la noche.

Rocío un poco de perfume en mi cuello y muñecas, colocándome la

americana a continuación. La ocasión amerita elegancia, aparte de que el hotel es uno de los más lujosos de la ciudad, es el cumpleaños de Miranda; mi díscola amiga y compañera.

En cuanto me reúno con ellos me fijo en la sonrisa tensa de la cumpleañera ante la presencia de Sergio que mira sus pies distraídamente. La cena pasa sin pena ni gloria, solo interrumpida con algún que otro chiste de mal gusto de alguno de mis compañeros para hacer reír a las chicas, y la vibración de mi móvil en la llegada de un mensaje justo antes de pasar a los postres.

Me disculpo con todos y me dirijo a los baños para mojar me la nuca. Una vez más calmado tengo las suficientes agallas para sacar el teléfono y desbloquearlo. Es ella con un escueto: «¿Todo bien?» la misma pregunta que me formuló ayer y que simplemente le contesté con una afirmación de lo más seca.

La razón es que como si siguiera mirando el teclado para contestarle, acabaría derramando mis sentimientos. Pidiéndole matrimonio o algo por el estilo. Se ha metido bajo mi piel con muy poquito, o demasiado, según se mire. Porque desde Rosa, no he estado con ninguna otra mujer más de lo estrictamente necesario. Y eso se limitaba a tener una revolcada, un par de besos y no la vuelvo a ver a menos que vuele de nuevo al mismo destino.

Destino...

La palabra que más uso en mi vocabulario gracias a mi profesión, y a la que le tengo más pánico metafóricamente hablando. Porque mi destino, como si fuera una brújula, desde hace unas semanas señalan siempre al mismo punto.

Le contesto con otro mensaje, esta vez agregándole un icono de beso. No quiero que se ofenda, ni piense que lo que pasó entre nosotros fue algo sin la menor importancia. Y nada más lejos de la realidad.

Siquiera quería lavar mi piel, por tal de que su olor que se me había quedado impregnado, se me borrara. Ella seguía oliendo a melocotón y a sal, por muy loco que sea. Pero aunque parezca increíble, podía distinguir los matices del mar revolotear a su alrededor. Y eso solo me hizo perder la cabeza como pocas veces.

Vuelvo con los demás cuando Raquel no insiste, por desgracia o suerte, según se mire. Una gran tarta de chocolate con el número treinta y dos adorna el centro, rodeado de perlitas comestibles color blanco. Beso la frente de mi compañera y ella me abraza antes de dejarme ir a mi asiento. Tras comer una gran porción, veo cómo se van levantando para poner fin a la velada. Por mucho que estemos de celebración, no dejamos de estar de servicio.

Me levanto a la vez que Miranda que se relame los dedos degustando los resquicios de chocolate. Cuando vamos alcanzando el ascensor escucho la voz de Sergio llamarla y aunque tengo ganas de decirle que lo ignore, no puedo hacerlo. No soy nadie para decirle lo que debe hacer, mi deber como amigo es ablandar el golpe o curar los raspones una vez se dé con la cruda realidad en las marices. Es un tipo casado, de los que tienen hijos preciosos esperando en casa junto con su buena esposa. Si quiere algo con ella, eso sería revolcones esporádicos poniendo en peligro su relación y la paz mental de mi compañera. Pero dile eso a su corazón.

—Miranda, por favor... solo quiero hablar contigo unos minutos — murmura con la voz apesadumbrada.

Mi amiga me mira, como buscando algún gesto de mi parte que le ayude a decidir. Le sonrío. No sé qué más hacer sin que influya en su decisión. Pero por lo que veo, cuando se distancia de mí y se acerca a él, que ya la ha tomado.

Subo solo en el ascensor, apenas son las diez de la noche y pienso que sobre las tres de la madrugada del día siguiente llegaré mañana a Madrid. Desbloqueo el teléfono, y entro en la galería de imágenes como un masoquista de campeonato. Ayer vi como diez de ellas, cuando ya no aguanté más la presión en el pecho. Miro la instantánea que le hice cuando la vi en la puerta de su trabajo, la segunda vez que la vi. Estaba tan bella... tan...

Suspiro y entro en su blog abriendo los mensajes privados. Sé que no está bien, sé que posiblemente esté jugando con fuego y me esté ganando su odio pero no puedo evitarlo. Solo así puedo hablar con ella sin que sepa que soy yo.

EntreNubes: He decidido olvidarla, no es que no la quiera, tampoco por miedo a que ella siquiera sienta lo mismo. Pero creo que es lo correcto.

Le doy a enviar al mismo tiempo que el sonido del ascensor al llegar a mi piso me hace desconcentrar mi atención del móvil. Lo guardo en el bolsillo del pantalón de vestir, e inserto la tarjeta en la ranura de mi puerta. Pero no cierro del todo cuando llaman a la puerta. Miranda está allí, con los ojos anegados en lágrimas y su labio inferior pisado con sus dientes. La dejo pasar y en cuanto cierro ella se abalanza sobre mis brazos desatando su llanto.

—No me quiere... eso ya lo sabía, pero no deja de soler, Dante. Duele como un hijo de puta y aun sabiéndolo no me he cuidado —solloza entre mi cuello.

La llevo conmigo hacia el interior y me siento en la cama haciendo que ella

lo haga a mi lado. Mi mano izquierda acaricia su espalda intentando calmar su dolor de alguna manera.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? no sé si podré dormir demasiado estando sola en esa habitación solitaria el día de mi cumpleaños.

—Claro, te dejaré algo para dormir —le digo besando su sien, levantándome a continuación para coger una camiseta.

Una vez se la doy, me desvisto frente a ella y me pongo el pantalón de pijama sintiendo sus ojos puestos en mi cuerpo. No me molesta y sé de sobra que esa mirada no tiene nada sexual.

—Te pasa algo... —dice afirmando y no preguntando, por lo que hago una mueca en respuesta.

—¿Tanto se me nota?— La veo quitarse el vestido, quedándose con apenas unas bragas y se coloca mi camisa, haciéndose un moño desordenado encima de la cabeza.

Me dirijo a la cama, destapando las sábanas y acomodándome a la vez que ella lo hace también, acurrucándose a mi lado.

—¿Quién es ella? nunca te he visto así de pensativo y tenso desde que te conozco. Ni con Rosa, tenías esa cara de malfollado que cargas estos días.

Lanzo una carcajada y pellizco su costado haciéndola revolverse. Miro al techo, encontrando las molduras de este lugar de interesantes. Sé que puedo confiar en ella, y también sé que eludir su problema hacia los míos, le hará bien. Lo malo es que me hará mal a mí, por recordar y rememorar todo. Pero sin cortarme un pelo, me veo contándole mi historia con Raquel. Ella escucha, apenas opina con un imperceptible asentamiento. Y cuando acabo, largando un largo suspiro la miro a la cara para saber si sigue despierta.

Tiene la mirada perdida y por un momento creo que siquiera me ha escuchado.

—No debes ser el que decida por los dos, Dante. Ella también tiene derecho a decidir lo que hace o deja de hacer y lo que estás haciendo le está haciendo mucho daño.

Pensar en ello hace que mis entrañas se aprieten y algo parecido a lava ardiendo me suba por el esófago. No quiero hacerla sufrir, y ahora es que me doy cuenta que estoy siendo egoísta ya que prefiero su sufrimiento al mío.

—Deja de pensar tanto, por el amor de Dios. Ya va siendo hora de que te pongas los calzoncillos de adulto y enfrentes la situación como debes. Si la quieres, lucha por ella. Si tienes que irte a otro lugar, deja que sea ella la que decida si irse contigo o quedarse atrás. Ni tú eres el último hombre en la faz

de la tierra ni ella la mujer, no lo olvides.

Sus lágrimas vuelven a brotar de sus ojos, mojándome el torso con ellas y con una sonrisa la abrazo contra mí, meciéndola un poco.

—Quizás deba aprender a tomar mis consejos como propios y dejar de martirizarme por algo que se escapa de mis posibilidades.

Asiento y apago la luz sumiéndonos en la penumbra de la noche. La ventana está abierta, la luna alumbra una pequeña porción de suelo enmoquetado y mirándola nos quedamos un buen rato hasta que el sueño nos vence.

Sueño con ella, con mi Raquel. Con su pelo revuelto sobre sábanas blancas, sonrisa pícaro, mejillas arreboladas...

Capítulo veinte.

Raquel

«Soy una auténtica acosadora» me reprocho gimiendo mortificada, dejando caer mi sobre en el volante. Estoy justo delante de la puerta del edificio donde vive Dante y no sé si irme y hacer como que no ha pasado nada y este comportamiento no ha sido más que un lapsus momentáneo, o quedarme a esperar y cantarle las cuarenta. ¿Cómo puede hacer como que no ha pasado nada entre nosotros? A mí misma me cuesta aceptar que lo que tenemos, o teníamos, no ha sido nada más que un escarceo amoroso sin importancia.

Sus ojos me lo decían cada vez que me miraba, sus manos con cada caricia... ¿O soy yo la que estoy loca e interpreto lo que me da la gana?

Miro de nuevo su agenda, son las tres y media de la madrugada y su vuelo ha aterrizado en el aeropuerto antes de su hora, por lo que ya está por llegar, o eso espero.

—Ahora es el momento de decidir, Raquel... —me digo a mí misma en un susurro, con los ojos cerrados y las manos apretadas en torno al volante.

Gracias a mis dotes de acosadora, algo que acabo de descubrir, he podido conseguir su dirección. Solo he tenido que buscar un poco en su móvil, y ahí estaba. Dándome la oportunidad de seguir adelante con mi plan, quedar como una maníaca o por el contrario, quedarme en casa otro día más sin saber a qué atenerme con este hombre. Y lo otro que me perfora el estómago es ese mensaje del demonio de esa tal Miranda. Claramente ha tenido que dormir con él, se ha llevado una de sus camisetas, y a menos que él le haya prestado una para no sé qué la verdad, cosa que dudo mucho, todo apunta a que se está beneficiando a otra.

Estoy por arrancar el coche e irme con el rabo entre las piernas, cuando veo a un taxi arribar en la acera de enfrente. Primero se hace visible una gorra azul con la insignia de su aerolínea, luego sale todo él vestido con su uniforme abriendo el maletero y sacando una pequeña maleta roja. Parece sacado de una maldita novela erótica y a mí se me derriten hasta las pestañas de lo caliente que me he puesto en un segundo.

¡No! Es ahora o nunca.

Salgo del coche, cruzando la calle sin preocupaciones de ser arrollada ya que a esta hora no hay un alma y llego al portal entrando antes de que la puerta se cierre. Lo veo subir al ascensor, mirando el móvil que lo acaba de sacar del

bolsillo del pantalón. Eso me hace enfadarme más. ¡No me habla porque no le da la reverenda gana! Corro hacia las puertas que están a punto de cerrarse y ni corta ni perezosa entro y bloqueo el sistema en cuanto quedamos encerrados.

La verdad no pensé en la claustrofobia que tengo a los espacios cerrados y pequeños, así que tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no jadear en busca de aire. Él alza la cabeza ante la sacudida que da el cubículo y me mira con cara de susto. Mi labio tiembla así que me lo muerdo con fuerza.

—¿Raquel que...?

—¿Se puede saber qué coño te ocurre? —le suelto a bocajarro, notando las ojeras marcadas bajo sus ojos verdes y la barba un poco más crecida que la última vez.

Parece cansado, reventado, y por un momento estoy tentada a abortar misión. Pero eso solo dura unos milisegundos, antes de que la rabia y la tristeza aparezcan de nuevo. Su mano vuela hacia sus sienes y se masajea dejando escapar un suspiro.

—¿Por qué apenas me hablas? —Ala... ya lo he soltado y a diferencia de lo que creí que sentiría, desahogo, no lo hago.

—He estado trabajando. Mucho —dice dejándose caer en la pared del ascensor, cruzando los brazos a la defensiva.

Su cara es pura seriedad y eso me da un miedo que te cagas.

—¿De verdad? ¿Ayer estabas trabajando también? O estuviste muy ocupado con tu amiga Miranda, que la pobre considerada que es, te da las gracias y te recuerda que se llevó tu camiseta puesta... —mi voz destilaba sarcasmo a raudales pero si escuchas la frase entre líneas, verás que no es más que mi dolor hablando por mí.

Él asiente con la cabeza luciendo incrédulo, alzando las cejas y arqueando la boca en una mueca.

—Has visto mis mensajes.

—Tú también miras los míos, así que estamos a mano. ¿Te has acostado con ella?

Ahí está. La puta pregunta de la discordia, la que hará que este hombre que me mira desde su postura férrea, los puños apretados al igual que su rictus y su mirada perdonavidas, me rompa el corazón o me dé una excusa lo suficientemente creíble para que no me vaya cagando leches de aquí.

Él niega y cierra los ojos unos segundos antes de mirar al techo. Luego vuelve a mirarme y esta vez veo algo diferente en ellos.

—Raquel esto no tiene ningún sentido.

—¡Contesta de una maldita vez! que tú y yo no seamos nada, no significa que no quiera sinceridad de tu parte y más si te estás acostando con otras mujeres. Porque te recuerdo que no hemos usado protección la última vez.

Pega un respingo como si mis palabras no fueran más que balas incendiadas y él fuera el receptor de cada una de ellas. Y no está muy desencaminado.

—Marisa es una compañera de mi trabajo —contesta sin más, dejándome igual que antes.

—Esa no ha sido mi pregunta.

—Y tú tampoco respondes las mías. ¿Quién es Raúl? ¿Qué significa él en tu vida? siempre que te pregunto me evades, pones cualquier floritura como excusa y nunca me respondes. ¿Cómo puedes ser tan egoísta y obligarme a hacer algo que ni tu misma haces?

Ahora es mi turno de quedarme tensa como un palo, sintiendo cada pulla envenenada atravesarme el cuerpo entero. Tiene razón.

—Raúl carece de importancia —murmuro a duras penas.

Me pican los ojos cuando siento un torrente de lágrimas avecinarse.

—¿A, sí? No me digas que las continuas llamadas, día sí y día también, sin hablar de mensajes y mensajes empalagosos diciendo que te echa de menos; es de alguien sin importancia para ti —espetta acercándose a mí.

Estamos a penas a dos pasos de distancia y siento cómo las paredes se dilatan haciéndome imposible por un momento la capacidad de respirar con normalidad.

—Es mi exnovio, me engañó con su compañera de trabajo por mucho tiempo, él me lo confesó. No somos nada. Él no es nada para mí.

Traga saliva dando un paso más hacia mi dirección. Ahora solo nos separa un suspiro. Suspiro que dejo escapar, moviendo casi imperceptiblemente su flequillo hacia arriba.

—Dormí con Miranda en un hotel de París—mi garganta se cerró de golpe y mi corazón empezó a latir fuertemente en mi pecho —pero no tuve sexo con ella. Como te he dicho es mi compañera de trabajo pero más que eso, es una de mis mejores amigas la cual necesitaba de mi apoyo por culpa de un capullo que ha jugado con sus sentimientos. Le dejé mi camiseta para que durmiera, es todo.

Siento como el calor de la vergüenza se apodera de cada trozo de mi piel, subiendo demasiado rápido hacia mis mejillas. Dante observa mis labios durante centésimas de segundo antes de volver a mirar mis ojos.

—Entonces —empiezo a decir, teniendo que tragar saliva un par de veces antes de poder hablar más—, ¿por qué me evitas?

Dante quebranta todo espacio que nos separa, acorralándome entre la pared y su cuerpo. Está tan tibio, tan caliente, que incluso lo siento a través de la gruesa tela de su uniforme y ni hablar del sutil perfume que aún queda en todo él incluso después de estar trabajando tantas horas. Jadeo en el momento justo cuando se aproxima a mi cuello aspirando con fuerza para luego soltar el aire de a poco. Muerde el lóbulo de mi oreja tornando mi piel de gallina incluso con el calor sofocante que hace.

—Porque me daba miedo enamorarme de ti —muerde de nuevo la curva de mi cuello y no logro parar el gemido que escapa de mis labios sin permiso. Entonces soy consciente del tiempo verbal que ha usado. Le daba miedo, ya no—. Porque no soportaba la idea de dejarte atrás si llegase el momento en que me destinaran a la otra punta del jodido mundo.

—Pero... —jadeo otra vez recibiendo sus manos como quien espera por ellas un largo tiempo. Arqueando mi espalda, dándole de mí todo lo que él desee coger —eso no lo sabes —acabo.

—¿El qué? —pregunta dejando el hueco entre mis pechos para mirarme a la cara. Tiene el cabello tremendamente sexi, despeinado y muero de ganas por verlo justo así entre mis piernas. Muerdo mi labio superior por tal de no decírselo en voz alta —¿Enamorarme de ti? —sonríe—, hay cosas que son inevitables.

—Yo... —balbuceo sin saber qué coño decir a eso.

—Tú, sí, tú —estira su sonrisa un poco más, enseñando sus blancos y perfectos dientes —y lo más surrealista es que no te das cuenta de lo que me haces —susurra antes de lanzar un gruñido y agarrarme del trasero para acercarme más a él, haciendo que note cada centímetro y protuberancia de su cuerpo. Una en concreto que se aprieta larga y gruesa contra mi estómago.

—¿Y qué hago? —soy una perversa... una maldita perversa.

—Me vuelves completamente loco... —resuella—. Haces que sueñe con tenerte así de cerca cada segundo de mi vida —sus manos se arrastran por mi cuerpo, levantando un poco el vestido entallado que llevo puesto hasta abarcar sobre la tela mis pechos. Apretándolos juntos, metiendo la cara entre ellos, aspirando y soltando el aire como quien necesita de oxígeno desesperadamente. Es la cosa más excitante que he visto en mi vida.

»Explícame cómo hago para no follarte aquí y ahora.

Y sin contestar, no con palabras, mi mano viaja con suavidad entre ambos,

alcanzando su bragueta; consiguiendo que un sonido silbante escape de sus labios. Abro la cremallera y con cuidado saco su erección, repartiendo una suave caricia por toda su longitud.

Capítulo veintiuno

Dante

Lanzo un exabrupto cuando el morbo sobrepasa toda capacidad de raciocinio. Raquel agarra mi polla con energía, acariciándola suavemente mientras esparce la humedad de la punta por toda la cabeza. Nunca, ni en un millón de años, podría borrar la imagen de ella haciéndome esto. Y mirar sus mejillas arreboladas, su olor inundando mis fosas nasales, mareándome, apretando sus turgentes pechos contra mi torso... hace que la falta de sueño, el cansancio y las dudas se disipen de un plumazo.

Me mira libidinosa, a la vez que se levanta el vestido con sensualidad, relamiéndose los labios con puro gozo; dejándome apreciar sus bragas del mismo burdeos que su vestido. Se lo arremolina en las caderas y para volarme más la jodida mente, con la mano que aún masajea mi erección, la acerca a su entrepierna, haciendo a un lado la braguita y pasándola por sus pliegues húmedos provocando un alarido de mi parte.

Mis piernas tiemblan, mis manos se hacen puños en la pared enmoquetada a su espalda y creo que estoy a punto de perder el conocimiento. Se restriega mi polla con avidez, embadurnándome con sus fluidos, dándose placer de una manera tan... excitante, que tengo que ordenar a mi corazón calmarse si no quiero morir de un ataque al corazón.

—Raquel... me estás matando —le digo notando mi voz enronquecida por la excitación.

—¿Qué quieres? Dime qué es exactamente lo que deseas —murmura con una sonrisa perezosa, llevando la punta de mi polla a su entrada y volviéndola a apartar para frotarse el clítoris de nuevo.

Ella gime preciosa, agarrándose con la otra mano en uno de mis brazos, temblando como una hoja. Ella no está mucho mejor que yo, se ve en sus ojos la urgencia, la necesidad de liberarse. Esa es la pista que necesito para con habilidad, agacharme y agarrar su pierna alzándola y colocándola sobre mi cadera. Entrar en ella se ha vuelto una necesidad imperante, como si el simple hecho de pensarlo no fuera suficiente para aplacar las ansias de follármela como un desquiciado. Y es lo que hago, sin miramientos, sin pensar en otra cosa, me introduzco en ella de una sola estocada; haciendo que grite desaforada.

Aguanto la respiración y siento mi cuerpo entero temblar cuando su calor

me envuelve y me aprieta con leves contracciones que hacen que mi orgasmo se aproxime más rápido de lo creía posible.

—Tócate... necesito que te toques y esto sea igual de placentero para ti, que para mí... —ella sofoca una risa y sin hacerme caso, se abraza completamente a mí, rodeándome el cuello con los brazos. Suspirando agitadamente en mi oído.

—Me puedo correr con solo verte aparecer con este maldito uniforme —susurra, poniéndome la piel de gallina.

Se aleja lo suficiente para apoyarse contra la pared, arqueándose deliciosa. Agarro su otra pierna obligándola a abrazarse con ellas en torno a mi cintura y entonces es cuando me muevo. Con aceleradas estocadas, profundizando cada embate, encontrándome de nuevo con la sensación que es tenerla a ella en mis brazos por cuarta vez.

Ella gime azorada, agarrándose de mi camisa hasta tal punto de querer rasgarla. Me da igual, me da exactamente igual que parta cada prenda de mi guardarropa siempre y cuando la haga mía una y otra, y otra vez.

—Oh Dios... Dante... Dante... más...

Mis caderas se mueven al compás de los latidos de mi corazón y del acelerado pulso visible en su cuello. Estoy cerca, demasiado cerca como para poder ralentizar mis acometidas. Dos, cinco, diez, la camisa se me pega a la espalda, mi frente igual que la suya se encuentra perlada de sudor por el calor y el esfuerzo. Es una puta maravilla verla retorcerse, deshaciéndose como mantequilla en una sartén ardiendo.

Me corro en su interior, lanzando un gemido gutural, sintiendo los espasmos de su propio orgasmo casi a la vez que el mío. Y es entonces donde me doy cuenta que lo que era inevitable, acaba de suceder. Me he enamorado de Raquel Garmendia.

La alarma suena en algún lugar de la casa, pero mis ojos se sienten tan pesados que no soy capaz ni de abrirlos en rendijas. Escucho a alguien soltar un gemido, seguido de un revoloteo a mi lado. Una mano, unos dedos, rodean mi brazo y un par de piernas se enredan entre las mías.

Soy consciente de que Raquel sigue conmigo, en mi cama, protestando aún en la inconsciencia del sueño por el ruido molesto de la alarma de su teléfono. Me remuevo un poco, una vez el sonido cesa supongo posponiéndose, y hago un esfuerzo sobrehumano para abrir los párpados y mirarla.

Tiene la boca apiñada, el ceño fruncido y la postura más rara y adorable

que he visto nunca. Su cabeza descansa encima de su antebrazo izquierdo, quedando por debajo de la almohada. Sus piernas entre las mías, creando la preciosa imagen de nuestras pieles unidas, creando un abanico de tonalidades café y vainilla.

Mordiéndome el labio con fuerza, aguantando las ganas de devorarla en su lugar, paso mis dedos por su sedoso muslo en ascendente para desembocar en el hueco de su ingle. La sábana se le enreda en la entrepierna, pareciendo una túnica griega color pistacho. Dejando claro que no lleva ropa interior. Uno de sus pechos está destapado, haciendo que el sol de la mañana alumbre la aureola clara y un pezón pequeño y rosado que hace que me encienda en un microsegundo.

Con cuidado de no despertarla, me deshago de su agarre, dejando reposar su mano en el colchón y así darme libertad para venerar este cuerpo que Dios le ha dado. Sin rozarla siquiera, sigo la silueta de sus gemelos con la mano, quedándome maravillado al sentir el calor que desprende su piel. Me arrodillo, haciendo que la sábana que me cubría, deje de hacerlo y mi erección quede al descubierto.

Mi boca baja con sumo cuidado en el hueco de su cadera, primero saboreando con la punta de mi lengua, para luego besar la zona con mimo. Raquel ha sido creada para ser adorada, amada... y me siento un puto suertudo por poder hacerlo yo. Escucho su respiración un poco más pesada que al principio y sonrío. No quiero despertarla, sus ojeras son el claro ejemplo de que estos días no han sido fáciles para ella tampoco. Así que tragándome las ganas de ponerla en cuatro y hacerle el amor, me levanto de la cama y me dirijo al baño para ducharme e ir a comprar el desayuno.

En la cafetería pido dos cafés, no sé cómo lo toma ella, por lo que opto por pedirle consejo a la camarera. Ella me enseña variedades de capuchinos, que un poco más y lo hacen de tarta de queso o tiramisú. Elijo uno de vainilla, porque me gusta la vainilla, luego agarro donuts y churros. Un desayuno de campeones y con un poco de suerte, podré comerme uno de los dulces directamente de su cuerpo.

Cuando llego al edificio, Pascual el conserje me para antes de que suba al ascensor. Está más colorado de lo normal, que ya es decir, y casi no me mira a la cara cuando habla.

—Dante, no sé si sabes —se rasca la nuca pareciendo incómodo. Frunzo el ceño ante tanto secretismo y cuando creo que va a hablar, me agarra del brazo y me lleva junto a la escalera —, bueno, no sé si sabes que los ascensores

cuentan con cámaras de seguridad. Esta noche soltó el aviso de que uno de ellos se quedó atascado entre la primera y segunda planta y pues...

Cierro los ojos y juro que no sé si reír, llorar o lanzar un juramento; mis mejillas arden de la vergüenza. Todos en el edificio saben quién soy, que apenas estoy por aquí y que nunca he sido de llamar demasiado la atención. Follar con Raquel en el ascensor ha sido un escándalo público y estoy por decir algo cuando él me entrega un pequeño CD.

—Aquí están las imágenes, he borrado del sistema justo esa hora y dieciséis segundos, solo lo he visto yo así que no hay ningún problema. Solo prométeme que no volverá a ocurrir. —dice largando un suspiro abochornado, quitándose la gorra para pasarse la manga por la calva.

Estoy a punto de besarlo, pero me abstengo y simplemente le doy las gracias para después subir las escaleras y llegar a mi apartamento.

—¿Una hora y dieciséis segundos? —me pregunto en susurros, cuando abro la puerta, anonadado porque haya sido tanto tiempo cuando lo sentí demasiado rápido todo.

Guardo el CD en el bolsillo de mi pantalón y es cuando soy consciente de las voces que proceden de la sala. ¿Ramón? Unos celos irrefrenables me atenazan la garganta como si de una mano ahogándome se tratara. Me dirijo allí, escuchando a continuación la risa de Raquel y unos gimoteos demasiado sospechosos. Me quedo en el umbral, dejando el desayuno en la barra americana de la cocina, viendo a Raquel vestida como anoche pero con el pelo recogido en un moño desordenado; le hace carantoñas a la pequeña Mía. Mientras que mi amigo la mira embobado desde mi sofá, sonriendo cual idiota baboso.

Ella es la primera en verme y cuando sonrío el enfado se esfuma. ¡Wow! Eso sí ha sido rápido.

—Eh, Cabrón... qué escondida la tenías, hijo de puta —vocifera mi mejor amigo, señalando con un gesto de cabeza hacia Raquel.

—Deja de decir palabrotas y burradas delante de las niñas, Recorcholis— le digo mirándolo mal, acercándome a la mujer que ocupa mis pensamientos y beso a Mía en la sien haciéndola soltar una carcajada adorable.

—Awww —dice Raquel, haciendo un puchero y besando las regordetas mejillas de la pequeña.

Sara corretea por la sala y se cuelga de mi cuello cuando me agacho a abrazarla. Con ella encima, me siento en el sillón y la niña se entretiene con los botones de mi camisa mientras yo observo a Raquel sin que se me note

mucho, cuan enamorado estoy de esta mujer ahora con un bebé en los brazos.

—Veo que ya conoces a mi buen y casado mejor amigo, Ramón —le comento, haciendo incapié en casado, por si el muy mamón no se lo ha dejado lo bastante claro. Ella ríe y niega, pero parece tener toda su atención en la niña que ahora juguetea con sus pendientes de perlas.

—¿A que no sabes lo que me ha dicho? —me pregunta Ramón, señalándola una vez más —, que mis hijas son adorables y preciosas; y yo como buena persona me he ofrecido a fabricarles todos los bebés que desee —no acaba de alzar las cejas sugestivamente que se gana una colleja en plena nuca.

Una vez se van, una Raquel llena de un aura especial me recibe mimosa antes de volver a la sala.

—Muero de amor con los bebés, deseo tanto tener un pequeño trasto que se me va a subir hasta la leche —dice riéndose a carcajadas, provocando mi risa también.

Beso sus labios y su barbilla, con deleite y detenimiento, parándome en su cuello y aspirando el olor de mi gel de baño.

—No me lo digas dos veces que te hago un jeercito —gruño agarrando su trasero, pegándola a mí para que notase cuan franca es mi amenaza.

Mis tripas rugen y la suelto en el suelo a regañadientes.

—Debemos alimentarnos y el café se nos va a enfriar —le señalo las bolsas de encima de la barra y ella relamiéndose los labios corre hacia ella y abre el paquete de dulces.

El desayuno nunca ha sido tan divertido y placentero como el de hoy. Ella sentada en la encimera, yo entre sus piernas y comiendo donuts de sus dedos. Pringándonos entre besos de chocolate y crema pastelera.

—Tu casa es muy bonita, por cierto —dice tragando el bocado de dulce—, es muy tú, todo. ¿Has vivido aquí solo, siempre?

Aunque parece una simple pregunta inocente sé que hay algo más detrás de toda esa fachada de desinterés. Sonrío o es lo que pretendo, antes de suspirar.

—No siempre, Rosa, mi exnovia vivió conmigo durante dos años —recordar ese tiempo con ella y lo que sucedió después, me hace fruncir el ceño.

—¿Y qué pasó? Bueno, quiero decir... solo si quieres hablarlo, claro —sus mejillas se pusieron rojas del bochorno y besé sus labios antes de dejar caer mi cabeza en su regazo. Sus manos automáticamente fueron a mi pelo, masajeando el cuero cabelludo, dejándome muerto unos segundos.

—Me engañó con otro —dije sin más, notándola tensarse—, sí, parece que

tenemos algo en común —digo sin una pizca de humor—. Ella me echó en cara que no estaba nunca en casa, que le daba la atención que ella necesitaba. Me quería, pero estaba desaprovechando su vida, esperándome cada noche una vez llegara de trabajar reventado y acostarme hasta el siguiente día.

Sus dedos siguieron la caricia y cerré los ojos, degustando el sabor amargo de la bilis subiéndome por la garganta. No me gusta hablar de Rosa, no me gusta recordar lo mal que lo pasé cuando todo se fue a la mierda.

—Vaya zorra —murmura entre dientes, haciéndome sonreír.

—La pillé en mi coche, cuando llegué de trabajar. Apenas eran las ocho de la tarde, llevaba la cena con la intención de darle la sorpresa de que cenaríamos juntos después de dos semanas sin poder hacerlo. Era temporada alta, invierno, la gente se iba de vacaciones a la montaña y trabajaba un montón. Así que la sorpresa acabé llevándomela yo. Vendí el coche, le dije que se acabó y lancé su ropa por el balcón hacia la calle.

—Bien hecho.

Alzo la cabeza y le sonrío gustoso.

—Gracias.

Su sonrisa muere un poco y su mirada busca un punto incierto para luego lanzar un suspiro.

—Yo no vi a Raúl engañarme con la otra, gracias a Dios, él fue el que me lo confesó todo unos días después de pedirme matrimonio.

—Espera, ¿qué? —no daba crédito a lo que me decía. Ella asintió y me acarició la mejilla con cariño para luego depositar un suave beso en mi boca.

—El viaje a Puerto Rico, se suponía que era su regalo de cumpleaños para mí, donde íbamos a ir juntos. Obviamente no lo iba a desaprovechar y aparte tenía que desconectar de toda esa mierda. Me alegro de haberlo hecho.

Y que dijera eso me hizo sentir feliz. La abracé con fuerza y besé su sien encontrándola tremendamente reconfortante.

—No merecen que hablemos más de ellos, ¿no te parece? Tenemos hasta las cuatro para poder hacer lo que queramos antes de que tenga que irme al aeropuerto, ¿se te ocurre un plan?

Su sonrisa se ensancha de oreja a oreja y juro sentir mi corazón precipitarse al vacío.

—Algo tengo en mente...

Capítulo veintidós.

Raquel

El paseo que damos por la ciudad por el simple placer de hacerlo, es excitante, seguramente tenga que ver con la mano de Dante posada en mi pierna, haciendo círculos inciertos con los dedos, la música saliendo de los altavoces envolventes, el olor a nuevo del cuero de los asientos y cómo no, la maravillosa máquina que un poco más y hace que llegue al orgasmo.

Un BMW M4 Cabrio, descapotable, negro brillante, con los asientos de cuero marrón y con un rugido que ni el rey león en sus mejores tiempos es lo que me encontré una vez bajamos al parking privado, bajo una pesada lona gris. Mi pregunta ha sido clara en cuanto caminé alrededor, admirando todo al detalle: «¿Tanto dinero ganas que puedes permitirte una bestia así? » y él ha respondido: «Para un vicio que tengo, puedo permitirme ser feliz aunque sea los ratos que estoy en tierra»

Y a mí se me ha hecho un río entre las piernas de imaginarme lo que podríamos hacer en este precioso coche. La idea parece haberse tele transportado de mi mente a la suya, porque cuando me ha mirado, juro que he sentido cómo me acariciaba y evocaba cada una de mis fantasías.

Almorzamos en un bar lamar de bonito, comimos enzarzados en mil y un temas de conversación, dándonos cuenta que tenemos mucho en común aparte de la mala suerte que tuvimos con nuestras anteriores parejas. La hora de su partida ha llegado demasiado pronto y en el taxi de ida al aeropuerto, no quise ni soltarle la mano hasta que no fuera estrictamente necesario.

Lleva el traje de piloto, ese que por mucho que me diga que no es más que un uniforme de trabajo, no deja de hacerme agua la boca y otros sitios más comprometidos, para qué mentir. Una vez llegamos a la zona de embarque, siendo consciente de un grupo de chicas que cuchichean extasiadas mientras fotografían a mi hombre sonreírme, beso sus labios para dejar claro a quién pertenece, por muy retrógrado que suene.

—En unos días tengo un vuelo extra hacia Puerto Rico, quiero que vengas conmigo —dice de un tirón, como si hasta después de mucho cavilar la frase, la haya soltado de sopetón o si no se arrepentiría.

—No hay nada que me haga más ilusión... —le confieso—, tendré que hablar con mi jefa, pero creo que no será ningún problema.

Él asiente feliz y yo me derrito de amor por su cara emocionada solo por

haber aceptado su invitación. Estaría loca si hubiese dicho que no.

—Prométeme que tendrás cuidado, que no estrellarás el avión, que llegarás sano y salvo y que cuando aterrices no te faltará un pelo de tu cabeza.

Me abraza apretadamente, dejándome su cuello como escondite para mi rostro, mientras lanza una carcajada.

—Te lo prometo.

Le sonrío y beso por última vez, demasiado intensamente y lo dejo marchar con un sentimiento de congoja por la zona del pecho. Tengo miedo, no puedo remediarlo, el simple hecho de pensar en que puede suceder una catástrofe me corta la respiración. Me giro hacia la salida, cuando lo veo desaparecer en el pasillo y una vez alcanzo las puertas corredizas de la salida el móvil me suena en el bolso.

«Empiezo a pensar que tu móvil no es tan importante para ti, o por el contrario eres tú la que buscas una nueva excusa para volver a verme... echaré de menos despertar contigo mañana»

—¿Qué te parece? —le pregunto con los dedos de las manos cruzados bajo la mesa, observando su rostro intentando adivinar cualquier pista de lo que dirá.

El número anterior ha sido todo un éxito, habiéndose vendido millones de ejemplares en todo el país. No soy la única que le da morbo el uniforme, y hay opiniones tanto de mujeres como de hombres, de lo más variopintas. Desde astronautas, conserjes, incluso jardineros, aunque los que tienen más éxitos son profesores, profesoras, policías y bomberos. Por lo que mi excusa, para poder viajar con Dante, ha sido hacer un veinticuatro horas con un piloto comercial. Hacer un artículo sobre ello y que salga en el próximo número.

Mi jefa parece estar debatiéndose entre la vida y la muerte, ya que su cara pasa de un estado a otro en menos de un segundo. Retuerzo mis manos en el regazo para luego secarlas en la tela de mi falda entubada. Estoy por echarme a llorar de pena, por no conseguir ese día libre cuando alza la voz sobresaltándome.

—¡Genial! —Grita de nuevo, esta vez levantándose de su silla y señalándome con el dedo —, vas a hacer ese veinticuatro horas, seguro que se vende como churros. No pagues nada, la empresa se hace cargo, y si te dejan entrar en gabiña o en algún espacio privado solo para pilotos y asistentes de vuelo, mucho mejor. —sus ojos brillan cuando me mira y se sienta de nuevo en su mesa para agarrar una hoja y escribir algo en ella. Me despacha con la

mano en un gesto airoso.

No puedo parar la sonrisa gigante que adorna mi cara en cuanto cierro la puerta a mi espalda, como tampoco el subidón de adrenalina que me hace bailar la samba. Aunque seguramente parezca un pato con reúma.

—¡Yo también quiero bailar! —exclama Javiera, haciendo que Marcia y Ximena se unan y entre las tres hagamos una coreografía de lo más divertida.

Una vez estoy en mi puesto de trabajo, habiendo conseguido un aplauso silencioso de casi toda la plantilla, agarro el móvil y con cuidado de no ser descubierta por mi jefa por si decide salir de su cueva, le mando un mensaje a Dante.

«Luz verde, estoy deseando que llegue el día del viaje... echo de menos volar contigo»

Los calores se me suben por todo el cuerpo al recordar lo que me dijo en la piscina cuando le solté esta frase. Ni en un millón de años, podría haberme imaginado una respuesta así de aniquiladora. Su mensaje titila en la pantalla a los pocos minutos.

«Esta vez si te voy a llevar a treinta y cinco mil pies de altura... te echo de menos, también»

La sonrisa idiota que florece en mis labios es para enmarcarla y postrarla en cada una de las paredes de mi casa. Me pongo a trabajar, no sin antes hacer una entrada al blog y subir una imagen de mi boca sonriendo. “Todo es más bonito si tu sonrisa es provocada” inserto iconos de nubes, aviones, relojes de arena y un corazón; añadiendo los hashtags: #SonrisaEnamoradaDeLaVidaYDelAmor #TodoEsMejorEntreLasNubes #AunqueNuncaLleguesASaberloEsTuCulpa

Una semana, unos eternos siete días con todos sus minutos y segundo y corriendo, sin ver a Dante y creo que no he dicho más impropiedades en mi vida. Apenas nos hemos mandado mensajes, ya que o yo tenía que trabajar y no podía hablar, o por el contrario, era él el que estaba ocupado.

Verifico la pantalla gigante frente a mí, antes de entrar en WhatsApp para leer sus últimos mensajes. Sonríe sin poder evitarlo.

«No sabes lo larga que se me está haciendo la semana. Ya me he visto tu repertorio de fotos tres veces, necesito más...»

«A las siete de la tarde sale el vuelo, no lo pierdas, ponte veinte mil alarmas si es preciso. Te echo malditamente de menos»

«Reúnete conmigo, una vez despeguemos, a las ocho y media en los

baños de señoras. No tardes, estaré esperándote loco por besarte»

«Para que veas mi desesperación, que no puedo ni imaginar pegarme tantas horas pilotando el avión en el que vas subida, sin verte hasta que aterricemos en Puerto rico»

Yo le había contestado, a cada uno de los mensajes, sin embargo no le han llegado ninguno. Supongo que lo ha puesto en modo avión en cuanto llegó al aeropuerto más temprano esta mañana. Los altavoces producen un breve pitido y a continuación llaman a los pasajeros de mi vuelo.

Lo bueno es que apenas tengo nervios por tener que volar de nuevo, por lo que mi temblor se debe a otra cosa completamente diferente. Veré a Dante en una hora y media y no puedo evitar emocionarme y chillar como una loca por dentro.

Paso el control, sin ningún sobresalto, encontrándome de nuevo con el buen mozo que me vio en la primera ocasión sin sujetador. Y como mujer precavida vale por dos, me cruzo de brazos hasta que salgo de allí y me precipito hacia la zona de embarque.

Muerdo mi dedo gordo con nerviosismo, escuchando las indicaciones de dos asistentes de vuelo. Repiten los consejos de seguridad en veinte mil idiomas diferentes y me pregunto si realmente están diciendo eso, o por el contrario, se inventan la mitad. Porque apuesto mi mano derecha a que no hay ningún ruso a bordo.

Ajusto el cinturón, cuando el símbolo del mismo se acciona en las pantallas y entonces escucho a Dante hablar a través de los altavoces, ahora siendo plenamente consciente de que se trata de él. «Y es todo mío» pienso, relamiéndome los labios. Los minutos pasan, ya hemos pasado el trago de despegar. Entonces me pongo a pensar en lo que supone ser Dante en este momento, levantar un cacharro de estas dimensiones, coger altura y posicionarte junto a las nubes... Me coloco los auriculares cuando una película se reproduce en la pantallita del asiento frente a mí y me doy cuenta de nuevo de la mirada puesta en mi cara de la chica que me acompaña. Es como si me conociera de algo, y la verdad me está puniendo cardíaca. Más de lo que estoy, que ya es decir.

Entonces siento unos leves golpecitos en el brazo. Giro la cabeza y la miro, ella me hace gestos para que me quite los cascos y lo hago a regañadientes. Falta menos de treinta minutos para que sea la hora para reunirme con Dante. La chica me sonrío abiertamente y veo como sus ojos brillan emocionados.

—¿Eres Raquel Garmendia? La del rincón de Raquel —dice dejándome de

piedra en el asiento.

Empiezo a boquear como un pez fuera del agua, encontrándome incapaz de decir nada.

—¡Te sigo en Instagram, en tu blog y es una puta pasada! —exclama enseñándome la pantalla de su móvil donde tiene mi perfil de Instagram abierto.

—Gracias —es todo lo que atino a decir y me llevo una gran sorpresa cuando me abraza apretadamente.

No tiene más de veinte años, estoy segura. Su pelo largo y pelirrojo es espectacular. Rizado en las puntas y con un brillo envidiable. Sus pecas por toda la cara, le hacen ver adorable.

—En serio, estoy que me muero... ¿Puedo echarme una foto contigo? —me pregunta avergonzada, como si me pidieran fotos y autógrafos a menudo.

S sonrío y poso para la instantánea que ella sube a su perfil etiquetándome. Es tan sumamente mona que me siento fatal por mi reticencia al principio. Los minutos restantes me lo paso charlando con Susana, así se llama la chica, cuando la alarma de mi reloj suena dando las ocho y veinticinco minutos.

El aire deja de entrar en mis pulmones y mientras apago el sonido del reloj, trago saliva. Le digo a Susana que debo ir al baño y sin esperar respuesta me encamino hacia esa dirección con paso inestable. Hoy me he esmerado especialmente en mi apariencia, ya que después de una semana sin verme, quiero que cuando lo haga se quede extasiado y se enamore de mí de una maldita vez tanto o más que yo de él.

Unas sandalias de tacón alto de color dorado adornan mis pies, y un vestido entubado color beige que me queda que flipas, hace que el conjunto sea entre discreto y sexy. Me dejé el pelo suelto y al natural, con las típicas ondulaciones que odiaba con todo mi ser cuando era una adolescente. Esta mañana me parecían de lo más atrevido y sensual. Mis labios coloreados con un rojo mate precioso y ahumé mis ojos un poco para darle profundidad a mi mirada celeste.

Mediante me acerco a la puerta siento mis pezones presionar contra la tela del vestido y solo quiero ver su cara en cuanto me vea. Muerdo mi labio superior a la misma vez que mi mano derecha agarra el picaporte de hierro que se siente helado contra la calidez extrema de mi mano. Abro y agunto la respiración todo lo que tardo en deslizarla hacia a un lado, dándome de lleno con la decepción. Dante no está en el interior.

Pero de igual forma entro y cierro tras de mí sin cerrojo, dirigiéndome al

espejo para ver mi aspecto. Estoy ahuecando mis pechos para que luzcan más bonitos contra el escote cuando llaman a la puerta y esta se desliza completamente sin esperar respuesta de mi parte.

—Explícame cómo hacer para no follarte aquí y ahora... —repite la frase que me dijo la semana pasada en el ascensor.

Y juro por lo más sagrado, con la mano en el corazón, que siento lo mismo que entonces pero multiplicado por un millón. No logro decir hola, cuando su boca arrasa la mía y me aprieta contra el pequeño lavabo.

—Bienvenida al club de la milla de altura, señorita Garmendia...

Capítulo veintitrés.

Dante

Hoy puede decirse que es uno de esos días raros en el que tengo el presentimiento que va a ir todo de puta madre. Las razones: veré a la dueña de mis desvelos y fantasías en unas horas y aterrizaremos en Puerto Rico para poder disfrutar de mi tierra, de mi familia y de Raquel.

Con los nervios atenazando el estómago, apenas he probado bocado, solo de pensar en las ganas que tengo de hincarle el diente a ella en su lugar. Retuerzo mis manos, nervioso, mirando la hora en un vano intento de adelantarla con la mirada.

—No me digas que a estas alturas de la película estás nervioso —comenta mi copiloto, arqueando sus labios en una sonrisa engreída.

Le devuelvo la mueca más exagerada aún, nada podría amargarme el día por mucho que lo intente. Hacemos las comprobaciones pertinentes y cuando acabo miro al cielo para comprobar a ojo la meteorología. Me han avisado por radio que puedo encontrarme algunas nubes una hora antes de llegar al destino.

No me dan miedo las turbulencias, tampoco el mal tiempo, confío en mis conocimientos aparte de que es difícil que el avión falle por una tormenta. Ya puede llover lo que quiera, que mi bebé, puede con ella. Pienso acariciando el ala derecha para luego entrar de nuevo al interior y acabar con la preparación.

El despegue es un éxito y cuando dan las ocho el avión vuela sin ningún problema a velocidad crucero. Acciono el piloto automático, avisando a mi compañero de que voy a ir al baño. Los dedos me hormigean y los retuerzo para liberar tensión mientras salgo de la cabina, encontrándome a Miranda bebiendo un café junto a Leire, otra asistenta de vuelo pero ella con apenas meses en nuestra compañía. Sus ojos cafés de largas pestañas y labios voluptuosos, son comidilla entre la tripulación masculina.

—Buenos días, señoritas... ¡Pero qué guapas estáis!

Miranda arquea una de sus cejas y Leire se ruboriza hasta el nacimiento de su cabello castaño recogido en un moño estirado.

—Estamos guapas siempre, capullo —murmura Miranda, levantando el dedo medio, haciendo que Leire ría y yo la imite.

Le lanzo un beso volado, porque no estoy para pararme más tiempo del necesario y me acerco a los baños donde Raquel me espera. Toco la puerta

con los nudillos e intento refrenar un poco el ansia que siento, pero es inútil. Deslizo la puerta hacia un lado y entonces la veo.

Una diosa de cabellos rubios y ondulados, entubada en un vestido color café con leche o vainilla, no sé realmente la tonalidad pero hace magia en contraste con su piel. Y cuando me mira... ay Dios santo, cuando me mira.

Sus ojos celestes brillan y se pasean por mi cuerpo haciéndome saber que me ha echado tanto de menos como yo a ella y que no puede esperar un segundo más sin besarme. Lo sé por cómo se muerde los labios con anticipación, por sus pezones marcados en la fina tela, inhiestos, deseosos de mi lengua y dedos... y por su sonrojo. Ese tono rosado ruborizando sus mejillas, orejas y cuello. ¡Joder...!

—Explícame cómo hago para no follarte aquí y ahora —le digo, encontrando mi voz enronquecida, repitiendo la misma frase que le dije en el ascensor hace apenas siete eternos días, por muy contradictorio que suene eso.

Su boca se abre, sus deliciosos labios intentan modular algo pero me adentro del todo en el cubículo, cierro tras de mí para luego abalanzarme sobre ella y devorarla. Consiguiendo su gemido como premio, y la sensación placentera de tener su cuerpo pegado al mío.

Siento cómo todo vuelve a encajar. Cada parte de mi cuerpo regresa al lugar que corresponde y mi corazón comienza a latir con ganas y energía. Mis manos arrasan con la curva de sus muslos, repasando los dos costados en ascendente, notando cómo las palmas me hormiguean por la simple caricia. Y eso que he tocado por encima de su vestido.

Una de mis piernas se cuelga entre las suyas haciendo que la tela suba un poco y ella se acople más a la postura. El baño es irritablemente pequeño, aun así, no hay Dios que me haga separarme un milímetro de ella. Beso su barbilla, después de haberle mordido y succionado el succulento labio superior, degustando el arco de cupido con suavidad, lamiendo todo el contorno de su cara hasta llegar a su increíble y terso cuello.

Los tonos de su perfume me embriagan, aroma fresco, frutal y a sal marina.

—¿Por qué demonios sigues oliendo a agua de mar? —gruño desafortunado, devorando su clavícula con gula y desespero.

Mis manos ahora masajean sendos senos, pasando los pulgares por los dos guijarros en punta, ávido por causar ese efecto en todo su cuerpo. Ella lanza una pequeña carcajada, jadeando entre tanto por culpa de mis caricias.

—Compré jabones y sales de baño naturales cuando estuve en Puerto Rico, huelo a tu isla, me alegro de que te hayas dado cuenta —dice con la sonrisa

impresa en cada palabra.

—¿Darme cuenta? —pregunto mordisqueando el hueco entre sus pechos, enrojeciéndole la piel—. Pensé que me estaba volviendo completamente loco... eres mar, océano, eterno azul recubierto por sal dulce, por muy idiota que suene todo esto. Me matas, joder... me *estás* matando.

No sé cómo logro decir tanta palabrería junta, mientras desesperado beso la piel que voy dejando al descubierto. No puedo ausentarme demasiado tiempo por lo que le alzo el vestido dejándola en una escueta braga brasileña de encaje color carne. Tanto que parece que forma parte de su sedosa piel.

La miro a la cara décimas de segundos, los suficientes para ver sus pupilas totalmente dilatadas, cielo oscuro y cielo claro, haciendo de la noche y la mañana algo único y precioso.

—Necesito tocarte —demanda, sin necesitar respuesta ni confirmación, desabrochando la camisa y sacándomela a tirones.

Jadea, toda ella son sensaciones y suspiros de placer.

A las prisas abre mi pantalón a la vez que le quito la cremallera del vestido sacándoselo por la cabeza, dejándola deliciosamente desnuda. Cuando sus manos me tocan pierdo el sentido y la razón, cerrando los ojos y gimiendo como un loco.

Es un ansia animal, el deseo que siento ahora mismo no puedo compararlo con nada que no sea un león hambriento, saboreándose las fauces al ver a su presa. Pero con la única diferencia de que me voy a comer a mi gacela, de arriba abajo, siendo ella la que viene mansa y dócil hacia mí. La alzo en vilo, provocando un chillido de su parte, haciendo que su trasero se pose a duras penas sobre el pequeño lavabo. Sonrío. Porque no puedo hacer otra cosa que sonreír pletórico. Esta mujer me está robando la cordura, la jodida cabeza y el corazón.

En cuanto entro en ella, el mundo deja de existir. Gemidos, jadeos, y nuestra carne uniéndose en cada investida. Sudor, vicio, sed, ansias, hambre... toda una mixtura de sensaciones rodeándonos.

—Eres... la... jodida... cosa... más hermosa... del mundo... —murmuro entre acometidas, sintiendo su coño apretarse y destensarse cada vez que entro y salgo de él.

Sus uñas se clavan a mi espalda y gruño, moviendo las caderas más duro. El sonido de nuestros sexos encontrándose es una puta gozada. Está chorreando, suave, resbaladiza y yo no sé cómo puedo aguantar siquiera. Mis manos abarcan su culo, sin poder hacerlo del todo y eso me encanta. Me

encantan cada una de sus curvas, ya que toda ella es un conjunto de muchas. La subo y bajo con una facilidad pasmosa, aun así siento mis músculos adormecerse mediante los minutos pasan.

Me mira a los ojos, sus dedos repasan mis hombros y aterrizan en mi cabeza, tirando de los mechones e inclinándome hacia atrás para dejarle libre acceso a mi cuello. Cual vampiresa muerde a su antojo, haciéndome muy difícil estar callado. Seguramente estemos siendo escuchados por el que pase junto al baño, y no puede darme más igual, a ella tampoco parece importarle.

Jadeo, y resoplo por el esfuerzo; la pongo sobre sus pies y la giro haciendo que se encuentre con el espejo. Mi polla busca su apretado coño, y la vuelvo a penetrar desde atrás con ímpetu. Sus ojos no abandonan mi cara, por mucho que yo la mire. Estoy abrumado por la intensidad de esos iris azules, enrojezco más aun y ella sonríe de lado para después inclinarse un poco más. Gimo con fuerza al notar sus dedos tocando mis huevos, masajeando y tirando de ellos como si fuera un puto juguete, deseando con todas mis fuerzas que no deje de hacerlo.

—¡Joder! —murmuro, clavándome en ella cada vez más tenso, sintiendo el familiar escalofrío trepando por mi espalda cubierta de sudor.

Sus ojos ruedan, su preciosa boquita se abre y lanza un grito ensordecedor provocándome un puto ataque al corazón. Me corro en su interior sin poder evitarlo, sintiendo los espasmos de su sexo apretando y exprimiendo al máximo. Y caigo sobre su espalda, exhausto.

—Qué calladito te lo tenías, cabrón —David palmea mi hombro y las chicas ríen por lo bajini, haciéndome enrojecer más.

El cotilleo del día, o sea ser mi escapada a los baños, ha corrido como la pólvora entre la tripulación. Ignoro todo como puedo, pero solo hace que los demás hagan más chistes al respecto. Gracias a Dios, le dije a Raquel que me esperase fuera del aeropuerto, no quiero que estos neandertales le hagan pasar vergüenza.

—Callaos ya, como si fuera el único que folla en el mundo, cojones —refunfuño, harto de todos ellos.

Una mano se posa en mi hombro y resoplo al ver que es Miranda. Mis mejillas arden a más no poder.

—Tranquilo, machote, estos inútiles no saben lo que es follar en condiciones y menos se han atrevido a hacerlo a treinta y cinco mil pies.

—Miranda, no te pases. Que porque tengo esposa, que si no, te iba a

demostrar lo que es un polvo en condiciones.

Ella se gira, dejando de andar a mi lado y miro sobre mi hombro un poco curioso. Qué me pierde un cotilleo, joder...

—¿Tú y cuantos más? soy demasiado mujer para ti, cariño —rebate ella, sonriendo como toda una diva.

Sé por cómo frunce el ceño mi compañero, que ha tocado una fibra sensible. Miranda a veces puede ser como un libro abierto y conociendo al bocazas de David seguro que trae a colación...

—No decías lo mismo de Sergio, ¿no Miran? —*eso...*

Veo cómo la sonrisa le tiembla un poco, antes de que con un movimiento de cabeza haga una pose indiferente.

—Nah... eso fue más que nada encaprichamiento, también pienso que soy demasiado para él.

Ella lo vuelve a adelantar, colocándose a mi lado al mismo tiempo que su sonrisa muere del todo. La abrazo sobre los hombros y estira sus labios, agradeciéndome el apoyo. Me despido de ellos a la salida y veo a mi mujer, preciosa como nadie, esperando en la cera a la sombra de los altos techos del aeropuerto, con sus gafas de sol puestas y su maleta roja, a juego con sus labios, a un lado. Soy consciente de cada hombre que la mira, como si fuese un mero espejismo, algo irreal pero que está ahí sin poder pasar desapercibido.

Me recreo en su figura esbelta y llena de sinuosas curvas, preciosa, inalcanzable y mía.

—Ya iba a ir a buscarte, hace un calor de mil demonios y estos zapatos me están matando —dice una vez estoy a su altura, recibiendo de buen agrado, que me rodee el cuello con los brazos y me bese mimosa. Soy un hijo de puta suertudo—, necesito quitarme este vestido, ducharme y quedarme desnuda por horas —murmura ahora con un deje de lujuria.

—¿Y dónde estoy yo en esa succulenta escena? —pregunto, apretándome contra ella, haciéndole notar lo que provoca en mí sus insinuaciones. Hace apenas horas que he estado en lo más hondo de su ser, y cuento los segundos para volver a estarlo.

—Tú estarás igual de desnudo, saboreándome y alimentándome con lo que con tanto afán me presionas contra el estómago... —sus cejas se mueven arriba y abajo, y dando por zanjado nuestra pública muestra de afecto, palmeo su trasero y la agarro de la mano para marcharnos de aquí. Antes de que se me olvide que estamos rodeados de cientos de personas, al aire libre y a ojos de todo el que quiera mirar.

Capítulo veinticuatro.

Raquel

Dante había reservado en uno de los hoteles más bonitos que he visto en mi vida, el San Juan Hotel, ubicado junto a la prístina playa de Isla verde. Nada más llegar mi boca se abre sin poder evitarlo ante tanto derroche de belleza. Un jardín custodia los altos muros que rodean el recinto, pareciendo una fortaleza moderna. Una gran fuente se sitúa justo en la entrada, con una esfera en el centro de distintos símbolos forjados en la misma. El sonido del mar se mezcla con el del agua chapoteando gracias a los chorros a presión.

Pero si eso no era suficiente para dejarme muerta del todo, aún me quedo más sorprendida al ver el interior. Grandes lámparas cuadradas de cristal, cuelgan de los abovedados techos embellecidos con marquesinas de madera oscura que desembocan en montones de columnas hasta el suelo de mármol blanco y gris. El lobby cuenta con cómodos sofás y sillones color crema, mesas y un sinfín de decoraciones a cual más bonita y exquisita.

—Cierra la boca, cariño... estás desconcentrándome —susurra Dante, dándome un pellizco en el culo.

Río y me agarro a su brazo, dirigiéndonos al área de check-in. La guapa recepcionista, con casi el mismo tono que yo de cabello pero con el doble de tetas, le sonrío a Dante como si fuese su cena de hoy. Me arrebujo en su costado queriendo hacerle notar mi presencia, cosa que no consigo y mucho menos teniendo a Dante vestido de piloto acaparando toda la atención. Con su gorra, sus galones, la insignia en su pecho... y qué decir de la sonrisa baja bragas que está usando para ganarse a la muy *pilingui*.

—Tenemos reserva a nombre de Dante Coronado Miranda.

Ella asiente solícita y poniendo una pose que para mí parece tan sobreactuada que casi me orino de la risa, teclea en el ordenador para luego pasar una tarjeta y cedérsela. Dedicándose su tiempo a acariciar los dedos de Dante, sonriendo de nuevo.

—Gracias, que pasen una buena estancia.

Cuando entramos en el ascensor, me cruzo de brazos a la misma vez que resoplo cual niña pequeña a la cual le han robado los caramelos a la hora del recreo. No suelo ser celosa, lo juro, pero ver a esa mujer coquetear tan abiertamente con Dante ha hecho que me afloren de golpe y porrazo.

—¿Qué te pasa? —pregunta mimoso, posicionándose en mi espalda y

besando mi cuello tornando mi piel de gallina.

Cierro los ojos, muerdo mis labios, conteniendo un gemido. Este hombre y su facilidad de aplacar mi malestar de un momento a otro. Me acoplo entre sus brazos, no tiene sentido enfadarme con él, ya que no tiene la culpa de nada.

—Esa mujer quería comerte vivo, quitarte el uniforme a mordiscos y proclamarte rey de su cueva —murmuro con tono aniñado, haciéndolo reír.

—Celosa eres aún más irresistible... —ronronea, llevando una mano a mi pecho y apretándolo.

—Dante estoy segura que hay cámaras apuntándonos desde todos los ángulos de este cubículo, creo que no serán tan benévolos contigo como lo fueron los de tu edificio...

—Lo sé... —se aparta de mi cuello, sin separar su cuerpo del mío, presionando su erección contra mi trasero sin ningún reparo.

El ascensor se para y largo un suspiro de alivio. Dante me agarra de la mano, haciéndonos caminar por el largo pasillo hasta llegar a la puerta donde un letrero reza: *Villa Ocean*, donde introduce la tarjeta y la luz verde se enciende con un clic.

—Madre del amor hermoso... —jadeo de la impresión viendo todo lo que me rodea una vez pongo un pie en el interior.

En lo primero que poso mis ojos es en la esponjosa cama de colcha blanca y almohadones grises, con cabecero de cuero blanco y un gran espejo justo encima de este, rodeado de madera oscura donde cuelgan dos lámparas. En sendas mesas de noche, a cada lado de la cama, dos floreros con rosas blancas naturales y un diván a los pies de la cama, del mismo tono que los cojines.

Dante pasa por detrás de mí y abre las puertas que dan a la terraza, haciendo que la brisa penetre en la estancia, revolviendo las cortinas y mi cabello. Todo lo que se ve es inmenso cielo azul perdiéndose en el océano.

—Dime en qué piensas, cariño —me dice, llamándome una vez más con ese apelativo tan cursi y lindo a la vez.

Me acomodo en su abrazo y me giro para besarlo intensamente una vez lo tengo de cara. Haciendo que gimie en mis labios con arrobos.

—En lo bien que lo voy a pasar justo ahora, siéntate en la cama —le ordeno, mirándolo a los ojos.

Una sonrisa perversa aflora en su boca y hace lo que le digo, solícito. Se sienta en el diván, abriendo las piernas un poco, e inclinándose hacia atrás apoyando las manos en el colchón. El bulto de su bragueta me hace relamer, literalmente, y eso parece hacerle enrojecer hasta tal punto que sus orejas

cogen el mismo tono que sus mejillas.

Se quita la gorra, luciendo un pelo revuelto y sexy. Nunca he detallado a Dante como ahora. Fijándome en cada detalle de su rostro, su iris verde, las largas pestañas, su nariz un poco curvada perfectamente imperfecta. La barba justamente recortada y esa sonrisa petulante que me ha empezado a gustar tanto.

La chaqueta se le ha abierto, dejando una franja en el medio donde la camisa le marca el torso. No es extremadamente musculoso, pero está en forma, lo suficiente para hacerme enrojecer evocando toda clase de obscenidades donde mi lengua está implicada. Y sus piernas... Grandes y largas extremidades, embutidas en el pantalón del uniforme y no quiero hablar de lo prieto que tiene el trasero, aunque ahora no se lo esté viendo.

—Noto como si me estuvieras tocando y eso me está jodiendo la mente, Raquel —dice llevando una mano a su entrepierna, masajeando la protuberancia que reverbera contra su bragueta.

Me acerco a él, paso a paso, escuchando el taconeo de mis zapatos al andar y me inclino sobre él, apoyándome en sus rodillas. Mi boca queda suspendida en el aire, justo a la altura de su boca que me pide a gritos ser besada. Sus ojos miran de los míos a mis labios y su respiración acelerada sale a trompicones.

—Entonces vamos a joderte del todo.

Tiro de sus labios con los dientes a la misma vez que con destreza descorro la cremallera de sus pantalones. Con su ayuda se los bajo hasta que caen a la altura de sus tobillos y no contenta con eso, sus bóxer corren su misma suerte. Su polla se alza imponente sobre su abdomen aún cubierto y sin perder tiempo gateo sobre él haciendo que mi vestido se enrolle hacia arriba. Me posiciono encima de su cara, girándome, de espaldas al cabecero por lo que tengo libre acceso de comérmelo a placer mientras él ve lo bonito que se ve mi coño desde donde está.

—¡Joder! —sisea aguantando la respiración y luego soltarla de golpe, dándome de lleno, refrescando la calentura que se concentra en el vértice de mis piernas.

Me tomo mi tiempo quitándole los botones de la camisa, inclinándome hacia delante para besarle cada centímetro de piel que descubro y dándole un buen espectáculo. Grito cuando su lengua repasa mi coño sobre el encaje de mis bragas de arriba abajo, desconcentrándome. Y le reprendo con un mordisco en el pezón derecho, cosa que consigue que gima y sus caderas se

impulsen hacia arriba.

—Mmmm—digo, sabedora de uno de sus puntos débiles.

Sigo besando su piel, descendiendo hasta llegar a la punta de su sexo. El glándulo resplandece, gracias a una gota de líquido preseminal, que me encargo de lamer y esparcirla por todo el contorno. Sisea mi nombre una y otra vez, cual mantra, apretando mis muslos hasta tal punto de clavarme sus cortas uñas. Me la meto en la boca al mismo tiempo que siento la suya en mi coño, succionando de golpe mi clítoris, haciéndome jadear.

Mis manos encuentran sus testículos y las suyas mi trasero, juntando cada glúteo para luego darme azotes suaves. Mi sexo se contrae y gimo sin dejar de bajar por su dureza, embadurnándolo con mi saliva. Uno de sus dedos se introduce en mi coño y lo succiono con avidez, siendo su turno de gemir, provocando una vibración en mi entrepierna que por poco hace que me corra.

—Este coño tuyo acabará conmigo un día de estos.

Estoy por reír pero su boca ni sus dedos me dan tregua, por lo que intentando igualarlo, me lo como con verdadera ansia. Sus caderas marcan el ritmo, encontrándose con los vaivenes de mi boca. Y las mías se mueven en círculos buscando alivio.

Escucho algo rasgarse y por el rabillo de mi ojo veo que se trata de mis bragas de marca que tan caras me costaron en su momento. Pero entonces algo primitivo, y excitante me recorre de pies a cabeza ante esa acción. Me penetra con dos dedos y tengo que dejar de chuparle cuando se vuelve demasiado intenso. Me yergo, apoyando mis manos en su estómago y alcanzando el clímax más largo que he tenido en mi vida.

Gritando su nombre intercalándolo con gemidos y jadeos inconexos. Mi mano bombea su polla, una y otra, y otra vez. Sin dejar de temblar, ya que sigue lamiendo aún teniendo la zona bastante sensible. Dante gruñe y se corre en mi mano, lanzando calientes chorros de semen manchando su abdomen y mis dedos.

Sintiéndome satisfecha y con ganas de una ducha que aclare mis ideas, me levanto y me alejo de él, no sin antes lamerme los dedos ante su mirada abotargada. Un «Joder» es lo último que escucho antes de desaparecer tras la puerta del baño.

Ya adecentados, con ropa más acorde para andar por el caribe, nos dirigimos a la casa de los padres de Dante. En el camino, no puedo dejar de temblar por la anticipación y los nervios que supone conocerlos. Porque

joder... no es que seamos novios formalmente, solo yo me hago la película en mi cabeza. ¿Pero y si la madre resulta ser una de estas suegras duras tipo madrastras de cuentos?

¿Y si no le caigo bien y quiere envenenarme con el café por querer robarle a su preciado hijo? ¿Y si...?

—Deja de comerte la cabeza, amarás a mi familia y ellos te amarán a ti.

Suspiro y me dejo guiar por el a través de las calles llenas de gente, turistas en su mayoría, maravillándome de nuevo con todo el buen rollo que se respira. Llegamos a los pocos minutos a una casa grandísima, con una verja blanca y un jardín cuidado. El camino de grava está delimitado por piedras blancas y flores de distintos colores y tipos.

Un ladrido me advierte de la presencia de un perro, el cual veo saltar como loco a través del cristal de la puerta de entrada.

—Ella es Berta, una Golden que rescatamos.

—Es preciosa y creo que está a punto de echar la puerta abajo —puntualizo riendo, viendo como con sus patas empujan el cristal.

Nos acercamos al porche y la puerta se abre haciendo que la perra salga corriendo a nuestro encuentro, ladrando y lloriqueando a la vez. Una mujer rubia con una sonrisa amable y ojos brillosos sale de la casa mirando la escena frente a ella.

—Mamá —saluda Dante, dándole un beso en la sien y ella abrazándolo como si no hubiera un mañana.

Cuando se separan, Dante me señala y doy un paso adelante entrando en el área de visión de la señora.

—Ella es Raquel, Raquel esta preciosa mujer es mi madre María.

Sin esperármelo me abraza con casi las mismas ganas que abrazó a su hijo, haciendo que automáticamente los nervios se vayan por donde habían aparecido. Entramos, seguidos por la perra que mueve el trasero como si estuviese bailando bachata. La casa está decorada con amor, se nota a raudales, desde que entras hasta que sales. De las paredes cuelgan fotografías de diferentes tamaños, de Dante, de su hermano y de una chica rubia con síndrome de Down que aparece en más de una con diferente edad.

La misma que entra en la sala con un ramo de flores silvestres en la mano, quedándose de piedra al vernos. Sus ojos se abren y corre hacia Dante casi tirándolo de espaldas al suelo.

—¡Hermanito! ¡Has venido con tu novia!

Me sonrojo un poco, disimulando una tos. Dante no lo desmiente y mi

corazón se hincha de regocijo. Cuando ya ha besado suficiente a su hermano, me mira con ojos risueños, adelantando su mano que sujeta el ramo y me lo tiende.

—Es para ti, espero que te gusten.

Y muero de amor al instante. Quiero llorar. Nunca me he sentido tan arropada por una familia que no es la mía, incluso la de Raúl jamás me han tratado como ellos en el poco rato que llevo aquí. Un movimiento a mi derecha, saliendo de una habitación, supongo la cocina puesto que lleva una copa de vino en la mano, capta mi atención. Un hombre de no más de cincuenta, tremendamente atractivo de pelo castaño claro y ojos verdes como los de Dante, me mira intensamente. Sus labios se curvan en una sonrisa y entonces salgo de mi embrujo cuando escucho a Dante chistar:

—Papá, no empieces —resopla, haciendo reír al susodicho.

Su padre... ahora lo entiendo todo.

Hace las presentaciones pertinentes y cuando estamos todos, nos vamos al comedor a comer algo. Hay seis horas de diferencia respecto a Madrid, por lo que tengo más sueño que ganas de vivir. Pero aun así hago el esfuerzo de mantenerme activa en las conversaciones que se hablan en la mesa.

—¿Y tu hermano? —pregunta el patriarca de la familia, haciendo que María tosa y Dante se quede con el tenedor a medio camino de su boca.

Parece ser un tema escabroso, por lo que me limito a picotear de mi carne en salsa.

—Todo bien, estuve con él hace un par de semanas —contesta escuetamente, comiéndose el bocado y bebiendo agua, casi todo el contenido de su vaso.

—¿Sigue con la estúpida idea de irse a Andalucía? —contrataca, haciendo que un nervio en su mandíbula se tense.

—No se va a ir a vivir allí, no sé de donde eso —rebate su mujer, echándole chispas con la mirada. Haciéndolo callar y mirarla con el ceño fruncido.

—¿Por qué no dejamos ese tema para otra ocasión? —pregunta Dante con los dientes apretados, tocando mi pierna bajo la mesa, la cual ha decidido que es buen momento para saltar arriba y abajo con nerviosismo.

El tema queda zanjado y la conversación muda, siendo yo la vía de escape. Les cuento de mi trabajo, de mis estudios, gracias a los cuales tengo el título de periodista. Mi sueño siempre ha sido salir en la televisión, ya sea en un canal de noticias o dando el tiempo. Pero me conformo con entrevistar a algún

famoso de vez en cuando, a ser posible Pablo Alborán o David Bisbal, entre otros.

Después de los postres, una deliciosa tarta de queso hecha por Elisa, la hermana de Dante; decidimos despedirnos hasta el día siguiente que vengamos antes de irnos a Madrid. Dante necesita descansar y luego enseñarme un poco la isla antes de dormir y poder estar en condiciones para pilotar.

—Tus padres son un encanto y tu hermana... una maravilla.

Él sonríe feliz, con los ojos brillándole, emocionado. Sé que para él es difícil decir adiós a su familia, lo noto en cada gesto de su cara y en lo tenso que está a medida que nos distanciamos. Lo abrazo, dándole consuelo de alguna manera. Él me aprieta contra su costado al mismo tiempo que se inclina, besa mi cabeza y susurra:

—Y tú eres impresionante.

Capítulo veinticinco

Dante

Después de dormir un par de horas muy necesarias, en donde lo mejor ha sido cerrar los ojos después de ser ella la última imagen y despertar siendo de nuevo ella lo primero que veo, salimos del hotel con energías renovadas.

Visitamos San Juan, la capital y centro turístico de la isla, la cual cuenta con numerosos museos, edificaciones, restaurantes de lujo y centros comerciales. Raquel parece disfrutar, preguntándome acerca de todo aquello que capta su atención. Nos hacemos montones de fotos, besándonos, abrazándonos, en diferentes sitios.

Luego nos encajamos en Fajardo, uno de los setenta y ocho municipios del Estado Libre asociado de Puerto Rico que cuenta con arrecifes de coral y praderas de pastos marinos.

La tarde se nos echa encima y nos viene que ni pintado ya que podemos ver la bahía bioluminiscentes. Dejándola con la boca abierta. A la vuelta, pasamos junto a la edificación en obras de lo que en un futuro va a ser mi casa. Saco las llaves donde están también las de mi apartamento en Madrid y abro la puerta descubriendo el recibidor lleno de cajas y bolsas de cemento por el suelo marmolado y empolvado.

Raquel entra antes que yo, quedándome unos minutos admirando todo con ojos de enamorado. La veo a ella, justo como ahora, subiendo las escaleras. Sonriéndome sobre su hombro, luciendo hermosa, sublime. Recorremos la planta alta, le enseño los dormitorios, la cocina y el salón comedor. Los grandes ventanales de suelo a techo que cubren casi toda la planta, dando directamente al mar.

—Es preciosa... —susurra, como si hablar más fuerte pudiese hacer que toda la magia desapareciera.

Lo que no tiene ni idea es que la magia la ha traído ella, llenando el espacio que en el pasado creí solo mío y que ahora está su nombre y perfume grabado en cada una de las paredes de esta casa.

Nos metemos en el mar, una vez salimos de la casa, abandonándonos el uno en el otro y provocando alguna que otra mirada curiosa de la gente que sigue en la playa. El sol ya se ha escondido, por lo que el calor sofocante desaparece y el contraste en contacto con el agua hace que se nos ponga la piel erizada.

No sé cuánto tiempo nos quedamos aquí, metidos hasta la cintura en el agua, hablando de todo y de nada, besándonos a cada tanto y encontrándonos solos de un momento a otro.

—Has roto todos mis esquemas, ¿sabes? —dice poniéndose un poco seria —, has hecho de mí alguien dependiente. A cada segundo me siento necesitada de tu olor, de tu tacto. Eres un mal aprendiz, pero qué se puede esperar de una mala maestra—me río y la aprieto un poco más contra mí.

—No lo has hecho tan mal, tranquila —bromeo, besando sus labios.

—Creo que es el momento idóneo para decirte que estoy irremediable y completamente enamorada de ti, Dante. Aun con tus frases ridículas a lo “chulo playa”, aunque ligués de puta pena, por mucho que me pregunte ¿por qué? Has entrado aquí —apoya una de sus manos en su pecho—, tan rápido y tan hondo... que la sola idea de no verte en días se me hace insoportable.

Sus ojos se aguan, como si el haber dicho eso le hubiese cogido por sorpresa y el sentimiento es tan grande como el mío y le sobrepasa.

—No sé qué decir excepto que también te amo y que siento cada una de las cosas que sientes tú. La manera con la que me miraste la primera vez hizo que mi cabeza explotase y que me llevase tu teléfono por equivocación fue la única cosa que hice bien en la vida.

—¿Eso lo pensaste antes o después de querer ligarte a la camarera? —dice con guasa, haciéndome reír.

—Una vez que apareciste en mi campo de visión, todo lo demás careció de sentido incluso ella.

La intimidad del momento, hace que Raquel se sienta juguetona y meta la mano en mi bañador encontrando mi sexo. Jadeo sin esperármelo.

—¡Mayday, mayday, tenemos un problema. Creo que he perdido el pene de mi novio, mayday! —vocifera haciéndome reír.

—¡Serás malvada! Hace un frío del carajo, mujer —me hago el enfurruñado, apartándome de ella y nadando hacia la orilla.

Mi cuerpo tiembla cuando salgo del agua y la veo salir también, pero a diferencia de mí que parezco un perro mojado y encogido, ella es una verdadera diosa.

—Joder... —siseo, haciendo que pose para mí sobreactuando cada postura —, El pene de tu novio está a punto de hacer acto de presencia...

—Grrr...

No sé qué hora es, tampoco si lo que suena es la alarma, me pesa todo el

cuerpo y parece que he dormido solo minutos. Raquel murmura algo que no logro entender, hasta que siento su mano posarse en mi hombro y llamarme.

—Dante es tu hermana, son la una de la madrugada, debe ser importante — su sola mención hace que me yerga de repente, causándome un leve mareo.

Agarro el teléfono de su mano y descuelgo a la vez que me levanto de la cama y empiezo a ponerme un pantalón.

—Elisa, ¿qué pasa cariño?

—Hermanito, son papá y mamá, están gritando fuerte, hablando de muchas cosas y tengo miedo. Mamá llora.

—Voy para allá, tengo llave de casa no tienes que avisar a nadie que voy, ¿de acuerdo? Estate tranquila tesoro.

Ella hace un murmullo de confirmación y cuelgo con el corazón en un puño. Difícilmente mis padres discuten y tal como me ha contado Elisa debe haber pasado algo.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo grave? —pregunta Raquel, con el pelo revuelto mirándome asustada desde el colchón.

—No, mis padres están discutiendo y según Elisa mi madre está llorando. Debo ir a ver qué sucede —le explico metiéndome una camiseta cualquiera por la cabeza.

Noto movimiento en la cama y veo que se levanta también dispuesta a vestirse. La levanto en vilo haciendo que aterrice en la cama con un chillido. Beso sus labios con cariño y le sonrío.

—No hace falta que vengas, mi amor, solo serán unos minutos. Veré qué es lo que pasa y volveré a tu lado antes de que te des cuenta. Estás agotada y necesitas descansar.

Ella asiente conforme y me acaricia la cara con cariño antes de darme un súper beso. Salgo del hotel, habiéndole dicho al recepcionista de turno que me llame a un taxi. A los pocos minutos uno se aparca justo frente a mí y me subo recitándole la dirección de la casa de mis padres.

Desde la puerta puedo escuchar sus gritos y ver las luces de la sala encendidas. Entro sin armar escándalo, encontrando a mi hermana sentada en los escalones que van para la planta de arriba, mirando a su teléfono. Ella corre hacia mí, me abraza sollozando y pidiendo que paren.

—Shhhhh... ya está, ve a tu cuarto, yo hablaré con papá y mamá. Todo se arreglará en un *pis pas*.

—Vale —dice sonriendo y subiendo las escaleras corriendo.

Frunzo el ceño, matando todo rastro de sonrisa de mi rostro. Escucho a mi

madre llorar tan desgarradamente que me parte el corazón. Me dirijo a la sala, y mediante ando por el pasillo su conversación es cada vez más nítida.

—No tienes ni puta idea de nada... eso solo hará que nos odie, ¿quieres eso? —pregunta mi padre a voz en grito.

—Si decirle la verdad hace que no quiera ni vernos, que así sea. No puede vivir un día más sin saberlo, Esteban. Tú podrás vivir con esa carga toda tu vida, pero a mí cada día me pesa más la losa que llevo a los hombros desde hace treinta y cinco años.

—¡No te perdonaré que pongas a mi hijo en mi contra, María! ¡No te lo consentiré! Ya tengo suficiente con que le fueras con el cuento a Mateo y dejase todo para ir a buscar a un fantasma.

—¿Un fantasma? —Su voz rota destila rabia e ironía —, ¿a la madre de tu hijo la llamas fantasma?

—¡No te atrevas a decir eso una vez más! tú eres la madre de Dante, tú has sido quien lo ha criado y cuidado.

—¡Pero no lo parí! —grita poniéndome los vellos de punta, sacándome del trance en el que me encontraba.

Solo siendo esas últimas confesiones las únicas que escucho en mi cabeza una y otra vez. Mi padre habla de nuevo, también ella, pero mis oídos pitan haciéndome imposible escuchar más. Mi madre no es mi madre verdadera, eso significa que mi padre la engañó con otra mujer y...

—Esa mujer no tiene ningún derecho en nuestra vida —dice él en un tono más bajo.

—Esa mujer de la que hablas fue capaz de que me engañaras a mí, que supuestamente soy el amor de tu vida, y está enferma. Se está muriendo y tú no vas a mover un jodido dedo. Dante no la podrá conocer y entonces me odiaré a mí misma para siempre. Lo único que hizo mal es no tener donde caerse muerta, confió en mí y me cedió a su propio hijo. Tú no sabes nada, Esteban, nada. Tú no viste su dolor, el llanto desgarrador al desprenderse de su bebé. Igual que no consentí que él corriera la misma suerte que su madre ni durmiera en cartones al asilo de cualquier cajero automático, no voy a consentir que nuestro hijo viva un día más en una mentira.

—¿Una mentira? ¡Le dimos una vida digna de un rey, por el amor de Dios! Él siquiera puede tener recuerdos de esa puta que me engañó y me sedujo como una vulgar fulana.

Entonces una bofetada corta el aire y reacciono. Entro en la sala, haciendo que adviertan en mi presencia. El rostro de mi padre pierde el color de golpe

y mi madre se lleva las manos a la cabeza. La brisa que entra por el balcón hace que me dé cuenta que mi rostro está mojado a causa de lágrimas silenciosas y amargas.

—Dante, ¿qué haces aquí? —pregunta él después de unos agónicos segundos en donde el llanto de mi madre, es lo único que rompe el silencio de la noche.

—Por lo visto he venido a enterarme de que eres un cabrón hijo de puta y que mi madre no es mi madre —digo casi en susurros, mi voz se ha ido a la mierda.

Me voy de allí, sin decir nada más, teniendo la cabeza plagada de pensamientos. Encajando piezas que hasta ahora no he sabido encontrarles lugar. No me parezco a ella, en nada. Mis hermanos han sacado su cabello, sus ojos. Soy el hijo bastardo de Esteban Coronado y de sabrá Dios qué mujer. Entonces entiendo el por qué nos vinimos a vivir tan lejos.

Llego al hotel andando, sin haberme dado cuenta del camino. Podrían haberme atropellado, atacado, o vete tú a saber y siquiera me hubiera enterado. Pero solo quiero enterrarme entre sus brazos, ahora mismo, en lo más verdadero que tengo. Entro en la habitación, adivinando su silueta bajo la fina sábana de algodón blanco. La luna se proyecta preciosa, acariciando sus preciosas curvas. Un sollozo seguido de otro rompe el silencio y hace que Raquel despierte y se gire a mirarme.

Me acerco trémulo, teniendo la sensación de que me romperé en mil pedazos en cuestión de segundos. Ella no dice nada, solo aparta la sábana quedándose desnuda, haciéndome lugar a su lado. Con el rostro escondido en su cuello, la abrazo con fuerza, llorando como un bebé sin poder articular palabra.

—Shhh... ya mi amor, el dolor pasará. Shhhh...

Me acuna, acariciando mi cabello y espalda, calmándome cual canción de cuna; arrullándome y diciéndome palabras llenas de amor y dulzura. Haciendo que mi destrozado corazón reviva y se hinche un poco.

—No es mi madre... —murmuro en su piel, con la voz quebrada —Mi padre me tuvo con otra mujer.

Ella no dice nada, tampoco necesito de palabras ahora mismo. Así que nos recostamos y nos abrazamos hasta que la noche se acaba y el día despunta en el horizonte sin poder evitarlo.

La cabeza me duele horrores, apenas he podido pegar ojo y mi mente no

logra desconectar por mucho que me esfuerce. Gracias a Dios, apenas nos quedan minutos para aterrizar en el aeropuerto de Madrid Barajas-Adolfo Suárez. Como me pasó anoche, apenas me he dado cuenta de las catorce horas de vuelo y eso me hace sentir como una mierda.

Víctor está terriblemente callado y se lo agradezco. Estoy avisando a torre de que vamos a aterrizar, desacelerando y planeando a velocidad de maniobra, cuando acciono el tren de aterrizaje, no se efectúa la acción ni tampoco se despliegan los flaps hasta el tercer o cuarto intento. No corre la misma suerte con las ruedas. Mi corazón se salta un latido y pulso los botones, intentando poder hacer la maniobra de aterrizaje una vez más. Estamos a dos mil pies, apenas seiscientos metros del suelo y no sé cómo cojones vamos a caer una vez toquemos el suelo sin el tren de aterrizaje. Procedo al procedimiento de socorro y urgencia, llamando por radio.

—¡MAYDAY, MAYDAY, MAYDAY! Madrid control, EC-VAV. El tren de aterrizaje no funciona correctamente, y estamos a mil pies de aterrizar en pista.

—*A todas las estaciones, Madrid control, cese de transmitir, MAYDAY.*

»*E-AV recibido MAYDAY, autorizado a aterrizar pista seis, viento calma, QNH 1010, servicios de emergencia alertados.*

—Vamos allá, pequeño...

—Nos vamos a dar una fuerte trompada con el suelo, compañero —acierta a decir Víctor.

Aprieto los dientes, agarrando el volante de mando con fuerza. Levanto el morro y la parte trasera del avión rachea con la pista haciendo que rebotemos y el morro caiga dando un panzazo. Lo último que recuerdo es un fuerte golpe en la cabeza y todo se sume en tinieblas. Mi último pensamiento es que la mujer que amo está a bordo.

Capítulo veintiséis.

Raquel

La noche la pasamos a duras penas, sin dormir más de una hora seguida. Dante está prácticamente en silencio toda la mañana, mientras me como una fruta de desayuno. Él alega su falta de apetito y se queda observando el mar desde la terraza mientras me muero de tristeza. La verdad no sé cómo hacer que su dolor mengue o sencillamente desaparezca, aunque dudo que lo haga en breve.

Muero por decirle que todo va a ir bien, que hay una explicación lógica para lo que han hecho sus padres aun sin saber si es cierto o no. La verdad no me querría ver en el pellejo de su mamá, porque no deja de serlo por mucho que no lo haya parido. Es lo que intento infundirle una vez me reúno con él en la terraza, pero no puedo articular palabra. Lo abrazo, lo acaricio, eso parece ayudarlo y por lo menos hacerlo sonreír.

Cuando llega la hora de irse al aeropuerto, me voy con él bajo sus protestas. Él debe estar tres horas antes del vuelo, por lo que me tocaría esperar sola, sin embargo, me da igual. Quiero agotar hasta el último segundo a su lado, haciéndole ver que estoy con él y para él.

Tengo un mal presentimiento, a lo mejor es a causa de la película que acabo de ver en el monitor, la cual debe estar prohibida en los aviones. Pero no puedo parar a mi mente, imaginándose el ala ardiendo por un meteorito. Mis ojos viajan a mi izquierda donde un cura lee cómodamente en su asiento, ajeno totalmente a mi congoja. Estamos a punto de aterrizar, lo sé porque veo la ciudad acercarse a una velocidad de vértigo, también el avión ha descendido bastante y ralentizado la velocidad.

Entonces el corazón se me dispara, algo va mal, lo siento. Tengo un palpito de que todo se va a ir a la mierda. Miro de nuevo al cura y lo llamo con un siseo. Él deja de leer y me observa para luego sonreírme amable.

—Rece, padre, tengo un mal presentimiento. Soy muy dada a hacerme películas en la cabeza y el miedo a volar me está haciendo imaginarme cada cosa...

Él río y niega con la cabeza. Algo impropio ya que es un siervo del señor y por eso debe mostrar empatía ¿no?

—Todo va a estar bien, tranquilícese, si le hace sentir mejor rezaré un ave

maría —dice con guasa, haciéndome abrir los ojos desorbitadamente.

Es un hombre relativamente joven, viste con vaqueros y camisa negra con alzacuellos. Seguramente se metió a cura por aburrimiento. Pero entonces siento un fuerte golpe en la parte de atrás del avión y todo se vuelve un caos.

—Por favor quiero tener hijos, muchos, cumpliré con la tasa de natalidad en el mundo con creces. No hagas que muera. Iré a misa todos los domingos, lo juro por Dios, y seré buena —digo a murmullos, cerrando los ojos, viendo mi muerte aproximarse.

Entonces escucho a un bebé llorar, abro un ojo solo para ver a su madre en estado de shock y su bebé llorando desconsolado, casi tirándose de la sillita que a duras penas lo tiene sujeto. Sé que no debo hacerlo, pero me da tanta penita, que me desabrocho el cinturón, escuchando el grito de la asistente de vuelo ordenándome volver al asiento. Pero no lo hago, me acerco al bebé y con una sacudida me impulso de cabeza hacia delante pegándome un señor porrazo en el brazo. La cabeza me da vueltas y solo puedo pensar en lo idiota que soy.

Me llevo la mano a la cabeza cuando el movimiento del avión cesa, siento mis dedos humedecerse de algo pringoso. Observo con horror que se trata de sangre. Veo borroso, parece como si me fuera a quedar ciega. Escucho voces, el llanto del bebé cada vez más lejos y ajeteo incesante a mi alrededor.

Capítulo veintisiete.

Dante

Intento abrir los párpados, los siento pesados, hasta tal punto de ver imposible la simple acción de levantarlos. Cuando lo logro, apenas veo dos rendijas, donde la cara de mi hermano es lo único que capto a mi lado.

—Bienvenido al mundo de los vivos, hombre —dice con una sonrisa.

Frunzo el ceño y me quejo de dolor cuando un martilleo incesante me taladra la sien. Me toco la zona, palpando una venda rodeándome la cabeza.

—Eh, tranquilo, te has dado un buen golpe, gracias a Dios no muy grave.

—¿Qué ha pasado? —pregunto no teniendo muy claro que si lo que ha ocurrido es real o un sueño.

No logro computar la idea de que no soy hijo de mi madre, que mi hermano lo sabía y no me dijo nada y que acabo de sufrir un accidente de avión habiendo puesto en peligro a más de doscientas personas incluyendo a...

—¿Dónde está Raquel? —me yergo de golpe, la cabeza me da otra punzada que me deja fuera de juego durante unos segundos.

—No te levantes, joder, te vas a desmayar otra vez. Raquel está bien, bueno, todo lo buenamente bien que se está al romperse un brazo y teniendo una contusión en la cabeza.

—¿¿Qué?! ¿Dónde está? Tengo que verla, joder, tengo que ver que está bien... —me intento levantar de nuevo inútilmente. No tengo apenas fuerzas y Mateo me devuelve a la cama con facilidad.

—Ya te he dicho, está fuera de peligro, al igual que cada uno de los pasajeros. Por suerte eres uno de los mejores pilotos que conozco y has sabido aterrizar de puta madre incluso sin tren de aterrizaje. Has salido en la tele como un héroe, hermanito.

Cierro los ojos y niego con la cabeza. Todo me da vueltas, los recuerdos vuelven a mi mente una y otra vez. Las ganas de llorar me pueden pero me las trago como puedo.

—¿Por qué dejaste el trabajo, Mateo?

Veo cómo se tensa y desvía la mirada. Su sonrisa muere, dando paso a un rictus duro e rabioso. Y decido quitarle un peso de encima, confesándole lo que sé.

—Sé que mamá no es realmente mi madre y que Papá la engañó con otra mujer.

Suspira, no sé si de alivio o por otra cosa, dejando caer la frente en sus manos; apoyando los codos en las rodillas.

—No quería tener la misma profesión que un desgraciado infiel y mentiroso como es tu padre. Si hubieras visto la cara de mamá contándomelo todo... lo ama tanto que fue capaz de criar a un hijo fruto de una infidelidad y quererlo como suyo —dice frotándose los ojos—. Me pidió que fuera a Andalucía y buscara a... bueno, a esa mujer.

Siento un nudo en el estómago, creo que de un momento a otro vomitaré bilis ante lo desagradable de la conversación. Por un lado no quiero escucharlo y por otro...

—Pero ya es demasiado tarde, me informaron de que hace dos días falleció en plena calle. Tenía cáncer terminal y no pudo recibir tratamiento alguno ya que vivía entre indigentes.

Mi labio tiembla, no sé si por tristeza, rabia o asco. No conozco a esa mujer, tampoco sé si fui deseado siquiera o tal vez solo fui, como dice mi hermano, fruto de una infidelidad. Solo sé que me encuentro hecho una mierda, sin saber qué hacer y hacia dónde ir.

Dos horas después consigo el alta y me acerco a recepción dejando a mi hermano en la sala de espera, para conseguir mis pertenencias y las de Raquel; y de paso preguntar por ella. La muchacha me entrega los teléfonos, mi reloj, el anillo de Raquel y las carteras. Me cuenta que se encuentra en planta, despertándose de la anestesia ya que la rotura del brazo ha necesitado operación de urgencia.

Con el corazón encogido me dirijo al ascensor y subo a su planta con irrefrenables deseos de verla y besarla como si no hubiera un mañana. Cuando llego a su puerta la veo hablando con un enfermero y me quedo observando la escena divertido, ya que claramente se ve afectada por la anestesia.

—Eres muuuuy guaaaapo, ¿lo sabías?

El chico ríe y le coloca la vía en la muñeca, colocando a continuación el suero en el gancho. Frunzo el ceño y niego con la cabeza ante su descaro.

—Seguro me estás inyectando un suero del amor, para que me enamore de ti... no mientas. Pero ¿sabes? Tengo novio, un novio tremeeendamente guapo. Y es piloto de avión, supersexi, tan follable que hasta tú seguramente caigas rendido a sus pies. Pero no se lo digas, ¿vale? Tampoco le digas del suero del amor, puede darte una paliza. Es muuuuy celoso, pero me ama. ¿Tú me amas? Seguro que quieres casarte conmigo, tener bebés conmigo ya que yo... como

me vees soy una máquina de hacer bebés preciosos.

Su diatriba me hace carcajear, tapándome la boca para no alertarla de mi presencia. El muchacho se ríe, se sonroja y asiente, sin decir nada. Eso a ella parece no importarles ya que vuelve a la carga.

—No te hagas el tímido, tú déjate llevar. Si quieres puedo decirle a Daaante, mi novio piloto que hagamos un trío. Síiii... oh síiii —dice ella sonriendo pervertida imaginándose Dios sabe qué cosas obscenas.

—¿Con que celos? ¿Un trío? ¿Es en serio, Raquel? —pregunto entrando en la habitación, haciendo que el enfermero carraspee y termine su trabajo en silencio.

A ella parecen brillarle los ojos, entre pestañeos pesados.

—¡Dante! Te amo, mi amor...

Y con eso mis males desaparecen de un plumazo. Me quedo solo con ella durante un rato, viéndola dormitar, hasta que la doctora entra y me pide que salga un momento. Hago lo que me dice y decido ir a la cafetería a tomar un café. Mateo me acompaña y mientras el caliente brebaje hace su magia, entro en mi correo, esta vez desde mi propio teléfono, después de tanto tiempo.

Hago un barrido, descartando spam y correos sin importancia hasta que uno llama mi atención. Tiene fecha de hace dos días y lo firma un tal Miguel Heredia. El apellido me suena y viendo el nombre del asunto: Piloto privado; hace que entre a leer lo que dice.

De: Miguel Heredia

Para: Dante Coronado

Buenos días, señor Coronado, soy el secretario del señor Miguel Heredia. Me dirijo a usted para proponerle ser parte de la plantilla de pilotaje privado Heredia. Claro está contará de muy buen sueldo, horarios flexibles y a cambio usted pilotará exclusivamente para nosotros. Hemos visto su impecable currículum y nos encantaría que aceptara nuestra oferta.

Para mayor información, llame al número que le facilito más abajo. Muchas gracias.

Secretario: Alberto Billar.

—Pareces haber visto un fantasma... ¿ocurre algo?

Dejo de leer por segunda vez el correo y alzo la mirada hacia mi hermano que sostiene su taza a medio camino de su boca.

—¿Conoces a Miguel Heredia?

Él asiente y bebe. Dejando la taza en la mesa.

—Claro, es uno de los magnates más poderosos de Puerto Rico. Dueño de la mayoría de los hoteles Hilton del país. ¿Por qué?

Trago saliva cuando caigo en la cuenta de quién es ese señor. Apuro mi café, quemándome la garganta, hasta que consigo hablar.

—Me ha mandado un correo interesado en que trabaje con ellos como piloto privado. Horario flexible, buen salario...

—¡No me jodas! —exclama haciendo que la gente nos mire.

—Te jodo... es lo que he leído y no sé qué pensar.

—¿Cómo que no sabes qué pensar? ¿Estás hablando jodidamente enserio? —su cara se pone roja de los nervios, parece ser que a él le hace más ilusión que a mí.

—Si lo dejo todo para irme... tendré que dejar a Raquel y no puedo hacer eso.

—¿Y por qué cojones tienes que dejarla? Dante, tienes una mansión a medio terminar en la isla, puedes acabarla e irte a vivir con ella allí. Estoy seguro de que querrá irse contigo con los ojos cerrados.

—No es tan fácil, Mateo... eso significaría que dejase su trabajo, su familia, todo por seguirme. No puedo hacerle esa marranada.

Agacho la cabeza y masajeo mis ojos, encontrándolos irritados. La oportunidad que Heredia me ofrece es lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo pero digo en serio lo de rechazarlo si eso significa dejar a Raquel.

—Dante, vete con ella, díselo. Es una buena oportunidad, piensa que es tu futuro lo que está en juego. Imagina una vida allá, junto a ella, pudiendo hacer lo que siempre has querido. Tener una familia. Estarás cerca de mamá y papá —dice haciendo una mueca a continuación.

—No sé si quiera verlos en breve...

—Tarde o temprano tendrás que afrontarlo todo. Yo mismo debo hacerlo. No dejamos de ser hermanos, ellos no dejan de ser tus padres.

Suspiro y doy por zanjada la conversación, prometiéndole que se lo diría a Raquel una vez estuviera despierta y plenamente consciente. Las horas pasan, he ido a casa a ducharme y asearme antes de volver para quedarme esta noche con ella. Pero cuando llego a su habitación, con un ramo de flores en la mano, me paro en la jamba al ver a los padres de Raquel hablando con ella.

Laura llora, agarrando la mano de su hija, y Lucas masajea los hombros de su mujer.

—Mamá, estoy bien, todo ha sido más que nada un susto —la escucho decir

a ella calmada y sin los efectos de la anestesia.

—Pero es que siquiera me dijiste que ibas a ir a Puerto Rico otra vez, ¿sabes el susto que me llevé? No me gusta tenerte tan lejos de mí, cariño...

—Mamá... en algún momento vas a tener que dejar de preocuparte por mí como si fuera aún una niña. No olvides que mi novio es de allá y te guste o no, si nuestra relación sigue adelante viajaré mucho.

—Pero Raquel... —empieza a protestar su madre.

—No, mamá. Lo amo y quiero estar con él, aunque tenga que estar de un país a otro.

El llanto de su madre me rompe el alma y entonces tomo la decisión más dura de mi vida. Lo hago por ella, por los dos, porque el daño sería irreparable si no hago algo. Por lo que dejando el ramo de flores encima del carrito de limpieza, me voy de aquí. De camino a mi apartamento, lloro. Lloro como un desgraciado, dejándome el alma atrás, y despidiéndome de lo que alguna vez creí que sería mi sueño. De ella.

Capítulo veintiocho.

Raquel

Cuatro meses después...

Sonríó al ver mi reflejo en el espejo. La escayola ha desaparecido gracias a Dios de mi brazo y ya no voy rajando camisetas a diestro y siniestro. Muevo el hombro haciendo una leve mueca. Ahora me toca hacer los ejercicios que la fisioterapeuta me ha recomendado y estaré como nueva. Bueno... lo buenamente que puede estar una persona a la cual le han arrancado el corazón de cuajo.

Dante se llevó consigo todo lo que alguna vez pensé que era mío. La ilusión, el futuro, el alma... aún puedo recordar letra por letra, la despedida que me envió al móvil justo antes de que cambiase de número.

«Me voy, Raquel. Estoy dispuesto a renunciar a ti por el simple hecho de hacernos un favor a ambos. Como sabes, la sola idea de arrancarte la vida para que la rehicieras conmigo, lejos de todo lo que te hace feliz, me pudre por dentro. No es egoísmo, créeme, que si fuera por mí te llevaría en la gabiña en cada viaje que hiciera. Espero de todo corazón, que después del tiempo, puedas perdonarme. Solo te pido que no me busques porque no aguantaría encontrarte de nuevo para dejarte marchar una segunda vez. Siquiera respire hacia la dirección por donde crees que me he ido, porque solo pensarlo me rompe el corazón. Sé feliz, encuentra al amor de tu vida, ese que ya odio por el simple hecho de existir. Te adoro».

Una lágrima traicionera escapa de mi ojo derecho y la dejo caer por mi mejilla. Es otra más para añadir a todas y cada una que he derramado por él. En su momento me arrepentí de llorar por Raúl, sin embargo, ahora siento que Dante se merece todas y cada una de ellas. Ha sido cobarde, no lo voy a negar; tampoco fue capaz de preguntarme ni hacerme partícipe de sus decisiones. Pero es no quita que lo haya hecho por el amor que siente por mí. Tengo la absoluta certeza de que le ha dolido más dejarme, de lo que a mí me ha dolido perderle.

Me pinto los labios de un color rosado a juego con mi abrigo y le echo un último a mi aspecto. Es mi quinta semana de trabajo en el periódico y sonrío feliz. Por si lo preguntas: sí, me despidieron; y no, no hice el artículo de las veinticuatro horas con un piloto comercial. Más que nada porque no me apetecía escribir sobre Dante, sin dejar impreso mis sentimientos e

inapetencia de vivir.

Todo este tiempo he estado buscándolo, para qué te voy a engañar. Incluso he intentado coaccionar a mi hermana para que me diese el número de teléfono de Mateo y obligarlo a punta de amenazas a que me dijese donde estaba Dante. Pero fue inútil. Suerte que tengo un aliado el cual me prometió que me lo conseguiría costase lo que le costase.

Llego al trabajo, una pequeña sede situada en el centro de Madrid, y saludo a mis compañeros con ánimo. Preparo mi columna, agregando la entrevista que le hice hace un par de semanas a un cantautor joven de la ciudad que estoy segura causará revuelo entre las jóvenes más pronto que tarde.

Miro el reloj por segunda vez y me quedo asombrada de que haya pasado dos tres horas de golpe. Mi jefe sale de la oficina para almorzar, saludando a todos con un asentamiento. Es tan guapo el jodío que si no fuera por lo encoñada que sigo de un tal piloto, le echaría la caña sin pensarlo.

Estoy cogiendo mi bolso para salir a comer, cuando mi móvil vibra en el bolso. «Papá» y solo con leer eso en la pantalla le doy a descolgar con el corazón laténdome furioso.

—Aquí águila llamando a mariposa, el conejo está en la madriguera. Repito: el conejo está en la madriguera.

Lanzo una carcajada a la vez que el frío de noviembre impacta con mi cara al salir a la calle.

—Papá, ¿pero qué dices?

—Nena, contigo no hay quien juegue a los espías. He podido conseguir el teléfono del Mateo.

Pestañeo y paro de andar, encontrando difícil hacerlo mientras intento respirar. Mi padre me recita el número que a duras penas, con mis dedos temblando ya sea por el frío o por los nervios, consigo teclear y guardar en la agenda del móvil. Una vez nos despedimos, entro en un bar donde preparan la mejor hamburguesa del mundo. Necesito fuerzas para lo que me espera.

Llevo mirando el número por horas, sin atreverme a darle al verde y llamarlo. Mateo solícito y diciéndome nada más decirle quien era: ¡Joder por fin!; me dio el número de Dante sin oponer resistencia alguna. Y yo que quería que sufriera... suspiro por enésima vez. No consigo reunir el suficiente valor para decirle todo lo que he estado recolectando durante estos meses. Pero entonces se me ocurre una idea muchísimo mejor.

Según Mateo, Dante vive ahora en Puerto Rico, en la mansión que me

enseñó la vez que fuimos. Me alegró saber que ha hecho las paces con sus padres, y aunque se muestra un poco reticente a perdonarlos del todo, los ve a diario. Trabaja como piloto privado de uno de los millonarios más cotizados del país y con lo que ha ganado estos meses ha podido acabar la casa a un tiempo record.

Una vez acepto el cargo a mi tarjeta, automáticamente me llega el correo de confirmación y el billete de avión que viaja directo a la isla. Ahora viene la parte más difícil y en la que debo emplearme a fondo. Para ello me descargo un distorsionador de voz y carraspeando como si fuera a prepararme para una audición o una investigación secreta le doy a llamar.

—¿Sí? —respira, Raquel... que no te afecte. Haz como si su simple saludo no haya hecho que tu cuerpo se retuerza y tu corazón vuelva a la vida—, ¿hola?

—Sí, hola —digo cruzando los dedos para que el distorsionador pueda camuflar mi voz por completo—. ¿Es Dante Coronado?

—Emm... sí, soy yo. ¿Quién habla? se le escucha un poco raro, como si fuera un robot. ¿Es un contestador automático?

Estoy a punto de reírme, o creo que lo hago, hasta que soy consciente y tapo mi boca antes de liarla del todo.

—No, digo sí, le llamo para concretar una cita para una entrevista. ¿Tiene hueco para mañana a eso de las siete de la tarde?

—¿Una entrevista? ¿Para qué? —su reticencia me hace rodar los ojos.

Tengo ganas de atravesar la pantalla sacudirlo y luego morrearlo hasta dejarlo sin resuello.

—Para el periódico. Queremos entrevistarle sobre su trabajo —soy tan idiota y se me ve tanto el plumero que no sé si pensar que él es igual de idiota que yo por no descubrir la farsa.

—Está bien, quedamos a sa hora en el restaurante Porto Alegre.

—Emm... mejor en otro sitio más privado señor. No me malinterprete, simplemente es para que podamos hacer la entrevista con menos gente alrededor.

—Diga usted el sitio, entonces.

—¿Qué le parece en la terraza del San Juan hotel?

El silencio reina la línea y me muerdo un padraastro del dedo gordo, esperando que esa pista no haya sido demasiado descarada. Escucho su carraspeo nervioso al otro lado, seguido de un ruido como si se le hubiera escurrido algo de las manos.

—Claro, estaré allí. ¿Cómo se llama? —pregunta dejándome sin salida.

—Roberta.

—Vale, nos vemos allí.

El viaje pasa sin sobre saltos, o a lo mejor era a causa de la pastillita que me tomé antes de despegar y que ha hecho posible que me pase el resto del vuelo con la baba colgando, frita como un tronco. Me arreglo en el espejo del baño, maquillándome un poco, tapando las pronunciadas ojeras bajo mis ojos. He bajado un poco de peso y me corté el cabello por los hombros hace apenas un par de semanas. ¿Dante me reconocerá? Solo se me ocurre una forma de saberlo.

Visitar Puerto Rico en verano es una gozada y en invierno también, ya que el clima no varía casi nada por mucho que cambie de estación. Me bajo del taxi, pagando el viaje al conductor, y secándome las manos en los vaqueros en un vano intento de tranquilizarme. ¿Y si no me quiere ni ver? ¿Y si tiene una novia o lo que es peor, ha conocido más a fondo a la camarera y ahora viven felices en la mansión?

Mi labio se enrolla en un puchero pero mirando al cielo pestañeo y me cargo de energías para seguir. Ya que he llegado hasta aquí que merezca la pena y por lo menos lo veré y disfrutaré de su compañía. Pero antes de entrar, lo veo sentado en una de las mesas de la terraza, tomando un refresco y jugando con su teléfono. Está vestido informal, con unos pantalones vaqueros, igual que yo, y una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos.

Llamo a Mateo porque el miedo me puede y siendo consciente que lo más seguro es que lo despierte, me da exactamente igual.

—Ya puede ser importante para que me llames, cuñada.

Suspiro temblorosa y coloco la mano en el altavoz para que nadie más que él escuche mi desespero.

—Dime que tu hermano sigue soltero y no está casado y con hijos...

—Raquel, joder, han pasado cuanto ¿tres meses?

—Cuatro meses, tres días, nueve horas, diez minutos y... veinte, veintiuno, veintidós...

—Vale, joder, lo pillo —dice riendo—, lo que sea, dante ha estado más muerto que vivo estos meses. Aún te quiere, así que deja de ser tonta y ve a por él.

—¿Y si no me quiere? Habré venido a Puerto Rico para irme con el rabo entre las piernas y...

—Espera, ¿qué? ¿Estás en Puerto Rico?

—Ajá... —muerdo mi labio superior, mirando hacia la terraza donde Dante sigue esperando.

—Estás chalada pero joder, ojalá alguien hiciera eso para recuperarme. Ahora déjame dormir y fóllatelo de una vez. Quiero sobrinos, muchos, poneros a ello.

Me despido entre risas y me preparo ahora sí para lo que le voy a decir en cuanto lo vea. Pero mediante ando en su dirección el valor me abandona, su cabeza se levanta y entonces me mira. Su rostro pierde color y sus ojos llamean mientras me repasan de arriba abajo como si estuviera viendo un espejismo.

—Por mucho que te empeñes en cambiar de rumbo, sea a la velocidad que sea, siempre te va a llevar al mismo destino. Esto... no ha acabado todavía.

Y él me sonrío. Se alegra de verme, es lo único que importa.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi marido, siempre, por ayudarme, darme ideas y aguantar mis locuras.

A Alberto Llorente, mi piloto en la realidad, por resolver mis dudas, ayudarme a hacer de toda esta aventura algo más real. Por ser tan amable con mis lectoras y llevar de buen agrado que se haya convertido en el protagonista.

A mi familia por estar ahí.

A mis hermanas de letras, Alex, Priscila.

A mis lectoras.

A mis chiquichuelas: Javiera, Leidis, Merchi, Marcia, Xime, Priscila.

INFORMACIÓN IMPORTANTE:

Este libro forma parte de una bilogía, pronto daré noticias. Gracias por leer.